

EL NARRATORIO

ANTOLOGÍA LITERARIA DIGITAL
AÑO 4 NRO 45 NOVIEMBRE 2019



ANDALUZ QUEIROLO CAILLET BOIS CARRIL CASTRO ALFARO
CHÁVEZ PONCE COCIMANO DI MASCIO DÍAZ MARCOS
FEDERICI FISZBEJN FRINI GAMARNIK GARCÍA
GASSÓN GÓMEZ ALAIS HUAMAN PÉREZ IRIARTE MÉNDEZ
LÓPEZ ARAIZA VALENCIA LOZANO MARCHESKY MENARDI
NORIEGA FLORES OSORNIO MORALES RIVAS SALDÍVAR
SÁÑEZ SOTO TOMÁS VALENCIA VIGNERA VILLALBA

EL NARRATORIO

EL NARRATORIO

ANTOLOGÍA LITERARIA DIGITAL

AÑO 4 NRO 45 – NOVIEMBRE 2019

ISSN

2591-3123

EDICIÓN Y DISEÑO DE TAPA:

RENATE MÖRDER

IMÁGENES:

[PIXABAY](#)

[FREEPIK](#)

[PXHERE](#)

COPYRIGHT:

EL COPYRIGHT DE LOS CUENTOS PUBLICADOS PERTENECE A SUS AUTORES.
QUIENES RESPONDEN ACERCA DE LA AUTORÍA Y ORIGINALIDAD DE LOS
MISMOS.

BAJO [LICENCIA CREATIVE COMMONS ATRIBUCIÓN-NOCOMERCIAL-
SINDERIVAR 4.0 INTERNACIONAL](#)



DIRECTOR Y PROPIETARIO:

FEDERICO A. MARONGIU

PROPIEDAD INTELECTUAL:

Nº DE REGISTRO 5.348.677

EN LA WEB:

WWW.ELNARRATORIO.COM.AR

WWW.ISSUU.COM/ELNARRATORIO

E-MAIL:

ELNARRATORIOBLOG@GMAIL.COM

ELNARRATORIODIGITAL@GMAIL.COM

ÍNDICE

<u>SENTENCIA</u>	<u>ARTHUR CHÁVEZ PONCE</u>	<u>7</u>
<u>EL RITUAL INDIGESTO</u>	<u>EDITH CARRIL</u>	<u>11</u>
<u>EL MESÍAS</u>	<u>LORENA V. NORIEGA FLORES</u>	<u>14</u>
<u>COMO UNA LLUVIA QUE NO CESA.</u>	<u>PIEDRAS RULO</u>	<u>SÁÑEZ 17</u>
<u>PERCY CASTILLO</u>	<u>OSWALDO CASTRO ALFARO</u>	<u>23</u>
<u>IUS PRIMAE NOCTIS</u>	<u>MARÍA ESPERANZA MENARDI</u>	<u>29</u>
<u>LOS OTROS</u>	<u>BEATRIZ OSORNIO MORALES</u>	<u>33</u>
<u>LA MUJER QUE CANTABA</u>	<u>DANIEL FRINI</u>	<u>38</u>
<u>FUERTE EL APLAUSO</u>	<u>GUSTAVO VIGNERA</u>	<u>43</u>
<u>EL EVANGELIO SEGÚN BARRABÁS</u>	<u>LUCIANO ANDRÉS</u>	<u>VALENCIA 47</u>
<u>MÚSICA DE FONDO</u>	<u>MARINA GÓMEZ ALAIS</u>	<u>58</u>
<u>MARGOT AFRONTA EL OLVIDO</u>	<u>LEONARDO RIVAS</u>	<u>62</u>
<u>CREER O RENUNCIAR</u>	<u>DIANA GAMARNIK</u>	<u>68</u>
<u>DÍAS DE FIESTA</u>	<u>MAX HUAMÁN PÉREZ</u>	<u>72</u>
<u>EL QUE HUÍA</u>	<u>CARLOS ENRIQUE SALDÍVAR</u>	<u>78</u>
<u>UNA NOCHE CUALQUIERA</u>	<u>GIANCARLO ANDALUZ</u>	<u>QUEIROLO 84</u>
<u>VIOLENCIA</u>	<u>OSVALDO VILLALBA</u>	<u>88</u>
<u>IRASEMA</u>	<u>LORETO DI MASCIO</u>	<u>92</u>
<u>LA VIRGEN DE MARAISFLEURIS</u>	<u>CARLOS M.</u>	<u>FEDERICI 94</u>
<u>YO CREÍA QUE ESO ERA TODO</u>	<u>MÓNICA MARCHESKY</u>	<u>100</u>
<u>PALABRAS MAYORES</u>	<u>JUAN IRIARTE MÉNDEZ</u>	<u>103</u>

<u>EL PRETENDIENTE</u>	<u>CARMEN TOMÁS</u>	<u>108</u>
<u>VIRTUAL DRAG</u>	<u>MARIO LÓPEZ ARAIZA VALENCIA</u>	<u>111</u>
<u>LILITH</u>	<u>LUIS ALFONSO SOTO B</u>	<u>115</u>
<u>SUPERSTICIONES</u>	<u>ANA MARÍA CAILLET BOIS</u>	<u>118</u>
<u>DOBLE JORNADA</u>	<u>ALBERTO FISZBEJN</u>	<u>120</u>
<u>CEIBOS</u>	<u>JOSÉ A. GARCÍA</u>	<u>123</u>
<u>HISTORIA DE UN PROFETA SIN VOCACIÓN</u>	<u>DAMARIS GASSÓN PACHECO</u>	<u>127</u>
<u>EL QUITA PENAS</u>	<u>JORGE LEÓN LOZANO</u>	<u>132</u>
<u>EN TRÁNSITO</u>	<u>GABRIEL COCIMANO</u>	<u>139</u>
<u>SERPRISA</u>	<u>JOSÉ LUIS DÍAZ MARCOS</u>	<u>141</u>



SENTENCIA
ARTHUR
CHÁVEZ PONCE

“**V**oy a morir... ¡No!, ¡no quiero morir!... No puedo morir...no, no, no...”.

Fueron las últimas palabras que cruzaron por la mente de Vitelio Miramelindos mientras era arrastrado por las furiosas aguas del río Huallaga tres días antes de que su cuerpo fuera hallado empalado en una gruesa rama de un árbol caído por un grupo de niños que jugueteaban a orillas de una cantera de arena blanca en Balsamina. Vitucho, como lo habían llamado desde niño, jamás pensó que el amanecer de aquel caluroso día en el que ese pajarraco negro cayó sin vida sobre él, iba a ser el último que sus ojos habrían de ver.

El único gallo de la granja, a quien estaban engordando para que se convirtiera en el plato de fondo de Navidad, anunció la llegada de un nuevo día. Los niños salieron de su habitación de adobe dispuestos a alimentar a los animales, pero se detuvieron cuando su madre les dijo que podían regresar a sus camas porque su padre ya había salido en dirección del corral. Les indicó que cuando regresara no lo importunaran, pues por alguna extraña razón no estaba de buen humor. Lo cierto era que Vitelio no había podido pegar ni un ojo durante la noche. Intentó acomodarse de un lado, del otro, de barriga; se cubrió con toda la frazada, se deshizo por completo de ella, y aun así no logró conciliar el sueño. Abrumado, y calculando que pronto amanecería, levantó a su mujer para pedirle que le preparara café porque iría a alimentar a los animales. Tomó el café acompañado de varios puñados de cancha sin musitar palabra alguna. “*Deja que los niños duerman un poco más*”, fue lo único que dijo antes de salir de la pequeña cocina. Cogió su sombrero, sus llaves y una vara de hierro.

El corral no distaba mucho de la casa. El camino atravesaba un verde prado y un pequeño y angosto puente de madera por debajo del cual fluía un riachuelo cristalino que desembocaba varios metros abajo en el ruidoso río. Apenas ochenta metros y ciento veinte pasos bastaron para que Vitelio llegara a la puerta del corral con una gran salpicadura de sangre en la camisa y un mal presentimiento en el corazón luego de que la misteriosa ave de color negro cayera sobre él en el momento en que se disponía a cruzar el puentecito. El horizonte empezaba a iluminarse cuando un estrepitoso chirrido lo hizo detenerse en seco, un fuerte golpe en el hombro lo sobresaltó e hizo que lanzara una maldición. El objeto cayó sobre la madera, era todo negro incluyendo el pico y las patas; entonces, como un rayo que atraviesa el cielo de oriente a occidente, le sobrevino el recuerdo de las últimas palabras de su madre. Sintió un estremecimiento

recorrer su cuerpo, pateó el animal cuya sangre se diluyó en las aguas del riachuelo y dejó un hilillo rojo por varios metros hasta perderse de vista.

Una vez que hubo servido el alimento a los cerdos, abrió las anchas verjas para que saliera el ganado. Trepado encima del fierro que sostenía el alambrado terminó de contemplar el amanecer y cómo los rayos del sol iban iluminando poco a poco la casa a la cual había venido a vivir junto a su familia dos años atrás. Ni su padre, ni sus hermanos entendieron muy bien por qué de un momento a otro, el mayor de los Miramelindos decidió llevarse a su familia a vivir a La Estancia, finca que se hallaba en las afueras de Balsamina y que había pertenecido a la familia por cuatro generaciones. Quizás quiso evitar la tristeza que reinaba en la casa de Balsamina por la muerte de su madre, concluyeron algunos. Fue una noche de luna llena, dos días después del entierro de su madre, cuando Vitucho entró en la habitación de su padre y le dijo que se iba a vivir a la finca sin mencionar ningún asunto más. A la mañana siguiente, él, su mujer y sus dos hijos partieron de Balsamina rumbo a La Estancia.

Cuando casi todo el ganado hubo salido, se percató de que una de las vacas había parido, durante la noche, un simpático becerro de color marrón. Una nueva incertidumbre lo atacó cuando llegó hasta el pequeño animal y descubrió una mancha oscura en forma de letra eme a la altura de la panza. El recuerdo de las últimas palabras de su madre lo invadieron una vez más; se sintió desvanecer. Se levantó y se dirigió al riachuelo a beber de sus aguas, se miró en el reflejo cristalino del agua que fluía lento y le pareció verla. Era la misma imagen que había invadido su mente durante la noche de insomnio. Mejillas encendidas, sonrisa inocente, las trenzas gemelas que caían por cada hombro. Esta vez sintió el rayo dentro de él y la voz de su madre, audible, dentro de su cabeza.

Un estampido de rifle, fuerte y seco, lo sacó de su letargo, pronto se dio cuenta de que su mayor temor se estaba volviendo realidad. Pensó en regresar a su casa, pero decidió que era mejor escapar. Se metió entre los tallos de maíz que ya se encontraban a mediana altura y avanzó a gachas rumbo al río. Los hombres de negro y verde, luego de escrutar diligentemente toda la vivienda, se dirigieron raudamente al corral y pronto siguieron sus huellas entre el maizal.

Los segundos que Vitelio demoró en caer desde el acantilado al río fueron apenas tres, pero en su mente se dibujaron muchas escenas que cobraron vida y

parecieron eternas. La policía avanzó en medio de los tallos, mientras el fugitivo se acercaba poco a poco al límite de sus tierras y el río. Recordaba aquel escondrijo donde se había ocultado de la lluvia y de sus padres muchas veces cuando era niño. Sabía que nadie lo encontraría ahí. Otro estampido lo sorprendió y le arrancó un grito a flor de piel, trastabilló unos pasos atrás y se vio atraído por la gravedad hacia el vacío. Intentó agarrarse de algunas raíces, pero el dolor en su hombro no se lo permitió. Mientras caía le retumbaron como eco las últimas palabras de su madre la noche en que murió: *“Todo se paga en esta vida, hijo”*. Luego, en un abrir y cerrar de ojos, la volvió a ver, Las trenzas gemelas, el vestido azul floreado, los zapatitos charolados. En el último segundo todo se transformó, los gritos de la pequeña Mercedes azotaron su mente. Nunca entendió qué bestia demoniaca se apoderó de él la noche de tormenta en que abusó de la pequeña hija de la sirvienta.

La caída al agua le dolió como mil cuchillos, parte de su cuerpo se estrelló sobre algunas piedras y una quemazón irreal en el abdomen lo hizo chillar de dolor, chillido que el ruido del río apagó. Apenas podía respirar y ver mientras era arrastrado con furia por las aguas del río. Su destino había sido cantado aquel amanecer o quizás muchos amaneceres antes, luego de aquella tormenta en la que enceguecido de lujuria no le importó destruir la inocencia de aquella indefensa pequeña, destino que indómito estaba siguiendo, al pie de la letra su guión, destino que se lo llevó para siempre.

ARTHUR CHÁVEZ PONCE

Perú

Facebook: <https://www.facebook.com/arthur.chavez.p>



EL RITUAL
INDIGESTO
EDITH CARRIL

Le decían Tito, un militar de bajo rango, mi padrino. Usaba bigote corto, bien crecido al labio superior. Cuando nos visitaba, en la casa del campo, lo hacía en compañía de Antonia, su mujer. Ellos no tenían hijos, no querían.

Los domingos, mi madre cocinaba pasta casera y los esperaba con todo listo. A los cinco años, apenas mi nariz llegaba al borde de una mesada de mármol, donde se preparaba el nido de harina. Yo hacía enchastre; mamá reía.

Al oírlos llegar, aquella paz hogareña, desaparecía. Yo también. Con cierto apuro, me ordenaban abrir el portón del viejo garaje. Ellos atravesaban la entrada, derrochando bocinazos. Todos les daban la bienvenida; parecían felices; un hogar perfecto. Rememoro aquellos días con gástrica nitidez. Después, yo salía corriendo rumbo a la calle. Prefería no saludarlos. Estrujaba los dientes de solo pensar. Corría ligero; no me daban las tripas ni los pies, para entonces era lo mismo.

Entonces cruzaba de Moni, una amiga del barrio, más grande en edad. Me esperaba con un vaso de agua, como si fuese adivina; mi corazón agitado, llegaba antes que el cuerpo. Luego me miraba fijo, no entendía qué ocurría. Yo, aturdida, vomitaba; sentía asco. Veía mi voz incrustada al estómago; las dos, por unos instantes, permanecíamos mudas. Al rato, Moni suspiraba profundo y encendía la tele; los dibujos animados, rellenaban. Más tarde, mi hermana mayor, vendría a buscarme: era hora de comer, pregonaba. Sabía dónde encontrarme; todos lo sabían. Pero Moni era mi aliada. Negaba presencia alguna, hasta que resignada, mi hermana se alejaba.

Tensas, nos encerrábamos en el dormitorio, hasta confirmar que Tito se fuera. Tras mi ruego, ella vigilaba por la ventana; yo, hecha un punto, temblaba sobre las mantas. Pienso que Moni algo sospechaba, pero nunca cuestionó. Nadie lo hacía.

Mi apetito, escuálido, había declarado la guerra. A medida que pasaba el tiempo, los domingos, dejé de almorzar. Escapaba. Fui perdiendo peso. Tito, como de costumbre, llegaba puntual; los almuerzos señalaban su turno. Preguntaba por mí, me acosaba. Dónde está la nena, insistente; lo demás, se repetía.

Ahora, a mis veinte años, estoy sentada frente a un terapeuta: enferma. Me pregunta cosas. Me fastidia. A mi costado, le cuento, está esa niña, la huesuda, casi transparente. Tiene rostro anoréxico y piernas de esqueleto. Continúa cerrando su boca; tragando las heces de alguna memoria. En permanente catarsis, regurgitando a Tito, en diminutivo. Recuerda cuando le hacía upa: qué linda nena, hablaba bajito; mientras los colmillos mostraban restos de pan. Al tiempo, servían los platos de fideos. Antonia

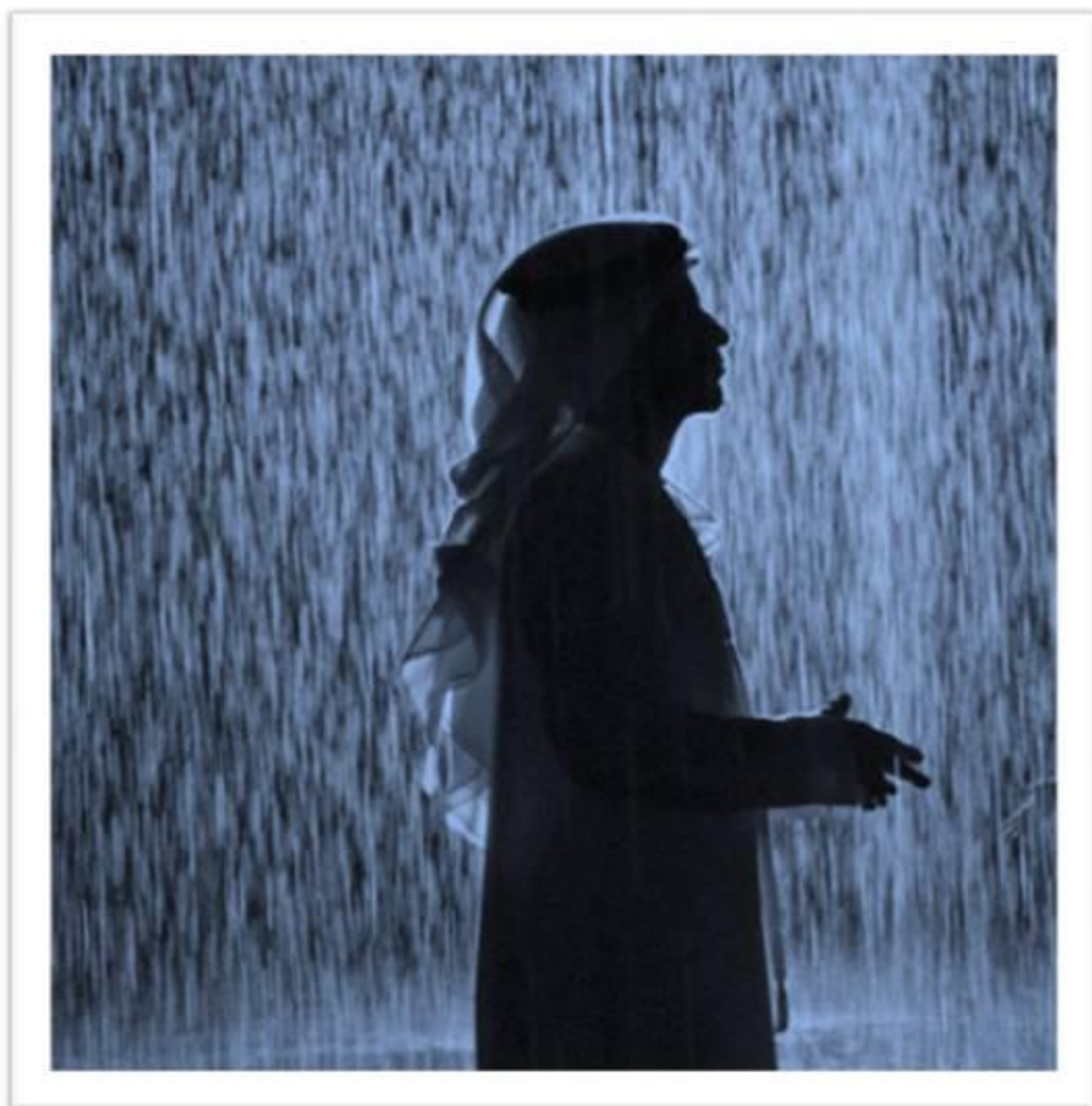
elogiaba el tuco y mamá, orgullosa, recitaba la fórmula. Él disimulaba, tironeaba de la pollera, obligándola a sentarse sobre las rodillas. Duro, tocaba su espalda. Nauseosa, respiraba su jadeo.

Todavía, al masticar, lo eructa. Ella vomita, y olvida, como un ritual.

EDITH CARRIL

Argentina

Facebook: www.facebook.com/matriz.emocional
www.facebook.com/edithecarril



EL MESÍAS

LORENA V.

NORIEGA FLORES

A

l despertar, una idea anida en ella. Parece muy clara y conforme avanza el día, se arraiga fuertemente en su ánimo. ¿Y si ella es el mesías?

Está consciente de que parece una barbaridad, sobre todo por el hecho de ser quien es, pero no recuerda nada que impida que el mesías sea mujer. Además, ¿no es Dios el dios de los desposeídos y los marginados?

¿Y qué hay más marginado en esta sociedad que los extranjeros, los refugiados, las mujeres y los discapacitados?

Ella es todo eso, cumple el papel por completo. Incluso antes de emigrar ya se sentía extraña en su casa, por su dificultad al andar y al hablar. En eso se parece a Moisés: una figura mesiánica torpe de lengua, y ahora separada de sus ancestros, perseguida; sin conocer el idioma, ni la cultura, o contar con un registro que avale su existencia. Es como una aparecida en medio de la escena, recuerdo de los tiempos antiguos demostrando así su proveniencia divina.

Seguramente ella es el mesías, que muere nuevamente por la humanidad, ante la humanidad. Que es enterrada sin estar muerta ante la indiferencia de las personas. Cada día un poco.

Se convence de ser portadora de una magia innata y que aún no logra controlar, pero que la hace desaparecer frente a las personas a las que intenta acceder en busca de ayuda, un poco de agua, comida o un abrazo.

Ofrecida como sacrificio y expiación de la consciencia de los pueblos. Recibiendo el castigo y la culpa de una sociedad que forma una cadena solidaria imposible de penetrar.

¿Quién roba? ¿Quién mata? ¿Quién desperdicia los recursos? El refugiado, el pobre, el discapacitado que se aprovecha del trabajo de los que valen, de los que dan vida a la vida.

Sin voz para opinar, para ser oída, renguea angustiada a través de la muchedumbre que se aparta horrorizada temiendo que su condición sea contagiosa.

Para las leyes no es nada, no vale, no existe.

Su vida transcurre y se ha formado entre carencias. Carente de falo, patria, completud, de normalidad e inteligencia. Es algo que no alcanzó a ser.

Al no tener “poder adquisitivo” su humanidad es cuestionada. ¿Qué hace aquí si no produce, si no crea?

Solo sirve para dar mal aspecto a esta ciudad, monumento de la racionalidad y superioridad de los hombres.

Comienza a llover, las calles se vacían y ella continúa su camino. El agua empapa sus ropajes rasgados y carentes de forma. El bautismo: la purificación y aceptación de su destino.

No le debe nada a nadie. Puede ser imparcial. No hay nada que perder. Puede redimir al mundo. Su mesianidad se manifiesta.

Se pierde entre los callejones, se oculta. Es nuestra salvación.

Verdaderamente es el mesías.

Y el mundo no la conoció...

LORENA VICTORIA NORIEGA FLORES

México

Twitter: [@spiritblue1](https://twitter.com/spiritblue1)



**COMO UNA LLUVIA
QUE NO CESA,
PIEDRAS
RULO SÁÑEZ**

Casi anocheecía y aún no llegaba a casa. Su vecino, Manuel, seguía sin amarrar sus cinco perros.

Cuando era niña, Luisa había sido atacada. De no ser por don Emilio, su padre, que se dio cuenta a tiempo, hubiera sido peor. Luisa ya no recordaba el hecho pero cada vez que escuchaba los ladridos, sentía un ligero adormecimiento en la enorme cicatriz del cuello, que siempre cubría con un chal cuando hacía frío o un paliacate que le combinaba con el uniforme de la secundaria diurna. Aquella sensación era como si un ciempiés rozara su cuello con sus diminutas patas, escalando y aferrándose a sus prominentes y repletas venas, para llegar a su oreja y anidar allí, no sin antes sacudir con sus antenas los finísimos vellos que nacían de su piel. Luisa se zarandeó y se sobó frenéticamente el cuello, apartando el paliacate que la sofocaba intensamente. “Voy a agarrar piedras otra vez, para asustarlos. Se está poniendo oscuro y no se ve nada, ni el barranco ni los hoyos que se hacen cuando se deslava el cerro. Voy a ir viendo el piso”, pensó ella mientras tomaba las piedras y subía la enorme cuesta que conducía a su calle. Su vecino no se había aparecido en un par de días. Normalmente estaría viendo la tele en su cabaña a un costado del camino, listo para fijarse si alguien pasaba en esa calle sola. Luisa vería con molestia la reja de sus perros abierta como de costumbre pero esa imagen no se había presentado la tarde anterior ni esa mañana, al salir para la escuela. En ese momento, un chorrito de agua comenzó a bajar a un lado del camino. Había empezado a llover en lo alto y, un poco antes de que la lluvia comenzara en las faldas, uno podía ver ya los riachuelos bajando por entre las piedras. Luisa miró hacia la cima: no se veía nada más que el cielo ennegrecido y muchos árboles despuntados. Pensó en sus libros de la escuela y acomodó su mochila al frente para protegerlos mientras subía la cuesta de terracería. Pensó un segundo en su papá y que él le enseñaba ciencias naturales. Pensó en su madre y que, antes de morir, le ayudó a ser la mejor en matemáticas. Cuando miró de nuevo, el riachuelo, serpenteante, pasó debajo de sus piernas por una raíz muy prominente y dobló de nuevo a la orilla. Era totalmente rojo; apenas tenía unos centímetros de ancho. Se le quedó viendo mientras continuaba fluyendo cuesta abajo, hasta que se engrosó al doble y se volvió cristalino y luego algo lodoso. Lodo. Luisa frotaba las piedritas en sus manos mientras una gota de lluvia rozaba la parte baja de su mejilla y caía fría hasta ser absorbida por la tela, entre sus senos emergentes.

—Hoy sí les sirvió de comer, nunca había escurrido sangre. ¡Putá...Qué olor a carne pasada!

Al caminar al lado de la casa de Manuel, Luisa se dio cuenta de que la luz estaba apagada. Manuel no aparecía. La reja, en esta ocasión, no estaba abierta, estaba violada. La malla de alambres parecía haber sido jalada hacia adentro. Luisa tragó saliva. Las lámparas de la calle no se habían prendido aún. Caminó rápido pero en sigilo. Le faltaba una calle más cuesta arriba.

Comenzó a caer primero como llovizna que empapa; luego, de manera estrepitosa e incesante; gotas grandes y dolorosas. Luisa comenzó a correr tan rápido como pudo, hasta llegar al lugar donde el camino era cortado a la mitad por un agujero de medio metro de ancho. Saltó para no tener que rodearlo por la maleza pero resbaló al llegar al otro lado del camino. La lluvia era más densa. Estaba incorporándose y se sacudía el lodo con impotencia al tiempo que los perros, viéndola con un ladrido entre los ojos, se congregaban a unos metros. Todo el cuerpo de Luisa se tensó. Quedó paralizada de miedo ya que no los vio venir. Los perros la habían acorralado. De sus fauces salían enormes chorros de saliva que la lluvia acrecentaba, se podían ver los colmillos amarillentos y llagados incrustados en esas temblorosas masas de carne que expelían un visible vapor mientras gruñían. Las agujas de agua contenían el sucio aliento que acosaba a Luisa. Les quiso gritar pero el miedo la hizo correr de sus perseguidores tan rápido como nunca antes lo había hecho porque sabía que no había nadie que oyera sus gritos. Las piedras fueron gotas de lluvia en el camino desprendidas de sus manos.

Finalmente, llegó a su casa. Uno de los perros la jaló de la falda y casi la hizo caer. Ella no dejaba de llorar y suplicar con las palabras que usaba cuando tenía cuatro años y horripilantes pesadillas la visitaban bajo las sábanas. Cuando mojaba las sábanas. Cuando la atacaron por primera vez.

—Por favor, ya déjame... ¡Ya, ya suéltame! Vete, te odio, maldito animal...

Querían prender sus piernas pero se zafó. Logró entrar. En su casa estaría a salvo.

La tormenta era tan fuerte que se desgajaba el cerro, azotando los techos de lámina y haciendo caer varios árboles sobre las casas. Luisa vio con terror, desde la ventana de su cuarto en la azotea, como el agua se lo llevaba todo, incluyendo la casa de cartón de su vecina Marta, cuesta abajo. A pesar de la espesura de ese bosque atormentado, pudo ver a uno de los niños de Marta mientras era arrastrado hacia abajo, gritando y atragantándose, llorando y suplicándole a su madre en los tonos más agudos que lo salvara, confundiendo su figura con el suelo y las plantas llenas de fango, hasta

ser despedazado por las rocas y las ramas que lo sepultaron vivo. Luisa se había tapado los oídos para no escucharlo chillar pues hubo un momento en el cual sus súplicas se convirtieron en gemidos de terror guturales y primitivos; el sonido que emitía era agudo pero, a intervalos, podía escucharse el lodo penetrando su garganta y el bebé, sin dejar de expeler escalofriantes ruidos de espasmódico dolor, ahora más graves, hacía gárgaras con él. Era como escuchar una tubería atascada mientras las piedras terminaban de congestionarla. Cuando finalmente una roca le partió el cráneo, Luisa no pudo evitar escuchar un chirrido como el de los puercos al ser castrados. De no ser porque terminó su trayecto atorado en el ramaje, no lo hubiera reconocido de entre los borregos recién trasquilados de Marta que habían sido arrastrados también por la corriente y que seguían siendo jalados cuesta abajo por las calles hechas ríos, ya muertos y descoyunturados. Mar de cuerpos masacrados. A la señora Marta y a su otro hijo nunca los vio. Más desaparecidos.

Eventualmente, la intensidad de la lluvia descendió y el lodazal se asentó. Luisa salió a mirar los daños y se espantó al ver a una persona. Se encontró con un hombre delgado, sucio y mojado. En cucullas, tratando de recuperar el aliento justo frente a su puerta. Pensó que era Manuel pero en la oscuridad distinguió que era un anciano. Ambos se miraron. Un rayo los hizo voltear hacia el cielo. Volvieron a mirarse.

—¿Qué, no te acuerdas de mí? —Le dijo el viejo, mientras la miraba de abajo a arriba con un gesto de confianza.

—Yo no lo conozco. Ahorita no traigo —el viejo estaba incorporándose, tambaleó y se sujetó de ella.

—¡Ya! —Le dijo, mientras pasó su tiesa y huesuda mano con áspera delicadeza por el muslo de Luisa, casi hasta llegar a la entrepierna —Bien que te acuerdas.

Ella le dio un empujón y retrocedió.

Antes de encerrarse el hombre le dijo una última cosa:

—¿Ah, chingá. ¿Así recibes a tu abuelo, pendejita?

No hacía falta decir palabra. El tacto. El tacto de sus viejas y repulsivas manos tocándola. La lengua que se iba quedando sin saliva al recorrer su cuello para susurrar palabras sucias cual gusanos en el fango. Su padre lo molió a golpes, lo creyó prófugo por siempre. Luisa miró su celular con la derrota de saber que se había jodido con la lluvia. Él estaba afuera ocultándose entre los paseos turbios que había dejado el aguacero. Se acercó a la ventana. Un puño rompió uno de los cristales pequeños y la garra trató de alcanzarla. Luisa se apuró para poner seguro a todo. Las ramas crecidas

en las ventanas improvisadas no dejaban ver que el agua estaba acumulándose y subiendo de nivel al frente de la casa.

La tormenta regresó con la misma fuerza de antes; los relámpagos iluminaban toda la casa anochecida. Ahora tocaban la puerta con furia. Luisa gritaba despavorida, fuera de sí. Las ventanas cedieron y toda la casa se empezó a cubrir de agua. En la planta baja ya no se oía la puerta más que por las rocas del deslave que la golpeaban. Luisa no pudo más que pensar en subir y encerrarse en su cuarto mientras su casa se inundaba. Entró y las paredes empezaron a agrietarse; el techo se cuarteó y se le fueron encima algunas vigas sin llegar a golpearla. Cuando pensaba que iba a morir, tocaron la puerta de su recámara con una fuerza tremenda; escuchaba alaridos ininteligibles. Como si el hombre afuera estuviera siendo cercenado vivo. Eran los perros.

Entonces, una tabla le cayó encima. Ladridos y un sonido del torrente arrasando fue lo único que continuaba oyéndose bajo la lluvia.

Tumbada al pie de la cama, volvió en sí apenas unos minutos después. Su habitación aún estaba en pie mas el agua le llegaba a los tobillos. Su cuarto propio parecía haber aguantado y en el espejo se vio una cortada de cierta gravedad en un flujo que no iba a ceder, manchando su frente y el lado izquierdo de su cara. Abrió la puerta con cautela, miró a su alrededor la casa casi destruida y los cadáveres de los perros sepultados en fango, al pie de la escalera. Entre ellos vio que yacía un bulto, el cuerpo del hombre estaba de espaldas y sumergido en la inmundicia. Un bulto color mierda, indefinible. En ese momento soltó, no sin antes retorcer su rostro con un gesto de alegría siniestra, una carcajada. Lloraba, en realidad.

—Tú, perro...

Tomó un martillo de la caja de herramientas bajó la escalera y comenzó a pulverizarle la cabeza mientras, de entre sus dientes y sus labios partidos y sangrantes, emergía una risilla de tono inocente, similar a la de una niña muy pequeña. No podía evitar sentir a través del mango y la parte puntiaguda del martillo, como si lo hiciera con sus propias manos, el cuero cabelludo que se raspaba, la piel que se abría y se replegaba como la de una pierna de pollo, la resistencia del hueso y su quebrantamiento y, para finalizar, el hundimiento de la herramienta en los aún cálidos sesos del hombre cuyos pies daban brinquitos de vez en cuando. Luego cesó de moverse en su totalidad. Luisa no podía dejar de mirar, de oler, de sentir la blandura que ese miserable guardaba en su interior, después de todo.

Quiso voltear el cuerpo para decir algo que no alcanzaba a verbalizar en su

mente pero, cuando lo hizo, Luisa palideció y quedó inmóvil al descubrir la cara de don Emilio, que había regresado y le había suplicado que abriera la puerta de su cuarto antes de ser presa de los perros. Los ojos de ella en su negrura azulada; los de su padre, con los vasos rotos en uno. Con un río desbordado en mil vertientes. Su otro ojo, un lienzo de agua sucia. Ambos mirando sin mirar. Mientras Luisa lo observaba inmóvil y con la cara amarilla, una mano se posó sobre su hombro; una mano sucia y llena de arrugas que trepó cual un insecto hasta la cicatrices de su cuello. Después de eso dejó de llover.

RULO SÁÑEZ
México

Twitter: [@UnTalRulo](https://twitter.com/UnTalRulo)



PERCY CASTILLO

OSWALDO

CASTRO ALFARO



legó Percy?

El vozarrón de doña Quela Castillo retumba la casa. Al fondo del pasadizo que comunica el salón principal con el patio posterior recibe la respuesta de Rosita:

—Aún, no, madrina.

La mujer suspira, menea la cabeza de un lado a otro y murmura entre dientes:

—Una semana y ni rastros. A lo mejor ya lo mataron...

Se persigna y lo encomienda al Señor de Luren. Desplaza el cuerpo reumático y sale a vigilar los trabajos que realizan en el frontis de la propiedad, la misma que sirve de vivienda y restaurante. Lo que empezó hace trece años como un pequeño negocio para subsistir, su buena sazón hizo el resto. Oriunda de Barrios Altos perfeccionó el arte culinario que hizo famosa a su madre. Obligada por el amor y el talante cariñoso de un pescador pisqueño se mudó hasta San Andrés. En la caleta fusionó los ingredientes de los callejones limeños con los frutos del mar recién extraídos. Ganó fama y el dinero lo gastó en la curación de las caderas de su marido. El hombre que la rescató de la soltería las tenía destrozadas por la enfermedad de los buzos. Cuando el restaurante instalado al borde de la playa empezó a declinar, decidió trasladar sus conocimientos hasta la casita que levantaron a la entrada del pueblo. Pisco estaba lleno de huariques dedicados a los platos marinos y había perdido el semblante criollo de antaño. Doña Quela, estimulada por el despojo humano en que se había convertido su marido, rescató la sabiduría materna y popularizó el último viernes de cada mes con exquisiteces culinarias a base de gato. Su creatividad y manos prodigiosas la obligaron a incluir los martes para satisfacer la creciente clientela. Por más de una década deleitó los paladares locales y capitalinos. Su fama trascendió las fronteras del lugar y los comensales debían reservar una mesa con anticipación.

Doña Quela está a una semana de dar el gran salto comercial. Reinaugurará el local con carta gourmet, nuevos ambientes y espectáculo musical. El presidente de la república asistirá y el zambo monumental alegrará la velada con su inigualable voz. Estornuda por el olor a barniz de la puerta y la ausencia de Percy ensombrece su corazón. Falta el gato de sus amores para que la felicidad sea completa. El felino llegó a su vida cuando lo encontró tiritando y hambriento en la puerta de la casa. Lo rescató,

curó y el tiempo lo convirtió en un espléndido gato negro, de cabeza blanca, ojeras negras y ojos azules. Parecía un oso panda en miniatura. El animal le proporcionó el amor del hijo que nunca tuvo y sirvió para identificar las habitaciones llenas de fantasmas que no la dejaban dormir en paz. Percy desarrolló la extraña habilidad de permanecer en una habitación, bloqueando la puerta. Era su forma de atrapar a las almas en pena. Luego el chamán la limpiaba y terminaba el fastidio. Percy se popularizó y con frecuencia lo requirieron para diagnosticar embrujos y casas encantadas.

Percy Castillo aparece esa misma tarde, poco antes que los carpinteros terminaran de instalar el mueble del bar en el salón principal. El gato entra como siempre: mirando con superioridad y oliendo a letrina. Rosita le da la bienvenida y nota que tiene cicatrices en el lomo, una pata mordisqueada y un coágulo en la oreja derecha. Lo carga y lleva al lavadero de ropa para bañarlo, desinfectarlo y curarle las condecoraciones de guerra. Percy, en contra de lo que ocurrió en su desaparición anterior, se muestra sumiso y colaborador. Rosita se percata que está afiebrado y, sin que su madrina lo sepa, busca al doctor Huayanay. El ginecólogo lo examina y le clava una ampolla de penicilina y lo unta con cremas bactericidas. De vuelta a casa, la ahijada lo acuesta y no menciona nada. Al día siguiente Percy ha recuperado una de sus vidas y ronronea en los brazos de su mamá. Doña Quela, conocedora de las andanzas de su hijo de cuatro patas, le perdona la ocurrencia y se dedica a engordarlo, tal como hace con los que terminan en las ollas. Quiere que el emblema del restaurante “*Percy querido*” esté esplendoroso en la noche del evento.

El fin de semana doña Quela viaja al Mercado Central de Lima y a la calle Capón. Compra los ingredientes exóticos e insumos necesarios para los platillos de la nueva carta. Adquiere menaje, cubertería, manteles y adornos. El edecán del presidente la había llamado para indicarle las preferencias gastronómicas del mandatario.

En la cocina, remodelada y ampliada, lucen ordenados los peroles y cacerolas de acero quirúrgico, ollas de barro, y sartenes de fierro. Las especies y hierbas frescas ocupan lugares protegidos de las corrientes de aire. En el refrigerador macera chicha de jora y guarda los ajíes molidos.

LUNES 13

El lunes, temprano con el cantar de los gallos vecinos, doña Quela supervisa el corral de gallinas, la cuyera y el charco de patos. Estas tareas se las deja a Rosita, pero

en esta ocasión no quiere descuidar detalles. Finalizada la inspección se dirige a la parte posterior del predio para encarar la escalera de madera que asciende hasta la zona de crianza de gatos. Siguiendo la experiencia de su antigua casa en Barrios Altos, diseñó el maderamen del segundo piso que alberga cuarenta y ocho jaulas. En una zona contigua montó la pequeña guardería felina para las gatas parturientas que amamantan a las crías. Rosita le reporta diariamente el trajín de aquella zona prohibida. Doña Quela lleva un registro con los datos de nacimientos, llegada, peso y particularidades de cada animal. En su opinión, el trabajo vale la pena porque los elogios recibidos y buena propaganda lo justifican. Constata que todo cuadra de acuerdo con las anotaciones de su ahijada y baja contenta. Ha definido los veinte gatos a usar. Al poner los pies en el suelo se encuentra con la mirada de Percy. Le dice algo cariñoso, pero el felino le da la espalda y se aleja molesto. La mujer se encoge de hombros y ve a su engreído caminando de un lado a otro, delante de las jaulas. Está nervioso y por momentos se detiene a mirar fijamente a un congénere. Maúlla y reinicia la marcha, una especie de patrullaje. Los enjaulados lo miran en silencio y reciben su mirada como si hablaran un idioma silencioso.

En la cocina doña Quela revisa la carta. Rosita le alcanza un vaso de limonada helada y lee los platos que sorprenderán a los invitados: caucau de gato, picante de gato, seco de gato, estofado de gato, gato en salsa de maní, gato al sillau, arroz chaufa de gato, costillas acarameladas de gato, gato chactado y apanado de gato. Sonríe y piensa que sería buena idea añadir aguadito de gato para los madrugadores.

En la tarde atenderá a Ismael, el proveedor de gatos de Lima y en la noche a Roberto, el que le proporciona los del sur chico.

MIÉRCOLES 15

Doña Quela despierta contenta. La lumbalgia con que se acostó ha desaparecido y el buen humor corre por sus venas. A las ocho pone flores en la tumba de su marido y le pide que la acompañe en espíritu el viernes. La viuda siente que la piel se le escarapela porque sabe que su petición ha sido escuchada. Abandona el lugar y pasa por casa de Matías para recordarle que el jueves debe estar temprano para beneficiar a los gatos, trozarlos y ponerlos a macerar en las bateas. Recibe los buenos días en Pisco playa y aprovecha para desayunar pan con pejerreyes fritos y una taza de café cargado. Sentada en la banca del puesto de su comadre nota que el día está más triste que de costumbre. Así no son los amaneceres de agosto y el color del mar la asusta. Camino a

casa un ventisquero levanta polvo y presiente que algo no anda bien esa mañana. Al mediodía visita el maderamen del segundo piso y el viento que se cuela entre las jaulas tiene notas melancólicas. Le parece oír el llanto de un huayno lejano. No puede explicar por qué ese miércoles la golpea tan fuerte, a dos días del acontecimiento esperado.

Rosita sirve el almuerzo y doña Quela pregunta por Percy. La ahijada responde que el gato no come desde hace dos días y que solo pasea por el segundo piso, Lo encontró haciendo guardia en la escalera y no quiso bajar a su cama de gamuza. Doña Quela se despide para tomar la siesta de la tarde.

A las 18 horas con 40 minutos, mientras miraba la televisión, doña Quela siente que el mundo se derrumba a sus pies. El terremoto de ocho grados en la escala de Richter zarandea los cimientos de la casa, raja las paredes de su cuarto, desploma las de los corrales y una de la sala, descuadra los marcos de las puertas, rompe lunas de las ventanas, descuelga los cuadros y desordena la cocina.

Rosita la llama desde la pista. Doña Quela sale despavorida antes que el anaquel de vasos y copas del bar le caiga encima. Fuera de la casa el cielo destella con luces inexplicables, la pista se levanta haciendo ondas, el fluido eléctrico se corta y los alaridos y gritos de dolor enturbian la noche pisqueña. Abrazadas ven, con la poca luz existente, los destrozos del sismo de tres minutos. Aquella noche pernoctan en la calle y cuando Rosita cree que una réplica no la alcanzará se aventura a sacar frazadas y un par de sillas.

Las primeras luces del amanecer muestran la furia de la naturaleza. Las viviendas de adobe y quincha yacen en el suelo y las de material noble se mantienen en pie a duras penas, esperando el siguiente remezón. Doña Quela y Rosita suspiran porque el “*Percy querido*” soportó el embate. A simple vista los daños son menores y con un poco de esfuerzo y dinero lo levantarán nuevamente. Rosita se anima a ingresar a la casa para investigar. Al cabo de unos minutos sale y, luego de verla al borde de las lágrimas, su madrina no necesita el informe. El rostro de la joven tiene impreso el balance de la desgracia.

La corpulenta mujer levanta su desdicha y se dirige hacia su reino derrumbado. No le importa la pérdida material sino recuperar el cadáver de su gato. Rosita la abraza y esquivan el cerro de vidrios del salón principal, bordean la pared derruida y siguen por el pasadizo hacia la parte posterior. Se topan con el charco de sangre de gallinas, cuyes y patos. Se persignan y avanzan hasta la escalera de madera. Lo que ven las deja boquiabiertas. Los escalones están intactos, elevándose como siempre lo hicieron, hasta

el final. Ascienden con cuidado, sin escuchar crujidos ni tablas sueltas. Al final descubren, con ojos asombrados, que la carnicería esperada no existe. Las jaulas que esclavizaron a los gatos están abiertas. Los cerrojos corredizos desplazados hacia el costado permitieron la liberación de los ocupantes. Parecía que la ruta de escape fue planificada y la fuga concretada sin muertos ni heridos. Cuentan cuarenta y ocho jaulas vacías y las guarderías desocupadas.

No encuentran evidencias de ayuda alguna. Doña Quela supone que Percy encontró la libertad.

OSWALDO CASTRO ALFARO

Perú

Facebook: [Oswaldo Castro](#)



IUS PRIMAE
NOCTIS
MARÍA ESPERANZA
MENARDI

Los viñedos de Francia tienen ese perfume fresco de las tardes de vendimia. El rojo borgoña de sus uvas es un dulce misterio que asoma entre las hojas de las vides fértiles. La tierra brota ensimismada, próspera, urgente. Y así, pujando por la vida, abriéndose paso entre la cimiento, una mañana de verano, nació François. Desesperado por ser parido, ansioso por abrir sus ojos y reconocer el mundo que lo aguardaba. Precipitado. Feliz. Juliette también eligió para venir al mundo, la tarde de ese mismo día. Lo hizo lentamente, demorando los tiempos, con una paciencia infinita y la incertidumbre de un nacimiento difícil. Los recibió el festejo y la celebración de la tierra en todo el Ducado: sus frutos, su trabajo, la cosecha, el vino. Estaban destinados a caminar juntos, a crecer unidos por telarañas que tejen laberintos de caminos, que nos conducen y nos atrapan. Senderos circulares de los que, no siempre, encontramos la salida.

Juliette perdió a su madre a los pocos días de nacer. Y así, sin saberlo, ambos comenzaron a compartir los mismos pechos que los alimentaban, los mismos brazos que los acunaban, las mismas nanas que los hacían dormir.

Pronto corrieron juntos por la campiña, con sus valles sembrados, sus caminos pedregosos iluminados de uvas blancas como perlas que brillaban al sol. En los años de la niñez, jugar es una obligación que se cumple denodadamente. Adivinar trinos de pájaros, mojarse con la lluvia y chapotear entre los charcos, que ensucian el cuerpo y limpian el alma. Descubrir lugares prohibidos, acecharlos, conquistarlos. Y el castillo del Duque era el lugar preferido para estas aventuras. Divisar, desde lejos, esa mole de piedra, los hacía parte del misterio que encerraban los muros gigantescos y fantásticos. Juliette soñaba con la vida en el castillo y tejía en esos sueños, historias infinitas, romances perfectos, coronas de rosas, banquetes exóticos y encajes chantilly sobre su cabello. François, en cambio, la miraba enamorado. Su sueño era tan simple, como hacerla, algún día, su esposa. Para nadie era un secreto este amor correspondido. Menos aún para los que los veían jugar en el río, en las siestas de verano, cuando el Sena caía fresco, bañando los sembradíos, refrescando los diques y las acequias, siendo un remanso para los días cálidos. Grácil como una espiga, Juliette era una reina cuya corona la formaban las gotas cristalinas que caían por su dorado cabello. Ocultos tras un viejo olmo cansino y gris, unos ojos mezquinos la observaban.

Los años pasaron cargados de siembras y cosechas, de alegrías y tristezas, en la simpleza de la vida campesina, llena de dolores, pero poblada de presencias. Como sus tiempos estaban marcados por las vendimias, ese año tan próspero, decidieron cuándo

se llevaría a cabo la boda. Esperarían al siguiente, hasta juntar la dote que debían pagar al amo. Mientras tanto, Juliette y Marianne, aprovisionarían el ajuar de la novia.

El tiempo pasa lento para los que esperan, pero la juventud de los amantes hizo que esos meses fueran de gozo y esperanza.

Todo estaba dispuesto para la ceremonia. Días antes, los padres llevaron al Duque, el precio de la novia y él, satisfecho, recibió la paga. Por eso y por lo inhumano del envite, todos quedaron estupefactos al ver acercarse la comitiva precedida por el hijo del Amo. La novia estaba ya, bella y purísima, frente al altar de flores de iris y gencianas. François quedó desconcertado, atónito, expectante. El soberbio y déspota caballero, sin bajar de su montura, tiró sobre el altar la bolsa de la dote; con toscas palabras argumentó que su padre, le cedía el *Druit De Cuissage*.

De repente, la tarde se volvió trágica y sollozante. El pueblo reaccionó enardecido contra los hombres del Duque. Pero estaban rodeados, e inútiles fueron los esfuerzos por intentar sublevarse. François, enloquecido, increpó al monstruo, pero un sable se posó en su garganta enrojecida y a punto de estallar.

Juliette fue llevada al castillo. De nada valieron lágrimas y ruegos, humillaciones y súplicas. El Amo tenía el poder absoluto sobre sus vidas.

A la mañana siguiente, la joven volvió sola sobre un caballo trotón, altivo y magnífico. Iba vestida hermosamente, pero su rostro guardaba toda la angustia de este mundo; y en su alma, el dolor infinito de todo lo perdido. Marianne corrió a su auxilio. Su padre la ayudó a desmontar. François apenas la miraba, enceguecido y humillado. Sus ojos vacíos vagaban en la nada, hinchados de venganza, de odio, de impotencia. Mientras tanto, las mujeres lentamente la desvistieron, llenaron una tina con agua tibia aromatizada con hierbas, la bañaron con la dulzura de una madre, le frotaron con esencias el cuerpo lastimado, le desenredaron el cabello con ternura. Intentaban reparar, al menos un poco, tanto ultraje.

Pasaban los días y Juliette no despertaba de su mutismo. Nadie había escuchado su dulce voz desde aquel día. François estaba cada vez más lejano, culpándose y culpando a su amor, de tanto tormento. Varios fueron los intentos de sacarle una palabra, un gesto, un sonido. Marianne la cuidaba por las noches y sabía que esa alma perdida lloraba en sus adentros.

Dos meses pasaron de aquella fatal jornada y nada había cambiado. François seguía lejano y triste, y su orgullo, inmenso y egoísta, no lo dejaba escuchar los mudos gritos agónicos de su amada. A veces, el silencio es más gélido que una larga noche bajo

la nieve.

Faltaban días para la última cosecha. Temprano comenzarían a preparar la faena. El cielo estaba plomizo y lluvioso. Debían apurarse. Nadie vio a Juliette esa mañana. En la casa todos pensaron que debió haber salido muy temprano. Pero los minutos pasaban y ella no aparecía. François, desesperado, salió a buscarla. Su corazón celoso y posesivo, temió que ella se hubiera ido para siempre. A veces, el amor nos vuelve tan ciegos que somos capaces de ofender hasta con el pensamiento.

Varios hombres partieron en su búsqueda comandados por François. Mujeres y niños recorrieron valles y viñedos. Nadie quedó en el pueblo sin salir a buscarla, sin gritarle al viento su nombre, sin llamarla mil veces.

El pueblo entero enmudeció, derrotado. En el viejo olmo, sepulcral y cansado, colgaba el cuerpo de Juliette, que escondía bajo el sayo blanco, un vientre pequeño y redondo, que moría junto con ella.

MARÍA ESPERANZA MENARDI

Argentina

Facebook: [María Esperanza Menardi -Escritora-](#)

Ius primae noctis: en latín vulgar medieval, «derecho de la primera noche»

Droit de Cuissage: expresión francesa, derecho de pernada.



LOS OTROS

BEATRIZ

OSORNIO MORALES

¿L

e parece extraño ver a una persona en silla de ruedas, disparada por la calle desierta pidiendo auxilio?

Aunque esté imposibilitada igual que yo, su carácter puede ser letal, Alía es así. Cuando se enoja se le ponen rojas las orejas, empieza a rascarse la cabeza y ya valió, sabes que en cualquier momento estará disparándote lo que tenga a la mano. Hace tiempo, en un restaurante me aventó el sándwich en la cara, simplemente porque volteé a mirar a una elegante mujer de tacones que pasó a un lado de la mesa donde estábamos sentados. No supe ni de dónde me llegó el golpe.

—¡Qué atrevimiento el tuyo! —exclamó al tiempo que el emparedado aterrizaba en mi cara.

—¡No estaba mirándola!

—¡Mientes!, y las cosas ya están mal de por sí.

—¡Está bien! Me llamó la atención por su elegancia, pero nada más, como llamaría la atención una moneda extranjera entre tus pesos, ¿me entiendes?

—¿Y ese palabrerío tonto qué?

—Quiero decir que no es común ver a una mujer vestida así en un lugar de comida rápida.

La mujer llevaba un vestido blanco de dos piezas, un fino chal morado le cubría los hombros junto con su cabellera negra que se ondulaba armoniosamente pero sin exceso de volumen alrededor de un rostro de complexión exquisita. Calzaba zapatos plateados que hacían juego con la bolsa de mano y la hacían lucir considerablemente más alta del promedio.

En ese momento no me detuve a pensar a fondo, la razón por la que Alía consideró un atrevimiento de mi parte mirar a una mujer bien vestida. Aunque confieso que más tarde divagué en mi mente al respecto, convencido de que no importaba el tipo de mujer, debían ser celos, pero no quise preguntarle para no reavivar su furia.

Sospecho que esos arranques de ira son también debido a sus complejos de inferioridad. Nunca logró dar más de diez pasos. Desde muy pequeña contrajo polio y sus piernas no se desarrollaron, así que no solo es parálitica de la cintura para abajo sino también algo deforme, corta de la parte inferior, la otra mitad del cuerpo es la de una persona normal.

Cuando la conocí en el hospital me pareció atractiva, no desde un principio sino después de un par de semanas. Yo me encontraba deprimido por la pérdida de la

movilidad en mis piernas debido a un accidente automovilístico, y no fue sino hasta los pocos días que la advertí. Ella prestaba sus servicios de voluntaria con pago, asistiendo en las terapias de rehabilitación, más como un ejemplo, algo como modelo de readaptación a un futuro que en esas circunstancias parece muy poco prometedor. Alía es energética y si se lo propone, sabe contagiar su forma de ver la vida. Poco a poco me fue pareciendo más linda que el día anterior, mostraba detalles que antes no había notado. Su cabello oscuro era una selva de fragancias exóticas, su piel tersa era cada vez más parecida al color del caramelo. Lo mejor de todo es que se divertía de mis bromas. En ese momento supe que acabaríamos juntos, ya llevamos tres años viviendo en nuestro domicilio.

Ayer, el día no empezó bien. El periódico se retrasó dos horas, aunque quizá, viéndolo bien, el comienzo fue la noche de insomnio que paso. Alía sufre de insomnio a menudo, por lo que sería difícil precisar dónde comienzan sus malos días.

“No sé cómo es que tienen trabajo, ¡holgazanes!”

“Tranquila, ya debe estar en camino”.

“¡Llama otra vez! y que se aseguren de que la dirección está correcta. Pienso pedir un reembolso antes del siguiente contrato ¡Holgazanes de mierda!”

“Pero acabo de llamar hace cinco minutos”.

“Necesito el periódico. Dijiste que estaba en camino ¿En camino a dónde?”

Después de un largo rato, el periódico por fin llegó. Pero el día transcurrió con irritabilidad de parte de Alía y evasión de la mía. Dejarla sola era lo mejor.

Por la tarde tomó demasiado vino con la cena, y siguió tomando digestivos hasta después de las seis. Le serví una copa más e intenté retirarme, pero se puso en contra con alegatos.

“¿Qué es lo que ocurre contigo? ¿Me rehuyes por algo?”

“No, para nada. Solo iba a buscar un cigarro”.

“Hipócrita, algo tramas y crees que no me doy cuenta”-

“No Alía, ¿qué habría de tramar, baby?”

“Me vuelves a llamar así y acabaremos mal...voy a sacar la pistola”.

Estaba muy tomada y alterada. Yo sabía que no estaba bromeando, seguramente debía sentir miedo y así fue. Algo perturbado volví a la mesa. En intento desesperado por tranquilizarla le ofrecí otro trago.

“¿Es parte de tu plan, embriagarme? Quisiera saber lo que tienes en mente ¡Hijo de...!”

“¡Calma! no tengo nada en mente, tranqui...”

“Eres un idiota si piensas que te voy a creer. No porque estoy en silla de ruedas te vas a salir con la tuya, te lo adviert..”

“No, no, no, ¡tranquila baby!”

Cuando quise ya lo había dicho. Normalmente le gusta que la llame así pero enojada es distinto. Sus ojos se llenaron de una sombra pesada e insondable, su boca se movía en una especie de tic incontrolable, al hablar dejaba las frases inacabadas. Giró la silla de ruedas y en el cajón de la alacena que estaba a sus espaldas, buscó, trasegó entre las servilletas. No había tiempo que perder. Tan pronto como pude levanté el descanso de pies de la silla de ruedas, bajé la rampa del comedor, le quité el seguro a la puerta, bajé otra rampa y como pude crucé la calle sin subir a la banqueta. Alí abrí la puerta tras de mí y desde allí amenazó con la pistola.

“Es cuestión de vida o muerte”, pensé.

“¡Help! ¡Help! ¡Help me!”

Los gritos venían de afuera. Ruanda limpiaba la mesa cuando los escuchó.

“¿Escuchaste eso?” preguntó a Leonardo.

“¿Qué cosa oíste?”

“Escuché alguien pidiendo ayuda en la calle”.

“Veamos qué es lo que pasa”.

Leonardo se acercó primero a la ventana.

“Es alguien en silla de ruedas”

“¿En silla de ruedas?”

“Eso dije, silla de ruedas”

“¿Y no piensas salir a preguntar qué es lo que ocurre?”

Para entonces los gritos ya se escuchaban más lejos.

“¡Ya se ha ido!”, se excusó Leonardo.

Ruanda se acercó a la ventana pero no alcanzó a ver a nadie, de inmediato fue a la otra ventana. Desde allí alcanzó a ver a un hombre moreno en silla de ruedas, aunque solo vio la espalda perderse en la esquina.

“¿Qué podrá haber sucedido?”

“¿Cómo saber si a veces interfieres o tratas de ayudar y resulta que te están jugando bromas?”

“¡No sonaba a broma, hombre!”

“¡Pero nunca se sabe!”

Ruanda y su marido discutían cuando los gritos se oyeron nuevamente muy cerca, alejándose a la vez por la velocidad con que el hombre intentaba escapar. Después de eso, los gritos ya no volvieron a oírse.

Al día siguiente, buscaron en los periódicos la noticia, pero los encabezados eran de lo más ordinario. Ruanda y Leonardo se miraron extrañados, y a la vez aliviados de que el zafarrancho de la tarde anterior no hubiera pasado a mayores, pues un escándalo así no pasaría desapercibido en Michaels Woods, eso es seguro.

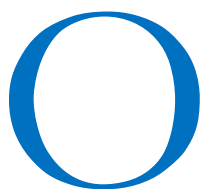
BEATRIZ OSORNIO MORALES

México

Blog: <https://osorniobeatriz.wordpress.com/>



LA MUJER QUE CANTABA DANIEL FRINI



currió cuando el Mandato Celeste bendecía a Shun Zhi, el segundo emperador Quing.

Más allá de la Gran Muralla, y antes de llegar a las tierras manchúes de los ancestros del Hijo del Cielo, en la provincia de Kansu y en el desierto de Badnjinlin vivía Xiao Chen Sying, la Estrella del Amanecer.

Por esos años, Sying era apenas una jovencita que habitaba junto a sus padres —miseros agricultores— una franja angosta de tierra, en la orilla meridional de uno de los Lagos Misteriosos. Apenas lograban subsistir a base del poco maíz o trigo que podían arrancarle al suelo, y de la crianza de cinco o seis cabras. Vivían en una yurta que tenía más de choza o de cueva que de casa; a incontables días de viaje de cualquiera de los Cuatro Caminos del Emperador.

La familia era inculta y temían a los espíritus de la arena; que, según decían los shunshis, no soportaban la alegría del canto de las mujeres. Entonces, Xiao Chen cantaba. Y su voz era un milagro.

Sus canciones volaban entre las dunas altísimas; y el eco rebotaba en la arena quieta y congelada del invierno, en las paredes de piedra de las altas montañas o en la superficie queda de los lagos. El desierto devolvía las mismas y hermosísimas canciones de Xiao Chen, días o semanas después de que ella las cantase.

Eran los primeros días del Descenso de la Escarcha del año del Gato; y un guwai, mercader venido desde Ashkhabad en viaje a Loyang en busca de seda, perdió el camino luego de atravesar las montañas Tian. Mientras afrontaba un sinfín de penurias —el acoso de ladrones nómades que diezmaron su caravana en gentes y bienes, el desconocimiento de los dialectos de los pueblos que encontraron, la falta de mapas y las puñaladas del hambre y el frío—, llegó a los bordes del desierto y acampó a orillas de una laguna. Una noche fría y de viento escaso, un vigía lo llamó para que escuchase, muy clara, una voz que cantaba. El guwai conocía, de los labios de un viejo contador de historias, que una duna dorada en el desierto del Tenggeli sonaba como campana cuando soplaba el viento frío del norte, pero esto era diferente: era una hermosa, dulce y embriagante canción de cuna, más bella y límpida que cualquier otra que hubiesen escuchado nunca los hombres de su caravana. En un momento, la voz parecía venir de muy cerca, al oriente y todos buscaban a alguien que se acercase cantando, desde allí. Un segundo después, la canción sonaba lejos hacia occidente y la voz se callaba de a ratos para renacer, otra vez, llegando desde la mismísima laguna. Sin embargo, nadie le temía, puesto que algo tan maravilloso solo podía ser regalo de dioses y no engaño de

los demonios.

La voz los visitó varias veces, de día o de noche. Les traía historias en palabras que desconocían, pero que los hacía llorar recordando las familias queridas y los sabores lejanos; o reír, pintándoles aromas de primavera y de aventuras de niños. Algunas veces, las canciones eran alegres e invitaban al baile. Otras eran suaves, casi tristes y llevaban añoranzas que dolían. Unos días después, el guwai siguió viaje.

Mediando el Despertar de los Insectos del siguiente año del Dragón, la caravana entró en la provincia de Shanxi, gobernada, entonces, por Zheng Shikai, Señor de la Guerra, antiguo súbdito de los depuestos Ming, y ahora, su más ferviente exterminador. El guwai fue detenido, acusado de espionaje. Lo que quedaba de sus mercancías y animales fueron decomisados. Los hombres comenzaron a ser torturados en busca de informes sobre el enemigo. Uno de ellos, con la esperanza de salvar su vida, contó a los hombres de Zheng que en el viaje que acababan de hacer, en un desierto que estaba hacia occidente y hacia el norte, habían escuchado cantar a una joven; y su voz era capaz de acallar el piar de los pájaros o aquietar los vapores del dragón; y que al oír sus canciones de cuna los ejércitos se dormían. El Señor de la Guerra vislumbró un arma letal y un adecuado presente para el Emperador. Todos los hombres de la caravana, incluso el guwai, fueron interrogados en busca de más precisiones; y luego asesinados.

Zheng envió al general Shen Li y a sus quinientos mejores hombres en busca de la mujer que cantaba.

Así nació el Ejército de los Quinientos, y la Expedición.

Siguieron los años de la Serpiente, el Caballo y la Oveja; y los soldados iban de un desierto a otro, desgastándose y sin noticias en su búsqueda. Fueron al Taklimakan y al Kumtag, recorrieron el Lop Nor, atravesaron el Badnjinlin dos o tres veces e, incluso, llegaron hasta Zungaria. Decidieron volver hacia el sur, hacia el Mu Us y pasaron, una vez más, por el desierto en el que había vivido Xiao Chen. Eran los días de la Germinación del Cereal del año del Mono y acamparon en una laguna similar a la que describieron los hombres del mercader. Y esa noche, la oyeron.

Los Quinientos lloraron con una canción que les hablaba de su madre anciana y rieron con otra que les contaba las aventuras de un camello loco. El único que permaneció inmutable, fue Shen Li. La voz venía desde no muy lejos al norte, cruzando la laguna. Ordenó a sus hombres que levantasen el campamento de inmediato, y encontrasen a la mujer. El ruido de los Quinientos marchando calló la voz.

Después de un día de camino, el general ordenó un nuevo alto y el más absoluto

silencio. Ahora la canción sonaba, lejana, hacia occidente. Otra vez la marcha, sin descanso y un nuevo alto que duró varios días hasta que escucharon otra canción, pero ahora desde el sur.

Así pasó ese año, y el del Gallo, el del Lobo y el del Jabalí. Algunos de los Quinientos fueron muriendo y Shen Li los reemplazó con levass que hizo entre las gentes que encontraron a su paso. Fue otra vez el año del Gato y el orgulloso ejército se transformó en una horda exasperada que arrasó aldeas en busca de información, primero, y por el simple saqueo, después. Cada cierto tiempo, escuchaban la voz que cantaba, cerca o lejos, a derecha o izquierda, tras las dunas o en el valle próximo. Shen Li y los suyos partían tras ella de inmediato, pero jamás la encontraron.

Hubo otro año del Gato y los Quinientos no eran más de cien, andrajosos, preocupados por llevar las riquezas de tantos años de rapiña, y no desertaban más que por el temor a la ira de su general, que era al único que le interesaba, aún, encontrar a la dueña de la hermosa voz.

Más o menos una vez cada luna, oían cantar a Xiao Chen

Eventualmente, pasaron a la vista de las tierras que ella había habitado. Eran, ahora, un páramo con rastros apenas visibles de algún viejo asentamiento. Nadie, siquiera, miró las ruinas.

La mujer que cantaba había sido dada en matrimonio a un hombre de la lejana Kashi en los tiempos del comienzo de la Expedición; y había muerto, hacía muchos años, al dar a luz a su primer hijo.

Cerca del amanecer de un día cercano al Solsticio de Invierno de un año del Tigre, Shen Li, casi ciego, oyó una canción que hablaba de gloriosos ejércitos con armaduras brillantes y banderas de seda, del honor del combate y la lealtad del enemigo; del filo de la espada, la punta de la lanza y la belleza de la flecha en el aire. Entonces, lloró. Vistió lo que imaginó eran sus mejores ropas de guerra y caminó hacia el sol, hacia la voz de Xiao Chen.

El Badnjinlin se tragó a los Quinientos. Nunca más, alguien supo algo de ellos.

Muchísimo tiempo después, habían pasado siete u ocho años de finalizada la Segunda Guerra del Opio, un rico gentleman inglés con aspiraciones de arqueólogo, se internó en el desierto acicateado por leyendas populares en busca de antiquísimas ciudades en ruinas que, por supuesto, no encontró. Sin embargo, a orillas de una pequeña laguna salada sus porteadores desenterraron algunos huesos de camellos. A falta de nada mejor que hacer, el caballero ordenó un alto, acampó y se dedicó durante

tres días a estudiar esos huesos. Para su sorpresa, encontró dos alforjas llenas de piezas de porcelana, algunas telas raídas, una estatuilla, no más alta que un pulgar, de un Buda de oro; y dos vasos de plata impura; junto a tres esqueletos humanos que parecían de soldados. Las pocas armas y unas monedas sueltas le permitieron aventurar que esos cadáveres tenían más de doscientos años.

La noche antes de partir, fría y de viento escaso, un porteador lo llamó para que escuchase, muy clara, una voz que cantaba. El inglés no le dio importancia.

DANIEL FRINI

Argentina

Faebook: facebook.com/DanielFriniEscritor/

Twitter: [@dfrini](https://twitter.com/dfrini)

Instagram: [danielfrini](https://instagram.com/danielfrini)

Ivoox: ivoox.com/podcast-audiotextos-daniel-frini_sq_f1418104_1.html

Tumblr: danielfrini.tumblr.com

Inkspired: getinkspired.com/es/u/danielfrini/



FUERTE EL APLAUSO

GUSTAVO VIGNERA

Las historias, como las prendas de vestir, las hay de todos los tamaños. Algunas son extra-large como la de los caballeros, gladiadores o superhéroes, otras enormes como esas novelas de amores apasionados que acaban con la sangrienta muerte de alguno de los amantes, y otras pequeñas, simples, minúsculas, tan chiquitas que parecen salidas de un hormiguero. De esta medida era la historia de Lucio y Luisa, que no era Lane como la arriesgada reportera novia de Superman, sino García como una más de las mil quinientas que figuran en la guía.

Ese día las puertas del templo se abrieron. Junto al altar estaba Lucio con su mamá, que llevaba un vestido negro de encaje prestado por una cuñada. A la distancia pudieron divisar las siluetas nerviosas de la novia y su padre, que ya hacía varios años que no aparecía pero no quería perderse la oportunidad de salir en la foto del casorio de su hija. El órgano, como un enfermo asmático, comenzó a soplar los primeros acordes de *Pompa y Circunstancia*. Si bien en sus vidas las únicas pompas conocidas eran las de jabón, las circunstancias habían hecho que sus vidas se cruzaran y germinara el amor sin muchas vueltas.

Lucio sabía, por herencia familiar, que tenía en sus manos el bien máspreciado por cualquier artista, mejor dicho, el bien más deseado por cualquier mortal cuyo ego sobrepasara mínimamente al de los monjes budistas del Tíbet. Ese bien era *el aplauso*. Desde los dieciocho años, al igual que su madre y sus dos hermanas, rondaba los estudios de grabación de los canales de televisión para ofrecer sus servicios profesionales de aplaudidor. ¡Sí! Como suena: aplaudidor. Uno de los oficios menos frecuentes, pero necesario para levantar el entusiasmo y la energía de los aburridos programas de la tele.

Él había aprendido el oficio de chiquito, provenía de una dinastía de aplaudidores. De generación en generación se iban enseñando la técnica para ser los mejores a la hora de festejar un chiste o simplemente al recibir la orden a través de una cartulina escrita con marcador por un productor atolondrado. Ya desde los tiempos de Héctor Coire y Pipo Mancera sus ancestros curvaban las palmas en forma de cuencos para poder emitir el más profundo y sonoro de los aplausos. De niño sus abuelos le contaban las hazañas de Sábados Circulares, como cuando el conductor fue encadenado y metido dentro de un baúl de hierro para ser sumergido en el Río de la Plata al mejor estilo del mago Houdini.

Lucio tenía claro que nunca iba a ser un protagonista, no soñaba con figurar ni

con ser famoso, a él no le importaba eso. Con sus anteojos oscuros y el traje raído aún más oscuro, sabía que su función en la vida era apoyar a los artistas, estimularlos, motivarlos, y de esa forma lograr que los televidentes pudiesen gozar de esa experiencia única que solo él conocía: el contacto en vivo con el ídolo.

Lucio siempre estaba dispuesto a mejorar su técnica y no perdía oportunidad para ensayar. Siempre invitaba a aplaudir en los cumpleaños al ritmo del cumpleaños feliz, y no perdía oportunidad para reclamar *¡un aplauso para el asador!* y poder deleitar a la concurrencia con un resonante e inigualable aplauso.

Luisa había tenido, se podría decir, una vida paralela. Nunca había querido estudiar, pero su herencia era similar a la de Lucio. Se habían conocido en los pasillos de un canal de la zona de Constitución. Mientras él iba a cumplir con sus obligaciones de aplaudidor ella, con su enorme sonrisa dibujada en la cara, iba a realizar la tarea de reidora profesional.

Y entre aplausos y risas surgió el amor. A pesar de sus jornadas interminables por los programas, tenían tiempo para la intimidad y agradecían el amor que se brindaban entre aplausos y fuertes risotadas.

Lucio le contaba a Luisa que había conocido el *aplausómetro* y que había liderado la ovación a cientos de artistas internacionales. Ella, sin quedarse atrás, le contaba que había festejado con su risa tentadora cuentos de los humoristas más destacados —que ya no están— y que su abuela era la mejor para dar la carcajada justa en el instante exacto en que Pepe Biondi recibía un cachetazo.

Así fue que la vida los fue llevando, como quien no quiere la cosa, hasta el punto en que decidieron no separarse más.

Y ahí estaban ahora, ambos nerviosos, él esperando y ella a paso lento, atravesando la alfombra roja que la conducía al altar.

Había poca familia en la iglesia. De un lado los que venían a ver al novio, del otro lado los que conocían a la novia. Ella brillaba. Él estaba como siempre pero muy atento a cualquier cosa que el cura le pudiese pedir. El clérigo bendijo las alianzas, también a la pareja, y ellos sellaron su amor incondicional con un pequeño beso.

Tratando de ser elocuente, el sacerdote pidió un fuerte aplauso para los novios. Instantáneamente el ala de los parientes de Lucio estalló en aplausos ruidosos y desordenados. Hasta los santos de la nave izquierda empezaron a vibrar como si ocurriese un terremoto.

Del lado de Luisa, los García y allegados se quedaron inmóviles al sentir la

potencia sonora que venía de los bancos linderos. El cura intuyó que algo no estaba bien, que algo había que sincronizar. Enérgicamente pidió silencio, se paró frente a los parientes de Luisa y con un ritmo bien marcado los fue llevando:

—Uno, dos, tres, uno, dos, tres y uno, dos tres...

Un aplauso tras otro en forma acompasada, con cadencia, con entusiasmo, se fueron sumando y sumando. Uno a uno y de a poco, la familia de Luisa se sumó al ritmo.

Y ahí los dos protagonistas se abrazaron emocionados: estaban recibiendo el único y merecido aplauso de sus simples vidas.

GUSTAVO VIGNERA

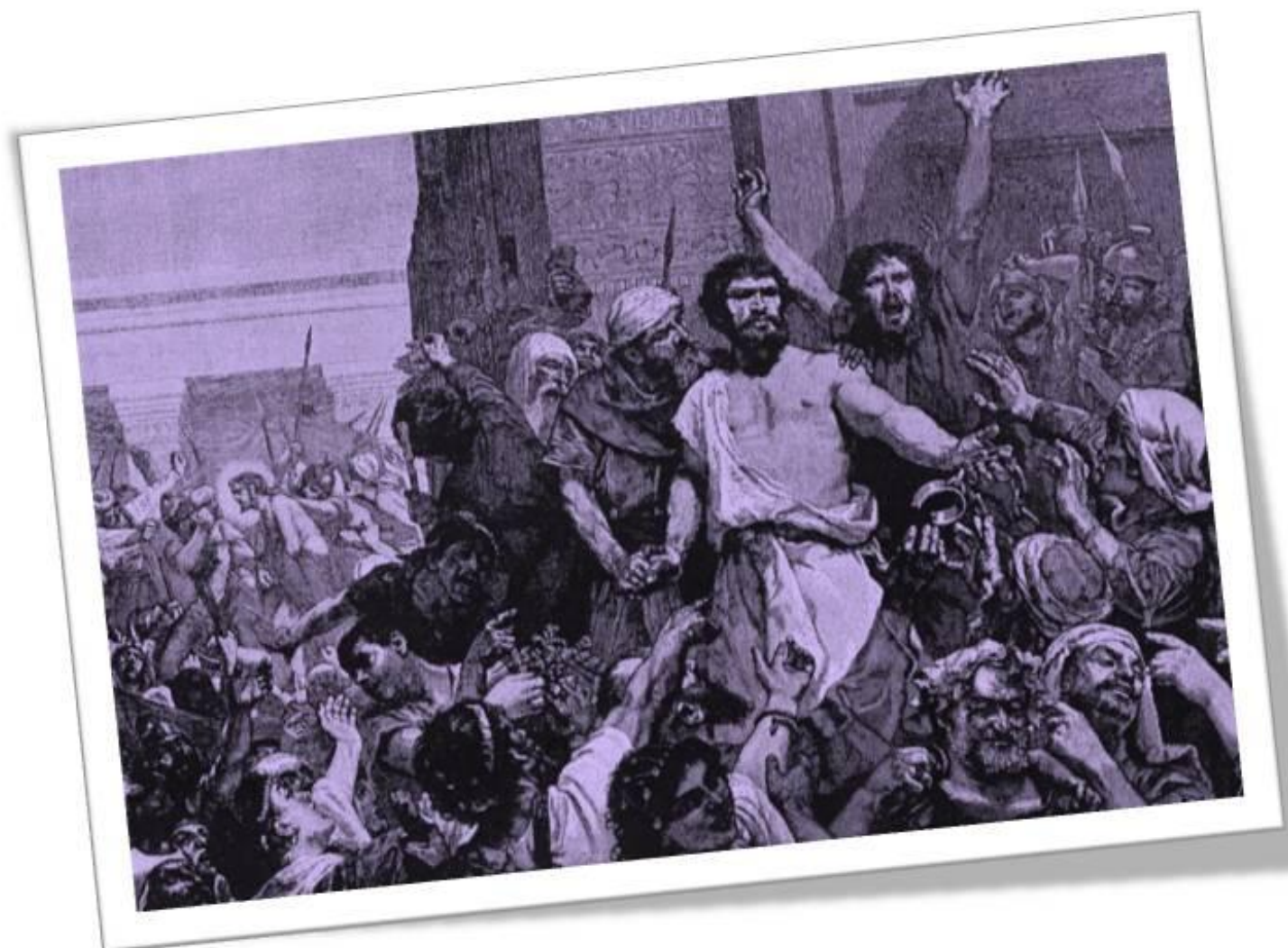
Argentina

Facebook: <https://www.facebook.com/gustavovignera/>

Twitter: [@vignera](https://twitter.com/vignera)

Instagram: https://www.instagram.com/gustavo_vignera_autor/

Página WEB: <http://www.gustavovignera.com.ar>



EL EVANGELIO
SEGÚN BARRABÁS
LUCIANO ANDRÉS
VALENCIA

“quizá los hombres seamos a un tiempo Abel y Caín”.
Barón Rojo, “Hijo de Caín”
(del álbum: *En un lugar de la Mancha*, 1985)

*“Sí, si existe Dios tendría que ser un único Señor,
pero mejor sería que hubiera dos,
así habría un dios para el lobo y otro para la oveja”.*
José Saramago, *El Evangelio según Jesucristo* (1991)

Mi nombre es Barrabás, hijo de Josafat, nacido en Marabat, Judea. En la historia que escriban los romanos seré recordado como un villano, un forajido, un asesino. Por eso quiero dejar en este manuscrito mi versión de los hechos, para que los Hijos de Israel conozcan mi historia y sepan quienes fueron los verdaderos traidores al pueblo.

Crecí en una familia campesina, que valoraba tanto el trabajo manual como el conocimiento. Por eso aprendí a trabajar la tierra, a criar animales, a forjar metales y convertir la madera en objetos útiles, pero también me enviaron a la Sinagoga para que aprendiera a escribir en nuestra lengua y leyera los textos sagrados. Los siete años que serví de esclavo en la casa de un patricio romano me fueron útiles para aprender latín y algo de griego. Mi familia adeudaba impuestos a las autoridades romanas que ocupaban el país, y se vieron forzados a entregarme como parte del pago. La ley judía dice que los esclavos deben recuperar su libertad luego de siete años, porque nosotros también fuimos esclavos en Egipto y en Babilonia. Los romanos respetaron al principio nuestras leyes. El gobernador Valerio Grato fue severo, pero relativamente benévolo. Eso cambió con la asunción de Poncio Pilatos.

Regresé a mi hogar convertido en un hombre. Inmediatamente fui reconocido como alguien valioso para mi pueblo ya que había convivido en un hogar romano y tenía conocimientos sobre la lengua, la cultura y los planes del invasor. Me invitaron a formar parte de una Sociedad Secreta que conspiraba contra la dominación de Roma. Mi padre era integrante de la misma desde hacía varios años. El espíritu de los Hermanos Macabeos, los hijos de Matatías que siglos atrás le pusieron freno a la invasión del Imperio Griego-Asirio de Antíoco IV, estaba presente en todos ellos.

El descontento social iba en aumento debido a la impopularidad de las medidas de Pilatos. A la corrupción creciente se le sumaban el incremento de los impuestos y la imposición de emblemas imperiales en nuestros lugares sagrados. Cuando propuso la confiscación de los tesoros de los Templos y el uso de las lápidas de nuestros ancestros como material para la construcción de su acueducto —que solo iría a las villas de los

patricios y no a nuestros poblados— los sacerdotes, que hasta entonces se habían mantenido sumisos y obedientes, llamaron al pueblo a desobedecer. El gobernador recurrió a las dos estrategias en las que era experto: la compra de voluntades y la represión.

Algunos sacerdotes aceptaron los sobornos y calmaron a sus fieles. Otros se opusieron y fueron detenidos. Sin juicio previo se los torturó y ejecutó por crucifixión, empalamiento o descuartizamiento. Las partes desmembradas de sus cuerpos fueron clavadas estratégicamente en los lugares más visibles de los pueblos a modo de escarmiento y amenaza. Permanecieron allí varios días hasta que el olor insoportable y las sabandijas que supuraban obligaron a quitarlas.

Los romanos habían tenido un triunfo provisorio, pero en nuestro pueblo el odio se incrementaba. Mientras tanto, nuestra Sociedad seguía acumulando armas y miembros en espera de un futuro levantamiento.

No pasaría mucho tiempo. Unos meses después acompañé a mi padre a la ciudad para vender una parte de nuestra cosecha. Una vez allí paramos en una taberna para beber una copa de vino junto a otros campesinos, algunos de los cuáles eran integrantes de la Sociedad. Quiso la suerte o el destino que se encontrase allí un soldado romano completamente borracho, molestando a la joven cantinera. Le decía groserías y la tocaba con violencia. Las demás personas en el lugar lo miraban con desaprobación, pero nadie se atrevía a actuar.

En un momento, el soldado se levantó y tomó por los brazos a la joven. “Soy un romano y puedo hacerte lo que quiera, sucia judía”, le dijo. Luego la arrojó boca abajo sobre la mesa dispuesto a poseerla. Allí me puse de pie y antes de que el maldito romano reaccionara le propiné un fuerte puñetazo que lo hizo estrellarse contra el suelo. No le di tiempo a tomar su espada. Con ambas manos comencé a estrangularlo. En ese momento la joven a la que había humillado tomó un cuchillo de cocina y se lo clavó en la cara, una de las pocas partes de su cuerpo que no estaba protegido por la armadura. Seguimos así: yo tomándolo del cuello y ella apuñalándolo en el rostro. Cuando acabamos con él quedó tan desfigurado que ni siquiera su dios lo reconocería.

La conmoción hizo que una pequeña patrulla romana se presentara en el lugar. Marabat no había sido parte de los levantamientos y no contaba con un elevado número de tropas extranjeras. No les dimos tiempo de actuar: apenas ingresaron nos arrojamos sobre ellos. Los hombres que minutos antes habían presenciado sin actuar la humillación a una de nuestras hermanas, ahora se sumaban a la lucha, alentados por el

reciente hecho. Los golpeamos con nuestras herramientas de trabajo, con instrumentos de cocina y con las mismas armas que logramos quitarles.

No dejamos a nadie con vida. Ninguna piedad con los opresores. Luego arrastramos sus cuerpos hasta el centro de la ciudad y los exhibimos como ellos hicieron con los nuestros unos meses atrás. Derribamos un estandarte romano que habían alzado y parándome sobre él, le hable al pueblo:

—Hermanos y hermanas, durante años el Imperio Romano ha ocupado estas tierras, nos ha ahogado con sus impuestos, ha mancillado los templos y las tumbas de nuestros ancestros, y ha abusado de las mujeres. Pero hoy le pondremos fin a tantos años de humillación. El espíritu de Judas Macabeo late en cada uno de nosotros. Así como escapamos de la cautividad en Babilonia y en Egipto, como derrotamos la invasión de Antíoco y como conservamos nuestras costumbres ante toda dominación extranjera, así es como derrotaremos a los romanos y recuperamos la libertad de nuestra patria. Ya no seremos esclavos de Roma ni de nadie.

Gritos de júbilo resonaron por toda la plaza. La que más tarde se conocería como “la Rebelión de Pascua” había comenzado. La Asamblea del Pueblo acordó que la jefatura política del movimiento quedara en manos de los sacerdotes y los Ancianos de la Sinagoga, mientras que la jefatura militar recayó en mis manos. Nuestra Sociedad, que ya no era Secreta, hizo aquello para lo que se había preparado tanto tiempo: comenzó a repartir armas y entrenar a la población. Se montaron defensas y se cerraron todos los puntos de acceso a la ciudad para que las tropas romanas no pudieran ingresar sin ser vistas. Se acumuló comida y se confiscaron los depósitos de granos robados a nuestra gente para que los romanos pudieran alimentar a su guarnición. Tendríamos para sobrevivir varias semanas.

En la cercana villa de un patricio, los esclavos se rebelaron al escuchar las noticias de lo que sucedía en Marabat, quemando el lugar y provocando la huida del amo con su familia. Inmediatamente vinieron a sumarse a nuestro movimiento, trayendo armas y alimentos.

Pero no toda la ciudad estaba de acuerdo con la rebelión. Los colaboracionistas de los romanos huyeron antes de que montáramos las defensas, por lo que no representaron una amenaza. Sin embargo había un pequeño grupo de seguidores del falso profeta Yesûa, que los romanos llamaban Jesús, que se autoproclamaba “el Mesías”, “el Hijo de Dios”. Él predicaba el amor y la sumisión, llamaba a “poner la otra mejilla” y pagar los impuestos al Imperio porque “se debe dar al César lo que es del

César y a Dios lo que es de Dios”. Este grupo era partidario de la “pax romana”, de no luchar, de aceptar la autoridad imperial porque la felicidad estaba en la otra vida. “Yo no puedo pensar en la felicidad en otra vida cuando mi pueblo sufre la humillación y la opresión en esta vida”, les dije un día que se acercaron a tratar de convencerme para que depusiera la rebelión y levantara las defensas de la ciudad. En esa oportunidad se retiraron dejando en claro que se negarían ejecutar cualquier acción violenta.

Apenas dos días después de comenzada la rebelión, cuatro legiones romanas provenientes de Jerusalén se presentaron ante las puertas de la ciudad. Cuando la mayoría de nuestros combatientes salieron a recibirlos un patricio muy obeso que oficiaba de comandante se adelantó montado en un caballo y nos habló en un pobre arameo:

—El César en Roma y el gobernador Pilatos en Jerusalén ordenan depongan sus armas y levantar las defensas. Esto no terminar en un baño de sangre. Si rendir, no tomarse represalias contra los sublevados ni la población.

Yo le respondí en un perfecto latín aprendido en mis siete años de cautividad.

—La vuestra será la sangre que se derrame.

A continuación hice una señal con mi mano y uno de nuestros mejores arqueros derribó de un flechazo al rollizo patricio de su caballo. Esa fue la señal para comenzar la batalla. Una verdadera carnicería. Las legiones romanas son el mejor ejército del mundo, pero no dejan de ser mercenarios pagados. No pueden luchar contra un pueblo dispuesto a dar su vida por la libertad.

Mataron a decenas de los nuestros, pero no consiguieron penetrar en la ciudad. Nuestros arqueros son famosos. Los arcos pequeños de cuernos de carnero fueron un arma letal para las tropas de Antíoco. Hoy lo son para los romanos. Los que portaban lanzas y espadas también demostraron estar a la altura.

Por la tarde, con el sol cayendo sobre las lomas lejanas, la victoria fue alcanzada. No tomamos prisioneros: ¿qué habríamos hecho con ellos? Matamos a todos los que quedaron heridos en el campo de batalla, pero no perseguimos a los pudieran huir por su cuenta.

La victoria también nos proveyó de armaduras, escudos, espadas, lanzas, cuchillos, cantimploras y todo lo que pudimos recolectar de los caídos. Había escuchado que los romanos queman en honor a sus dioses todo el arsenal capturado al enemigo. Nosotros no podemos permitirnos ese lujo.

Cuando regresamos, el pueblo nos recibió como héroes. Cantaron y bailaron en

nuestro honor. Los seguidores de Yesûa no participaron de los festejos, coherentes con su idea de repudiar la violencia, pero en sus rostros se podía ver la satisfacción por la victoria. Sabían que también habíamos salvado sus vidas. Los romanos no los hubieran diferenciado del resto a la hora de tomar represalias contra la ciudad rebelde.

En las semanas siguientes nuestros enemigos cambiaron de estrategia. En lugar de tratar de ingresar por la entrada principal, pretendieron hacerlo por los bosques que rodean el pueblo. Esa posibilidad había sido prevista, por eso instalamos guardias de arqueros escondidos en los muros y las copas de los árboles. Cuando los romanos avanzaron dispersos por el bosque fueron presa fácil de sus flechas. Uno por uno cayeron sin que se registraran bajas en nuestros hombres.

También logramos sacar de la ciudad algunos hombres que se presentaron en los pueblos vecinos para distribuir en secreto noticias de la rebelión que ocurría en Marabat. Pero esto no dio el resultado esperado. Si bien hubo pequeños levantamientos solidarios en Belén, Samaria, Masaba e, incluso, Jerusalén, no fueron suficientes para dispersar las tropas del gobernador Pilatos impidiendo que se concentraran en nuestro pueblo.

Una nueva invasión se produjo pronto y, aunque logramos detenerlos nuevamente, esta vez el costo fue mucho mayor. La mitad de nuestros combatientes había muerto y los recursos se volvían cada vez más escasos.

La Asamblea posterior a la batalla fue la que más tensiones registró. Ya no eran solo los seguidores de Yesûa quienes deseaban rendirse, sino también una parte importante de la población. Aunque no eran la mayoría, tenían el apoyo de los sacerdotes y los ancianos.

Mis prédicas llamando a mantenernos unidos cayeron en saco roto. Incluso mi padre llegó a decirme que lo mejor por el momento era desistir, dispersarnos y comenzar a crear Sociedades Secretas en todo el país para planificar una nueva rebelión.

—Los Macabeos pudieron triunfar porque tenían la adhesión de todo el pueblo —me dijo—. Nosotros la estamos perdiendo y si insistimos en imponernos, terminaremos siendo igual de tiranos que nuestros enemigos. Y si eso ocurre: ¿para que sirvió la rebelión? ¿Acaso no era por la libertad? ¿O era para convertirnos en los nuevos tiranos de esta tierra?

Esa noche me embriagué. Cuando comenzó la rebelión escondimos todo el alcohol existente en el pueblo para evitar cualquier desborde, pero no pude evitar buscar un odre de barro en el depósito y beberlo solo. Acaso porque sospechaba lo que

iba a suceder.

A la mañana siguiente un mensajero me despertó de mi resaca. El Sumo Sacerdote y los Ancianos deseaban verme con urgencia en la Sinagoga. Supuse que estaban dispuestos a negociar la rendición y querían convencerme de su decisión. Si era eso perdían el tiempo. Estaba dispuesto a luchar hasta el final, aunque fuera el único hombre que mantuviera la resistencia.

Me presenté ante el Sacerdote y los Ancianos en compañía de dos de mis soldados.

—Te estábamos esperando, general Barrabás —dijo el sacerdote—, tengo algo importante que mostrarte.

Me llevó hasta el altar donde se hacían las ofrendas y me pidió que le ayudara a moverlo. Era una piedra pesada, pero cuando la corrimos pude ver que debajo de ella se abría un hueco con una escalera que conducía a un túnel subterráneo.

—Hace unos siglos atrás —comenzó a narrar el sacerdote mientras descendíamos por el—, la Junta Suprema y el Consejo de Ancianos resolvieron que todos los templos y no solo el principal de Jerusalén, tendrían estos pasadizos secretos resguardados por los clérigos. Así podríamos sacar los tesoros y objetos sagrados en caso de invasión. Este túnel, por ejemplo, conduce a una gruta a pocos kilómetros de aquí.

—¿Pretende utilizarlo para evacuar a la población? —pregunté ingenuamente.

—No es para que podamos salir —respondió—, es para que puedan entrar.

Sorprendido por la respuesta, no advertí a los soldados romanos que se acercaban por el pasadizo. Mis hombres no habían descendido y no reaccioné a tiempo para poder escapar. Los soldados se arrojaron sobre mí, me golpearon y me amarraron las muñecas.

—¿Por qué hace esto? —pregunté al sacerdote.

—Porque Pilatos me recompensará muy bien por mis servicios.

Me condujeron por el túnel hasta la cueva que había mencionado el sacerdote. Al menos no mintió en eso. Cuando estuve fuera pude ver a cientos —acaso miles— de legionarios romanos dispuestos a entrar a la ciudad. Mi pobre —y acaso egoísta— consuelo en ese momento era que no vería con mis propios ojos la masacre que se iba a producir.

Me condujeron hasta Jerusalén y encerraron en un calabozo mugriento. En la

celda de al lado había otro prisionero. Era un judío delgado, vestido pobremente y con la barba larga. En su aspecto lamentable no se diferenciaba mucho de mí.

—¿Quién eres? —pregunté— ¿Cómo te llamas?

—Soy Yesûa, hijo de José, el carpintero —me respondió.

—¿Eres el profeta al que los romanos llaman Jesús?

—Parece que mi fama ha llegado a todos los rincones del país.

—En Marabat también tenías seguidores.

—Eso me satisface. Estoy cumpliendo la misión que nuestro Señor me encomendó cuando me eligió como “el Mesías”, su representante en la Tierra que curará los pecados del mundo.

—¿Por qué estás aquí? ¿Qué delito cometiste?

—Los sacerdotes y los mercaderes a los que expulsé del Templo me entregaron. Temen que mis enseñanzas socaven su poder.

—Parece que tenemos los mismos enemigos. A mí también me entregaron los sacerdotes. Estoy pensando que antes que Roma el enemigo está en nuestro propio pueblo.

—Por eso quiero crear una nueva iglesia, basada en el amor al prójimo.

—Ya es tarde para eso. Ya es tarde para ambos. Tú por pacifista, yo por rebelde: ambos vamos a morir pronto.

En ese momento entró un Centurión con un mensaje del gobernador. Decía que siguiendo la costumbre judía se indultaría el día de pascua al prisionero que el pueblo eligiese. Al menos una de nuestras costumbres era respetada: pobre concesión de los vencedores para con los vencidos.

Ambos prisioneros fuimos llevados ante el pueblo y Pilatos preguntó:

—¿A quién quieren ustedes que ponga en libertad: al bandido Barrabás o al profeta Yesûa o Jesús, a quién llaman “el Mesías”?

Hubo un silencio de unos segundos hasta que alguien gritó mi nombre. De a poco muchas más comenzaron a hacerlo. Algunos gritaron el del profeta, pero fueron acallados por los gritos de la mayoría.

Pilatos volvió a preguntar al pueblo:

—¿Realmente quieren poner en libertad a este asesino y no a quién llaman Su Salvador?

Esta vez el grito fue al unísono: “A Barrabás”. “Barrabás luchó por el pueblo”

gritaron algunos. “Muera Roma” también se escuchó débilmente.

Evidentemente Pilatos trataba de salvar al profeta, pero tenía la suficiente inteligencia para comprender que su insistencia podía encender una nueva rebelión, así que desistió en su intento.

—Pues entonces Jesús morirá en la cruz. Yo no soy culpable de la muerte de este hombre inocente. Los culpables son ustedes que eligieron salvar a un sedicioso y asesino. Que la maldición caiga sobre sus cabezas y las de sus hijos.

Pilatos se retiró de la tribuna y sus guardias me llevaron de vuelta a mi celda. Minutos después, el gobernador se presentó ante mí:

—Si hay una persona a quien quisiera crucificar en este momento es a ti, “general” Barrabás —dijo mirándome con desprecio y enfatizando la palabra “general” a modo de burla—. Pero eso levantaría nuevamente a las masas y estamos tratando de pacificar la provincia. Los romanos somos gente de paz, aunque no lo creas. Paradójicamente, a veces tenemos que matar a unos cuantos miles para poder imponerla.

—¿Por qué intentaste salvar al profeta? —quise saber.

—Porque su prédica, que molesta tanto a los sacerdotes y mercaderes, en realidad resulta inofensiva. La obediencia a su dios no entra en contradicción con el respeto a las autoridades terrenales: “al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios”. Simple. Durante los motines infiltramos espías en su círculo de seguidores para investigar si planificaban rebeliones. No encontramos nada de eso. Su líder les inculcaba el “poner la otra mejilla”. Puedo decir que son los ciudadanos más leales a Roma en toda Judea. Ni siquiera se atrasan en el pago de impuestos. Es una lástima que vaya a morir crucificado. Su iglesia hubiera sido una buena religión para el Imperio. Aunque a lo mejor todavía podamos trabajar con su círculo más cercano, aquellos que se hacen llamar “los Apóstoles”.

Yo lo escuchaba en silencio.

—Pero tú si eres un peligro Barrabás. Tu valor y determinación levantaron a todo un pueblo y ellos saben lo que eres capaz de hacer. Por eso te prefirieron antes que al predicador. Tu pueblo es muy inteligente Barrabás, los admiro por eso. Será duro someterlos, pero te juro que lo haré. Aunque tenga que matar a todos y repoblar la provincia.

—¿Qué harás conmigo? —quise saber.

—No me queda otra opción que liberarte. No puedo ejecutarte aunque quisiera verte en la cruz en lugar de ese Yesûa, Jesús, “el Mesías” o como se llame.

—Nunca cesaré mi lucha.

—Lo sé muy bien, pero ten en claro que yo tampoco cesaré de perseguirte. A partir de ahora cada uno de tus movimientos será vigilado.

Estas últimas palabras las pronunció correctamente en arameo y no en el latín que veníamos hablando, acaso para asegurarse de que las comprendiera fuera de toda duda.

Me liberaron y vagué por las calles de Jerusalén tratando de hallar la forma de regresar a Marabat. Había aun mucha conmoción por la ejecución del profeta. La gente me reconocía y saludaba con respeto, pero temía ser vista a mi lado. Sin embargo algunos vencieron ese temor y se acercaron a darme alimento y abrigo.

Finalmente conseguí una mula para retomar a mi pueblo. El panorama que encontré allí fue desolador. Casi no había un hogar en donde la represión no se hubiera cebado. Casas destruidas, familias desechas, cuerpos crucificados por doquier.

Mi padre aún vivía. Lo habían golpeado salvajemente y lo abandonaron dándolo por muerto. La joven cantinera que apuñaló en el rostro al soldado que intentó violarla lo rescató y atendió. Pero no había mucho que se pudiera hacer. Sobrevivió hasta la semana posterior a la de mi retorno. Sus últimas palabras fueron para mí:

—Nada de esto es tu culpa, hijo mío. Tú no causaste esto, fueron los romanos con su opresión. Luchaste por tu pueblo y así debes ser recordado.

Luego de la muerte de mi padre me fui a vivir al campo. No había nada que hacer en la ciudad. Ocasionalmente me visitaba algún miembro de la Sociedad, pero la misma había desaparecido. No teníamos armas ni miembros suficientes para volver a hacerla funcionar.

Con el tiempo mi granja fue dando frutos y me convertí en un próspero agricultor. En algún momento me llegaron noticias de exiliados judíos en Siria que planeaban una rebelión contra Roma. Intenté partir a su encuentro en varias oportunidades, pero las autoridades romanas me tenían identificado y vigilaban mis movimientos, por lo que nunca me permitieron abandonar Judea. Finalmente contraje matrimonio y formé una familia. Los sueños revolucionarios nunca cesaron, pero los estragos del tiempo en mi cuerpo y las necesidades de mi familia me alejaron de las acciones directas.

Como temía, mi nombre fue asociado al crimen por obra de los cronistas e

historiadores romanos. En cambio, entre mi pueblo aún se me recuerda como un libertador, pero la memoria se va haciendo débil en las generaciones más jóvenes. Acaso dentro de unos años ni siquiera se me recuerde y nuestra rebelión quede como una más de las tantas aplastadas por Roma.

Por eso la necesidad de dejar testimonio de mi paso por el mundo y de la lucha que un día emprendimos, sin dejarnos acobardar por la fuerza del enemigo externo ni la traición de una parte de los nuestros. Porque más allá de la derrota, si la justicia acompaña nuestra causa, ninguna lucha habrá sido en vano y tarde o temprano nos alzaremos con la victoria.

LUCIANO ANDRÉS VALENCIA
Argentina



MÚSICA DE FONDO

MARINA

GÓMEZ ALAIS

T

odavía recuerdo el olor dulzón que arrastraba el viento.

Atardecía, recién había comenzado la primavera y sentados en una banca a orillas del río, mirábamos fijo el horizonte, sin esperanzas.

Ese ocaso merecía enmarcar un beso furioso de reencuentro, dentro del instante irreal en el que todo se vuelve color ámbar y la brisa cálida despeina con invisibles dedos sensuales. En otro momento, no en ese, habría sido la escenografía perfecta para enamorarse. Pero ya no se me ocurrían finales felices ni proyectos conmovedores.

Dejé de hipnotizarme con la línea ondulante que trazaba el agua y lo miré con una curiosidad profunda, tratando de sondear el misterio de todo lo que callaba. Hacía meses que nos esquivábamos los ojos. Se incomodó un poco porque los últimos tiempos, habíamos perdido naturalidad en nuestras acciones.

“¿Qué?”, preguntó. Y yo contesté con otra pregunta: “¿Te puedo leer algo?”. Lo llevaba durmiendo en el block de notas del teléfono, esperando despertarlo en el momento adecuado. Mi modalidad para que se exprese mi corazón reumático es siempre por escrito. No puedo hablar. Tengo una garra estrangulando mi garganta que no permite que salgan palabras ciertas.

Asintió con desgano, le aburría tanto lo que yo escribía y, además, sabía que nos iba a obligar a hablar después de la lectura y ya habíamos perdido el hábito. Arranqué con la voz reseca porque abrir la persiana que muestra el interior, siempre da vértigo.

“Todos estamos tristes por algún motivo. Y esa tristeza grisácea apenas perceptible, acompaña la trama desde el fondo, como la musicalización de una película. Pero desde las sombras, aunque casi nadie le preste demasiada atención, marca el ritmo y crea el clima de nuestras vidas. Así transcurre, día tras día, adherida como una caparazón invisible que nos resguarda de ser felices. Porque ser felices, conlleva infinidad de riesgos. Como la tristeza está dotada de una mentalidad conservadora, calcula con meticulosidad de actuario cuan caro saldrá experimentar la audacia de vivir, entonces nos persuade de pensar que, tal vez, mañana sea un día más seguro y apropiado para emprender esa aventura porque hoy podríamos pagar un precio muy alto. Y de esa manera, les va recortando las alas al instinto y a las iniciativas.

La tristeza es fiel, es férrea, es testaruda, es pegajosa. Termina por ganarse nuestra confianza, le abrimos paso, aceptamos la invasión, permitimos su querencia posesiva y solo por costumbre, no la rechazamos porque ya flota en el olvido quiénes éramos antes de que viniera a instalarse. Para colmo, es obsequiosa. Nos regala

recuerdos con nostalgia y los colgamos del corazón. Luego, nos da lágrimas y las lucimos como guirnalda de cristal. Muchas veces, aparece con mochilas de desgano y las cargamos en la espalda sintiéndonos casi orgullosos de aguantar su peso. Y si trae para beber angustias, las tomamos hasta atragantarnos. Con cada uno de sus presentes espantosos roba juventud, censura deseos, nos apaga lentamente.

Y llega un momento en el cual, convencidos de que no existen más posibilidades que dar brazadas torpes de ahogados en un lago de melancolía, confundimos alegría con descaro, placer con impudicia, risas sonoras con exhibicionismo. Luego pensamos que permanecer atados por sus lazos estrechos es estar protegidos. Y la dependencia engañosa —porque estar deprimido y ser auto compasivo generan una adicción letal— provoca la errónea sensación de seguridad que da lo conocido.

Todos estamos tristes por algún motivo, es verdad. La gran diferencia radica en permitir que reine sola. Que no tenga un moderador que la cuestione, que la frene, que la deje aparecer cuando corresponde y solo asome de a ratos, por motivos valederos. Que deje un minuto de fama para los sentimientos positivos que también, a todos nos habitan, pero hablan en voz baja, son más dóciles y gentiles, entonces ceden el paso a los avasallantes pensamientos oscuros, a la victimización, al regodeo con la desgracia.

El equilibrio debería hacer un curso de *bartender* y preparar unos cocteles bien variados con la medida justa de dulce y amargo y que la vida sea el trago más delicioso que se deje beber hasta la última gota. Porque a la vida hay que libarla como un néctar, con lo bueno y lo malo que acarrea. Sí, por supuesto, todos estamos tristes por algún motivo, pero también ilusionados por curar los dolores, creyendo que es posible ganarle alguna escaramuza a la adversidad y luego, florecer con la misma fuerza, con el mismo perfume penetrante de un jazmín en primavera, escuchando victoriosos una melodía alegre de fondo, de cuando en cuando”.

Regresamos al silencio y al horizonte. Yo temblaba y rogaba que un par de lágrimas inevitables no rebalsaran los ojos. No debía mostrarme demasiado vulnerable aunque, al mismo tiempo, deseaba tanto poder acurrucarme en su pecho para buscar consuelo, para encontrar algo de ese amor que alguna vez nos había ocupado. Creo que contuve la respiración sin animarme a observarlo para saber si alguna palabra mía lo había conmovido un poco. Y a pesar de sentirlo tan pétreo a mi lado, una esperanza irracional y tardía me atacó de improviso.

Después de un minuto eterno, suspiró y nos volvimos a mirar, pero esta vez, ya oliendo a despedida. Sus palabras fueron pocas, alineadas en oraciones tan vacías de

sentimiento como el texto de un telegrama de renuncia.

“Es verdad, todos estamos tristes por algún motivo. Nosotros nos entristecemos juntos, pero por separado... nuestra música de fondo, por más que nos hayamos esforzado, siempre sonó desafinada”. Cayó el sol y nos dijimos adiós. Cada uno se fue con su música a otra parte.

O, después de todo, quizás no haya tenido la valentía suficiente para leerle aquella confesión de mi tristeza crónica. Que tan solo lo imaginara durante una milésima de segundo, como también pude visualizar cuando se alejaba, luego de una despedida helada. Muy probablemente, haya leído un poema que hablaba de amor. De un amor inseguro, que anhelaba recuperar aquella vibración intensa que alguna vez nos había hecho creer en la eternidad. Es factible que también contuviera esas lágrimas estúpidas, que apretara la respiración en mis pulmones, con la misma decepción y el mismo miedo de sentirlo impermeable a mi dolor y harto de mis confusos mensajes amorosos.

Y ya.

Que la vida continuara sin cambios aparentes: el sol poniéndose al oeste y nosotros de la mano, solitarios.

El viento silbaba una melodía suave.

MARINA GÓMEZ ALAIS

Argentina

Blog: <https://jumponthecouch.blogspot.com>



MARGOT AFRONTA
EL OLVIDO
LEONARDO RIVAS

I

La noche se acerca como una estación eventual para el placer impune; la ciudad va atenuando sus luces interminables como una mujer candorosa. Yo me sumerjo en suspiros de alcohol y papeles viejos, descubro una treta para derrotar al insomnio y escribo.

Es entonces cuando las avenidas son reclamadas por pequeños seres, transeúntes frágiles y poetas numerables.

¿Por qué sigo llenando mi respiración con expresiones insolentes?

Margot es un nombre descubierto en una frase cualquiera, acepto su carácter eventual y solitario, peculiar y desenfrenado. Su mirada irresoluta es presa del candor que desvela a hombres como tú.

El porvenir cambia con cada paso que damos, eso lo sé y Margot también, por ello ambos aceptamos la apuesta del instante como un escape temerario. Su labor diaria es alimentar su desenfado, mientras sostiene la ilusión de la prosperidad para no claudicar

Sus días son un desfile de puntos cabizbajos y líneas fervorosas. Lo sé.

II

El silencio se desata en una página indecisa, comienzo a recordar mi infancia, se erige la figura de un padre insolente, rabioso. Me detengo en el reflejo de una niña con cabello castaño; chica pudorosa ligada a un verso ignoto, sensible y cariñosa como una flor salida del mes de abril.

Mi voz viene de la lasitud del campo, esta mirada ha sido labrada por la desconfianza de las calles, mi cuerpo es una grieta más en este país de pozos y deudas.

Amanezco desnuda ante la nostalgia, me contemplo, convirtiéndome en una testigo de los anhelos, que cosecha la otra del espejo.

Noches recientes me han descubierto cerca de carros desesperados. Es sencillo deletrear la inseguridad de un hombre; siempre me convierten en un espectro para miradas onduladas por la desfachatez.

Sé como desenvolverme ante cualquier rostro impaciente... debes aguardar por la mano colmada con la artimaña del dinero, y justo en ese instante de expectativa inconsolable, soñar con un viaje insostenible y condensar todo lo que dejarás atrás en un suspiro.

Evocar la casa derruida es inevitable; recostarse en un horizonte de añoranzas, es

lamentable. Sigo aceptando ser una parada más, en la oscurecida avenida del desencanto.

III

Considero que Margot está al tanto de mi parsimoniosa obsesión, ella es un retoño acechado por palabras inconsistentes.

Estoy persiguiendo su adolescencia de potencial mujer curiosa y enamoradiza. Notas mediocres descubro, preguntas torpes me tocan y besos precarios se nos escapan.

Eso puede ser Margot para el cuento: un fonema fragmentándose en el cauce engañoso de un relato como este.

Te reconozco algo, sabes mirarme desde una irremediable distancia, ¿nos desgastamos tanto!

Ella anda leyendo un libro que no ha podido cautivar tanto como la madrugada que desenredo para sus labios.

Quiero entender su silencio asediado por siluetas desconocidas.

Quiero comprender su mirada propensa a la desesperanza.

Quiero aceptar la frágil renta del placer, que se paga con la devaluación de un amor cualquiera.

IV

Las comarcas que describen los bucólicos poetas de antaño no existen ya; las estatuas son mutiladas y las plazas se quedan sin alma. El progreso pasó con sus años de colores cinemáticos y seguimos llenos de promesas inconclusas (he allí el resultado de una ecuación positivista) porque la ambición del hombre crece como una esponja sucia.

Ellos se sumergen en mi cuerpo y no saben afinar mis ansias desoladas. Algunos hombres son puertas desmontables en la oscuridad.

Muchos hemos conocido las facetas seductoras de Margot; puedes imaginar nuestros temores y soñar con aquellas perversiones... si llegas a tocar su mano, ella desaparece ante tus ojos como una centella sobre el mar.

Lamentable destino del observador: consumirse en la distancia de lo que no puede reclamar.

Sigue escribiendo sobre páginas moribundas, mientras que nosotros nos deshacemos en las mareas del corazón de mujeres como Margot.

V

Existo más allá de esta ciudad desconcertante, eres un recuerdo hallado por mis pupilas.

Tuiteo incansablemente, porque creo en la vigencia de lo que vivo; comparto fotos de Cortázar y otros escritores del *Boom* en Instagram.

Camino por las avenidas como si me estuviera incendiando lentamente, asumo la melodía del acetato. A veces persigo los ocasionales buses que se desangran en las avenidas, dejándome caer en el tedio del público como una queja más.

Voy a sacar efectivo del banco cuando me doy cuenta de que solo llevo libros en mi cartera. El papel moneda puede servir para difundir otro tipo de ficciones; una alternativa lúdica para hacer origami o para crear pinturas o para intervenir espacios o para escribir cosas o para dibujar rostros, porque la utilidad del dinero es una ilusión insospechada.

Tengo un problema con la música de los 90, no sirvo para ahorrar, ya que gasto una gran parte de mi dinero en las obras de los estudiantes de Arte. Pocos me han visto escribir cándidas rimas en las servilletas de los cafés que no has podido visitar, a causa de la hiperinflación venezolana.

Hace unos años abrí un blog en Wordpress, que se llama: *Latidos de Neón*. Allí me permito el arrebatado de escribir crónicas sobre mis noches salvajes y moribundas.

También me detengo en la calle cuando siento que deshilan mi ropa con ácidas palabras, cubro con expectativas la mañana y desconfío de los camareros que no se cansan de repetir los especiales del día.

Siempre llevo *Radio Ga Ga* en los labios, porque como le dije a alguien alguna vez: *Queen encaja en la silueta de cualquier momento*.

VI

Vengo cayendo del día como una oruga apesadumbrada, Margot se despierta tarde porque duerme como una metáfora de Bécquer. Voy alelado a mi clase en la facultad, mientras que ella se hace un café para ahuyentar el eco de anoche.

Sí, ella debe haber tarareado alguna vez la melodía de la canción que estoy escuchando (*Arabella* de los Arctic Monkeys, específicamente)

Cuando salgo de clases, ella se dispone a ver las noticias de un país que algún día visitará. Nuestras vidas se conectan como las líneas de un párrafo, ella es el adjetivo que encapricha al poeta #95.

¡Por qué no me dejas disfrutar la fisura del poema que me delata ante otro!

Escribo y procuro encapsular su aliento... Margot no se detiene a pensar en esto, ella se dedica a mantener el magnetismo jovial de su cuerpo bronceado. Somos la dedicación que le imprimimos al instante.

VII

Ese hombre ha dejado su corazón de lado, quiere algo de placer a cambio de un papel devaluado, ¿quién soy yo para juzgarlo? Esto no es un intercambio, es un callejón delirante del que soy parte inenarrable.

¡Eso no es un billete! Es una mano envuelta en una promesa de placer, que estoy dispuesta a cumplir sin cuestionamientos de índole moralista.

No sé cómo se llama y no le preguntaré nada... puede llamarse Mateo o Juan o Lombardo y eso no cambiará nada. Todo se va a reducir al diálogo que van a entablar nuestros cuerpos y nada más. Allá, en el fondo del firmamento quedará él con sus pesares y respectivas angustias episódicas.

Me monto en su carro, conduce un poco sin mediar palabras, seguimos andando por la avenida. Al llegar al lugar, se estaciona y me indica hacia cual hotel vamos a ir. Cuando lo veo en recepción, él ya ha pagado todo, nos vamos directamente al cuarto; al entrar cierra la puerta detrás de mí y me recuesta en la cama. Se desviste inmediatamente, apenas me deja quitarme la ropa, rasga todo y me toca salvajemente, parece que necesita un desahogo para la resignación, como tantos otros.

Todo son conjeturas en base a cómo me toca, a cómo me mira, a cómo murmura palabras hirientes mientras me penetra y apuntala su mirada en un televisor apagado que nos observa copulando.

Nuestros cuerpos luchan y ceden y se estremecen y se retuercen, sin ataduras ni halagos vanos. Esto no es una disputa, es un oasis que funciona para despejar las esquirlas de una soledad compartida.

Grita cuando está a punto de acabar...

Mientras se viste, me pide que me quede con la habitación, ya es tarde y no me llevará a ningún otro lugar, su mirada parece exhausta de cuartos como este.

Hoy dormiré lejos de casa, nuevamente.

VIII

Vuelve de una noche cualquiera, abre la puerta del apartamento y deja los tacones en la sala, se dirige a la cocina para tomar un poco de agua. Podría afirmar que

está cansada; no me equivocaría si apunto que pocos abordaron hoy su soledad encumbrada.

Ah, su alma pesa como una moneda desgastada; el dinero es un recurso para medir la distancia que la separa de otros anhelos.

Su vida anda atrapada en una vitrina de espejismos: se exhibe, aguarda y escoge con prudencia al mejor postor que delega el azar.

Siempre naufrago en el mismo límite del sinsabor ¿ya te lo he dicho, verdad?

El balcón procura encaminar su mirada hacia la esperanza del amanecer, pero ella no quiere eso, hoy la vida es una sábana anónima sin hombres toscos y urgidos de caricias.

Recostada en la cama, se quita el vestido púrpura con la lentitud de otra mirada; el cenicero se llena de colilla: la medida del silencio es un cigarrillo consumiéndose lejos de la palabra, *fuego*.

Suspira y mueve su cabeza tristemente, intenta hallar el control del televisor, no lo ve por ningún lado, el teléfono la observa impasible como tú; su maquillaje oculta un rostro acariciado con premura por los años.

Su sostén es rosado y la pantaleta tiene un tinte negro con encajes azulados...

¿Cuántos habrán visto sus caderas moviéndose al compás insaciable de la seducción? El espejo recibe una mirada cansada de vanas promesas.

IX

Margot afronta el olvido como todos nosotros, humilde y valerosamente.

Su risa avanza como un torrente de mariposas y sus lágrimas se mueven cual torbellino de amargas hormigas. Sus besos abren infinitud de candados y sus caricias aceleran cualquier proceso burocrático.

Recurrir a su cuerpo es una tangente acertada para sortear la desesperanza.

Margot se renta para engañar al corazón, acepta el desaliento desde un rincón alterable del universo. Yo dejo el sonido de su voz atrapado en un libro, y me apago como un cometa desconocido para sus manos.

—*¿Y dime, cómo comienza el cuento?*

—La noche se acerca como una estación eventual para...

LEONARDO RIVAS

Venezuela

Twitter: [@ILeoRivas16](https://twitter.com/ILeoRivas16)

Instagram: [@es_leoriv16](https://www.instagram.com/es_leoriv16)



CREER O
RENUNCIAR
DIANA GAMARNIK

Día 1

“¿C

uál era el apellido de Roxana? Ayyyyy, esta memoria, qué desastre. Williams, sí, Williams. ¿Y cuánto hace del bebé? Veintitrés, no, no, veinticinco años, sí, fue en el 82, durante lo de Malvinas. Ahora me acuerdo. Y este chico que toca el bajo, es impresionante, pero es idéntico a Jimmy... ¿Será posible que sea...? Escucharlo es como viajar en el tiempo y volver a ver a la banda tocando completa mientras nosotras le acariciábamos la panza a Roxana, Jimmy sonreía descolocado y la música nos envolvía... No, no puede ser. Estoy desvariando. Estas cosas solo suceden en los cuentos”.

Renata sintió cómo se le desataba una catarata de recuerdos al observar a ese chico rubio y de pelo largo que tocaba sobre el escenario. Había aceptado la invitación de sus sobrinos para ese recital no muy convencida, pero como últimamente había decidido hacerle caso a su intuición, allí estaba.

Como si fuera un anuncio, vio de pronto con total claridad el momento en que Jimmy les contó a ella y a Iván que su pareja con Roxana ya no funcionaba, que ella estaba cada vez más inestable y que la llegada de ese bebé no hacía más que empeorar todo. Poco después, la frágil psiquis de Roxana se había desarmado por completo y la familia de ella se había hecho cargo del bebé, alejando a un Jimmy más confundido que nunca de la vida de su hijo. Ese fue el comienzo de que todo el grupo de amigos empezara a seguir su propio camino. Jimmy se fue al sur, Iván y Renata también se separaron —dejándose mutuamente en sus vidas un sabor amargo de algo incompleto después de que él le dijo que ella era de las que elegía renunciar antes que creer— y del resto del grupo no había tenido más noticias.

Y ahora... Renata buscó en sus bolsillos el programa del recital y leyó ansiosa los nombres de los diferentes artistas. “Javi Williams: bajo”. Era increíble... Con el corazón al galope, Renata se acercó al pequeño escenario y, cuando el bajista terminó su actuación, le pidió si podía hablar con él unos minutos.

—Perdoná, pero necesito preguntarte si sos el hijo de Roxana Williams.

—Sí, pero ¿cómo...? —le respondió el muchacho sorprendido.

—Sos idéntico a tu papá, yo era amiga de ellos en una época.

—¿Mi papá? ¿Vos sabés quién es mi papá?

—Claro, pero no entiendo, ¿nunca te dijeron quién era tu papá? —se asombró

Renata.

—No, mi vieja se murió cuando yo tenía dos años y mi familia nunca me contó nada. Cuando yo preguntaba... Bueno, de eso no se hablaba, era como un tabú, no sé.

—Tu papá es músico, como vos, es guitarrista. ¿Querés conocerlo? —preguntó emocionada Renata.

Javi ni siquiera pudo contestar, solo le apretó muy fuerte la mano.

Día 3

“¿En qué me metí? Yo estoy totalmente loca. ¿Cómo pude haberle prometido a Javi que iba a poder conocer a su papá si yo no tengo ni idea de dónde buscarlo? Solo sé que se fue al sur. Bueno, puedo intentar ubicar a Alfredo o a Juan —a Iván ni loca lo busco, antes me muero— y preguntarles. Seguro que alguno sabe dónde encontrarlo, eran todos tan amigos... ¿Y si encuentro a Jimmy, pero el que no quiere ver a su hijo es él? ¿Cómo puede ser que no aprenda a controlar mis impulsos?”.

Renata intentó serenarse, contó hasta mil o más y empezó a buscar los datos que necesitaba, pero del único que encontró algo fue de Iván. Del resto ni señales. Ella sintió en ese instante, en lo más profundo de su corazón, que se estaba tejiendo una red de alcances ilimitados y, convenciéndose de que esta vez debía creer, se animó a llamarlo y a contarle lo sucedido. Iván compartió su sorpresa y su emoción, le dijo que ubicaría a Jimmy lo antes posible y que estaba seguro de que todo saldría bien. Ninguno se animó a preguntar sobre sus vidas actuales, pero él le prometió volver a comunicarse en dos días.

Día 5

“¿Y si no lo convence? Porque puede ser que Jimmy tenga ya organizada su vida y que esto le caiga como un cascote en la cabeza... No, no, basta de dudar. Esto tiene que terminar bien. Pero... no es un cuento ni una película. Es la vida real... Ay, qué insoportable que soy”.

El sonido del teléfono la sacó de sus cavilaciones y la trajo de regreso. Iván tenía buenas noticias: Jimmy viajaría a Buenos Aires el fin de semana para conocer a su hijo y pararía en casa de Iván. Él le pidió si ella podía avisarle a Javi y acompañarlo a la cita. Renata aceptó temblando por dentro.

Día 9

“No voy a poder ir. No, mejor lo acompaño hasta la puerta y me voy. No, no puedo ser tan cobarde, además, los protagonistas son ellos, no yo. Seguro que Iván está

con su familia. Me pidió que fuera porque..., bueno, no sé por qué, para que Javi no se ponga nervioso dijo, pero ¿y yo?, ¿qué hago conmigo y este temblor?”.

Cuando Renata y Javi tocaron el timbre de la casa de Iván, era imposible decidir qué corazón latía más fuerte. Iván y Jimmy salieron juntos a recibirlos y el abrazo que padre e hijo se dieron despejó dudas, nubarrones, pasados acusadores y, quizá, futuras tempestades. Iván le sonrió a Renata y los invitó a entrar.

Día 270

“¿Alguna vez podré convencerme de que todo esto es cierto? ¿Es posible reconciliarse con la historia propia y con los errores de esta manera? Se ve que sí, que esto no solo sucede en los cuentos”.

Renata se estremeció al escuchar al unísono los acordes del bajo de Javi y de la guitarra de Jimmy. Miró a su alrededor; Iván, desde el teclado, le guiñó un ojo, ella le sopló un beso con los dedos y la música los envolvió. Otra vez.

DIANA MARINA GAMARNIK

Argentina

Facebook: <https://www.facebook.com/diana.gamarnik>

Twitter: <https://twitter.com/dianagamarnik>



DÍAS DE FIESTA
MAX
HUAMAN PÉREZ

Corre el viento trayendo las carcajadas de un pueblo escondido y alejado del valle del río Mantaro. Las calles empiezan a poblarse de sus tímidos habitantes para ser espectadores de una fiesta que les devuelve *vida*. Una fiesta que dura tres días pero que perdura un año en sus recuerdos. Un pueblo dedicado, en mayoría, a la ganadería y la agricultura. Donde había familias que eran las más respetadas, queridas u odiadas. O como la familia Huinca.

Genaro Huinca, es un señor que ha vivido en el campo, que proviene de una familia que —para muchos— es considerada como la más adinerada del pueblo. Tenían grandes hectáreas de terrenos donde producían alcachofas, papas, choclos o lo que esté en temporada. Decenas de animales entre ovejas, reses y caballos. Una hermosa casa hacienda casi a las afueras del pueblo, pegado al río. Tenía un patio hermoso lleno de geranios, rosas y tulipanes colgados en las columnas junto con los cuadros de los antiguos patriarcas Huinca. Una veintena de empleados que trabajaban día y noche. Entre ellos destacaba su joven capataz Antenor.

Genaro estaba casado con Eugenia, una profesora de inicial que conoció en la ciudad, la mujer más bella del lugar, con un rostro que no era lastimado por las inclemencias del clima seco y frío del pueblo. Una cabellera ondulada que siempre adornaba con dos trenzas largas y con un jovial carisma que deslumbraba a los trabajadores o a quien la viera pasar por los sembradíos o por el pueblo. Genaro tenía todo, pero su apellido estaba maldito por el éxito que había tenido. Una familia perfecta y solitaria que envejecería junta, porque no podían tener descendencia.

Pero en tiempo de fiestas, como este, todos vuelven a ser familia, olvidando por tres días llenos de alcohol y carcajadas (alguna falsa) los rencores. Ese año, Genaro Huinca era el mayordomo encargado de celebrarlo; y tenía preparado una sorpresa.

Él había esperado más de treinta años para recibir la fiesta que, por obvios motivos, le fue negada. El año pasado, en el último día, recibió la más grande dicha que puede recibir un paisano que no sabe en qué gastar su dinero. Celedonio Quispe, que llevaba la fiesta, entre tragos anunció (y para sorpresa de muchos) que Genaro sería quien lo sucediera. Genaro había insistido tanto que les regaló un toro a los mayordomos en agradecimiento.

La gente que trabajaba en la casa hacienda sabía que Genaro estaba más que ansioso y listo por celebrar esas fechas de octubre. Contrató a la *tía bashi*, la mejor cocinera del pueblo, con una sazón irrefutable e incomparable y que solo cocinaba en las mejores reuniones y, aunque lo dudó a un inicio por la *mala fama* dada por las

habladurías, no se negó a tan buena oferta (nunca se supo). Mandó a matar un carnero para el caldo de la noche de víspera, sus mejores cincuenta cuyes, y más de cincuenta kilos de trucha para los días centrales. Contrató con anticipación a la mejor banda musical del valle, *Los Ases del Centro*, que eran conformados por más de treinta músicos y que tocarían los tres días. La misa, que era un rito fundamental, trajo al obispo de la ciudad para que la pudiera presidir. Todo lo había previsto desde hacía treinta años.

La mañana del día de víspera floreció con un agradable clima templado. A pesar de la época, no había caído la helada la noche anterior y la gente del pueblo despertaba con mucho júbilo. Los trabajadores de la casa ya coordinaban entre ellos para celebrar después de su jornada. La cocinera llegó cerca del mediodía junto con sus ayudantes para alistar la cena de la noche de víspera. La orquesta llegó casi caído el día y, poco a poco, la solitaria casa se llenaba de paisanos que seguían el olor de la caña pura y de la cerveza y, su esposa con la ternura que la caracterizaba, abría la puerta principal para que entraran.

El día oscureció dejando notar las estrellas que decoraban el pueblo. Genaro ordenó a la orquesta dar inicio a la música. Las primeras notas se escuchaban, y los pocos paisanos que habían asistido puntualmente se ponían de pie y danzaban con el instinto que llevaban en la sangre, con el que nacieron. Empezaron a salir de la casa zapateando, pasando por las angostas calles de barro y acequias. A las personas que encontraban en el camino, Genaro las tomaba de la mano y las invitaba a bailar. Ya en la plaza los esperaban otras bandas musicales de las otras familias que, al igual que Genaro, pasaban fiesta. Era algarabía, griterío, y música acompañados con bebidas. Después de horas regresaron a la casa a cenar y dar el fin momentáneo.

Al día siguiente el pueblo despertaba con el sonido de las campanas de la iglesia, haciendo eco entre las montañas que cubrían el pueblo. Genaro, ya levantado antes de los campanazos, escuchaba chillar el río desde su ventana, un rito que se hizo habitual desde la noticia de su enfermedad. Miró a su esposa y le notó un par de canas que le brotaban, tocó su mano y vio que ya no podía ocultar el paso del tiempo, lentamente le sacó el anillo, la besó y se fue a duchar.

Era el día central y tenía que supervisar que saliera bien. En la cocina ya se escuchaban las chismosearías de las cocineras hablando de alguna escena de la noche anterior de algún incauto embriagado. Los músicos dormían en un cuarto abrazados con sus instrumentos. Un trabajador limpiaba el patio y Antenor abría la puerta de la casa. Genaro lo saludaba como quien saluda a un hermano, pero siempre el capataz

miraba al suelo como obviándolo con respeto. Antes de las ocho ya se estaba sirviendo el desayuno para los invitados, que llegaron más que la noche pasada, y acto seguido la orquesta empezaba a tocar. Los tragos salían de un cuarto, repartiéndose a todos. Genaro no bebía, pero por respeto recibía una que otra copa de algún paisano que se acercaba a brindar y a felicitarle por toda esta festividad. Muchos hablaban de la noble personalidad de Genaro, ya sea por la buena atención o por los efectos del buen trago. Su esposa, siempre a su lado, disfrutaba de la música y las carcajadas que soltaban, pero con una intriga muy bien disimulada, y tocándose, de rato en rato, la mano.

El día avanzaba y con él un rumor empezaba a acrecentar y escuchar: ¿quién llevará la fiesta el siguiente año? Genaro no daba detalles y con una sonrisa decía que esperaran al último día. La noche era fría, pero así la plaza estaba repleta de gente que aguardaban las horas para que los *castillones* iluminen el pueblo. El *Castillón* de Genaro Huinca era de cinco pisos con abanicos giratorios e infinidad de luces. Todos bailando en círculo sobre aquella obra pirotécnica, era majestuoso. De un momento a otro Genaro dio la señal que se prendiera y, observando cómo se consumía piso a piso, miró a su mujer y la abrazó y siguieron bailando hasta el amanecer.

El último día llegó y la gente magnificada por tan único evento, nunca antes dado, ansiaba saber a quién pasaría la fiesta. Muchos decían que la familia Oquendo, que era igual de ostentosa y que tenía los mejores ganados, lo recibiría. Otros hablaban que regresaría a la familia Quispe y otros decían que Genaro lo pasaría nuevamente.

El día acababa junto con los tragos y comida. La gente reunida en el patio de la casa esperaba las palabras de Genaro nombrando al sucesor de la fiesta. De pronto paró la música de la orquesta y se escuchó a un beodo Genaro decir:

—Queridos paisanos permítanme agradecerles por haberme acompañado en esta festividad que llevé a cabo. Muchos saben que mi familia, los Huinca, hemos esperado mucho tiempo llevarlo. No se pudo con mi abuelo —señalando el cuadro de pintura de su abuelo que colgaba en una de las columnas del patio— ni se pudo con mi padre —señaló el cuadro de la foto a blanco y negro de su papá que colgaba en otra columna— pero ahora puedo decir que he cumplido mi más grande sueño con ustedes: Celebrar el simple hecho de nacer en estas tierras —Se escucharon aplausos y varias arengas a lo que Genaro continuó hablando—. Muchos quieren saber quién presidirá la fiesta, quien tendrá el más grande honor de secuenciar esta tradición. Pero les tengo una sorpresa... —El tumulto enmudeció del asombro cuando se sacó la banda de

mayordomo y la puso a unos de sus trabajadores.

—Sé que piensan que cómo puedo ser tan loco de dar tan importante responsabilidad a un trabajador mío. Pero ya es tiempo de romper con esta amarga cadena de ostentosos eventos y volver a recuperar la esencia de estas fechas. Haremos esto: yo me comprometo a darle la casa y la orquesta para que pase la fiesta. ¿Alguien quiere apoyar con algo?

Genaro esperaba que alguien hablara. Pero al sentir el silencio incómodo continuó: —Él llegó a mi casa hace años, en época de invierno, desde entonces se ganó la confianza y el respeto de mi pequeña familia. Él es casi como mi hermano. Conoce de mí, y sé que será un buen mayordomo, como lo es administrando mis recursos ¿verdad? —miró a su petrificado capataz, luego giró y buscó a Eugenia y, sin tener suerte, le dijo: —¿Unas palabras Antenor?

Antenor, el joven trabajador que venía de la puna, la zona más alejada del pueblo, y que trabajaba ya más de cinco años en la casa de Genaro, estaba callado e inmóvil. Tomó fuerzas y dijo mirándole directamente al rostro por primera vez: —Agradezco esta sorpresiva propuesta señor Genaro, pero ante todos digo que no puedo llevar esta festividad porque carezco de los recursos. Pido que escoja a otra persona. —Genaro que se sostenía con dificultad le dijo al oído— ¿Para eso haces cosas de grandes? Miró a los invitados y exclamó:

—No habrá otra persona, se tiene que respetar la decisión que tomé —lo miró fijamente a Antenor— además yo te daré mi casa, la orquesta ¿Qué más quieres? —El silencio continuó hasta que uno (el más ebrio de la fiesta) empezó a aplaudir y secuencialmente lo siguieron todos ensordeciendo el patio. Genaro dio órdenes que tocaran los músicos y le entregó la banda a Antenor diciéndole al oído unas palabras que lo curaron de la resaca.

Así la noche se alejó abriendo paso a la madrugada fría, la más fría que pudo sentirse en la casa hacienda. Genaro se despidió de la banda musical, de las cocineras y de los paisanos. La casa nuevamente estaba solitaria. Caminó hacia su cuarto lentamente pasando por los cuadros de su padre y abuelo. Apagó los faroles, teniendo como única luz la inmensa luna llena. En la ventana de su cuarto se puso a contemplar el río que bordeaba su casa e imaginó ser una de esas solitarias piedras que habitaban en el fondo cubiertas por el manto de las aguas heladas que vienen de las alturas. Miró los papeles que había en su escritorio. Los firmó y los guardó en un cajón secreto de su mesa de

noche. Se recostó y, escuchando una discusión en el primer piso entre su esposa y su amante, durmió.

Pasaron pocos meses después de la gran fiesta cuando el pueblo se enteró del sorpresivo fallecimiento de Genaro Huinca. El pueblo (en su mayoría) asistió a su velorio. Tarde se habían dado cuenta que Genaro era una buena persona, ya que en su testamento dejó a nombre de la comunidad del pueblo todas sus chacras y el ganado lo repartió a todos sus trabajadores. La orquesta llegó a cuenta propia para despedirse, sus ahijados lloraban junto con sus trabajadores. El día del entierro había mucha gente, pero se notaban dos grandes ausencias.

MAX CRISTIAN JUVENAL HUAMAN PEREZ

Perú

Facebook : <https://www.facebook.com/critico3>



EL QUE HUÍA CARLOS ENRIQUE SALDÍVAR

Me encontraba en mi automóvil Toyota Yaris Sedán azul recorriendo la carretera en las afueras de Lima con rumbo al sur, hacia mi casa. Escuchaba en la radio una canción preciosa: *Kids in America*, de Kim Wilde, incluida en el álbum que lleva el nombre de la artista. Es increíble que el tema fuese de 1981, mucha hierba había crecido desde entonces en el mundo del pop rock y las melodías sonaban tan actuales. Yo regresaba del matrimonio de mi prima, fue ayer, en Barranca. Me quedé a dormir en la casa de mis tíos. Asistí con mi familia inmediata, pero ellos accedieron a quedarse un par de días más, yo regresaba con urgencia a mi residencia, porque, aunque era sábado, tenía el resto del fin de semana para preparar un documento de mi centro de trabajo. Me sentía, a pesar de todo, relajado, alegre. Hoy había salido el sol que atenuaba el frío intenso de los últimos días. Estaba solo en el vehículo, canturreando los temas que la emisora radial ponía. Me hubiera gustado que repitieran el de Kim Wilde, pero *Bette Davis Eyes*, de Kim Carnes no estaba mal. Yo tenía cuatro álbumes de esta cantante estadounidense y todos eran buenos, mas en ninguno se hallaba el presente tema. También tenía en mi poder, en casete, cuatro álbumes de Kim Wilde. Por fortuna, poseía en mi hogar una casetera que aún funcionaba. Si había gente que todavía escuchaba *long plays*, ¿por qué yo no podía oír las canciones en casetes que compré hacía casi veinte años en el centro de la capital durante mi etapa universitaria? Ahora era un treintañero con un buen trabajo en una empresa, donde tenía varias labores de contabilidad; me gustaba lo que hacía, además el sueldo era muy bueno. Como dije, me sentía contento, como un ave en libertad. No esperaba que se presentara alguna contingencia en el camino.

Un automóvil se encontraba delante de mí. Decidí no adelantar, no obstante, el carro se puso a un costado de la calzada y dejó de avanzar. Era un vehículo rojo, no supe de qué marca, no sabía nada de coches, solo sabía de qué tipo era mi carro, porque yo mismo lo fui a escoger en la tienda de autos. Me di cuenta de que el conductor tenía problemas con su medio de transporte, así que decidí ayudarlo.

No obstante, dos cosas raras sucedieron: lo primero fue que mi vehículo empezó a emitir un extraño ruido y se detuvo poco a poco, justo después de que lograra colocarlo junto a la pista. No había problema. Podía solicitar una grúa y mandarlo a reparar para que luego me lo enviaran a casa. Solamente tenía que usar el celular y llamar además a un taxi para que me llevara a mi domicilio. Pero aquel hombre... Lo segundo fue que aquel sujeto salió rápido de su auto y se dispuso a correr, avanzó varios metros hasta que retrocedió sobre sus pasos y se acercó a mí. Se hallaba

totalmente nervioso, sudaba y estaba temblando. Era de tez blanca, cabello corto y negro; de estatura pequeña y contextura gruesa. Tendría más o menos mi edad. No me animé a preguntarle su cantidad de años. Se notaba que estaba en líos y que necesitaba apoyo pronto, en este caso: el mío.

—Hola, buen hombre —me dijo—. ¿Puedo pedirle un enorme favor?

—Claro, dígame en qué lo puedo ayudar, si está en mis posibilidades.

—¿Podría alquilarme su carro? Tengo dinero, le prometo que se lo devolveré en óptimas condiciones en cuanto llegue a mi destino. Se lo suplico.

No le creí lo último. Lo veía tan desesperado que adiviné que no vería mi auto nunca más. Además alquilárselo era imposible: mi vehículo estaba muerto.

—Con gusto se lo alquilaría, señor, pero mi automóvil ha sufrido un desperfecto de improviso y ha dejado de funcionar, por eso lo he estacionado aquí. Disculpe.

—¡Pero si lo he visto detrás de mí avanzando a la perfección!

—Sí, no obstante, ha dejado de funcionar de un momento a otro. No puedo hacer gran cosa al respecto, quizá revisarlo, a menos que usted sepa de mecánica.

—No sé nada de mecánica, entienda que es imperioso que yo me vaya de aquí.

Noté, no sin cierto esfuerzo, un acento extranjero en el tipo. No era peruano, pero sí latinoamericano, ¿de dónde vendría y por qué tenía que irse con tanta prisa? Le mencioné:

—Usted no es de aquí, ¿verdad? ¿De qué país es? Disculpe mi curiosidad.

—Mi nacionalidad no importa, lo perentorio es que me largue de este lugar.

—Bueno, no le preguntaré sus motivos, son cosa suya. Mire, si desea, yo mismo puedo darle una revisada a mi coche, de repente hago que funcione y, desde luego, se lo alquilaré.

—Hágame ese favor, le doy las gracias. Qué bueno que usted sí sepa de mecánica.

—Sé algo —mentí, y me bajé de mi transporte. Me dirigí a la parte de adelante en tanto el hombrecillo no dejaba de hablar, algunas cosas ininteligibles y otras que descifré. Estaba claro que necesitaba ayuda urgente. El sujeto me dijo:

—Se ve que es usted una persona inteligente, preparada. No como yo, un desdichado a quien la desgracia persigue. Le agradezco mucho que se tome la molestia de mirar su carro.

—No se preocupe —le respondí, al momento que abría el capó y atisbaba el motor y otros accesorios que desconocía. Toqué con un pañuelo y estaba caliente, me

pregunté qué cosas eran las que estaba viendo. ¿Dónde se ubicaba el embrague? ¿Aquí o en otra parte de este montón de metal, plástico, aluminio, hule y vidrio? ¿Debería echarle agua fría al motor como había visto en algunas películas? No me atrevía a decirle al hombre que yo no sabía nada de mecánica. Moví aquí y allá con un pañuelo porque quemaba. Ajusté metales sin herramientas y procedí a regresar a mi asiento de conductor para probar si el auto se movía.

El extraño personaje no dejaba de agradecerme. Traté de encender mi carro, pero fue en vano, no prendió y me bajé, fastidiado. El otro cayó de rodillas y dijo:

—Tiene que entender que llevo prisa. Debo irme de aquí ahora mismo.

—Si gusta podemos darle una revisada a su automóvil, puede ser que...

—No, ese vehículo ya no sirve, sería una pérdida de tiempo, mejor esperaré a que pase otro transporte y me lleve. En verdad quiero que entienda mi premura.

—¿Qué sucede, señor? ¿Acaso lo persiguen la policía o los cobradores de impuestos? —le comenté, tratando de ponerle un poco de humor al asunto.

—Es algo peor, mucho peor, es el perseguidor definitivo, algo (porque no es alguien) de quien no puedes escapar, por más que lo intentes; yo lo he burlado varias veces, pero debo mantenerme en constante movimiento para esquivarlo. Me gustaría narrarle mi historia, sin embargo, esta es muy larga, no hay tiempo, y no es nada agradable, no se la recomiendo.

—No se preocupe —le dije temiendo lo peor—. No es necesario que me cuente nada. Usted parece una buena persona, estoy seguro de que muy pronto llegará por aquí algún transporte que pueda llevarlo y así podrá seguir su recorrido.

El hombrecillo se alejó de mí unos metros en dirección a su propio automóvil que se hallaba muy cerca. Lo cierto era que estábamos solos. No había un alma en la carretera ni visos de que se aproximara algún coche, aunque esas cosas no podían predecirse; la carretera Auxiliar Panamericana Norte era muy transitada, no me explicaba por qué no aparecía ningún auto a la distancia. Era anormal.

Además estaba la insólita situación del no menos extravagante personaje. Lucía como el tipo más normal del mundo, pero yo intuía que era alguien especial, que poseía un secreto que era mejor no develar. Este contexto me daba un poco de miedo y mermó mi inicial entusiasmo. Quizás era perseguido por delincuentes, tal vez él mismo era un criminal. Tantas cosas navegaban en mi mente en aquel instante. Mi seguridad podría hallarse en peligro, mejor sería alejarme de este lugar, mas no podía. Usé mi celular para pedir una grúa y un taxi, pero estaba sin batería, lo puse a cargar dentro de

mi coche. No pasaba ningún maldito carro. El hombrecito había abierto el capó de su vehículo e hizo las mismas maniobras inútiles que yo había realizado con el mío. No tuvo éxito. Acto seguido se me acercó cabizbajo y me dijo con resignación:

—Se lo advertí: yo tampoco sé nada de mecánica, igual que usted; no me engañó.

No pude ocultar mi vergüenza, me puse rojo y lo observé intentando arrancar su auto. Yo hice lo propio con el mío y nada. Estábamos varados. En cierto momento se me ocurrió preguntarle al sujeto su nombre, para que hubiese mayor familiaridad, de ese modo ambos nos sentiríamos más serenos. También le consulté si tenía consigo su celular. Salió de su carro, aturdido; tardó en responder mis preguntas.

—Me llamo Aarón. Aunque eso no posea la más mínima importancia, y no, no tengo celular, he comprado muchos, pero siempre acaban destruidos por razones que todavía no alcanzo a comprender. Por cierto, creo que ya es muy tarde.

Su tono parecía el de un cadáver que hablaba desde su ataúd a punto de ser enterrado. Yo pretendía animarlo, mas no sabía cómo. La delicadeza no era mi fuerte. Le mencioné:

—Apenas es mediodía. Quizá por la hora no pasan automóviles por aquí.

—No puedo quedarme en este sitio, hace tres días que no duermo, no debo mantenerme en un lugar fijo, debo seguir avanzando, tengo que irme ¡ya mismo! ¡Ahorita!

Era cierto lo que me decía. Lucía demacrado, con unas ojeras enormes. Pobre alma, ¿qué secreto escondería tras de sí? Traté de hablar con las palabras indicadas. Le comenté:

—Entiendo su situación, pero no podremos irnos, no de momento, conversemos un...

—¡No comprende! ¡*Eso* me alcanzará pronto! Me ha perseguido durante varios años, he conseguido evadirlo con inteligencia y habilidad, pero mi hora ha llegado. Adiós, sé que intentó ayudarme, es usted un buen hombre, y yo también lo soy, aunque no lo parezca. Eso no le importa a *ello*. Se lleva consigo tanto a culpables como a inocentes.

El hombre emprendió la carrera hacia el norte. Pude ver que su paso era lento y gritaba a medida que avanzaba. También pude notar que a varios metros de mi posición, donde se hallaba él, surgió como una bruma una figura negra, cadavérica, con una azada, la cual lo atrapó, lo alzó en el aire y lo hizo caer. La tenebrosa forma

desapareció envuelta en niebla tan pronto como llegó. El sujeto (o lo que quedaba de él) no se movía, su silueta lucía más flaca, pellejuda. No me acerqué. Sabía al fin de qué huía, y que esta había sido su ruta final.

CARLOS ENRIQUE SALDÍVAR

Perú

Blog: <http://fanzineelhorla.blogspot.pe/>

Facebook: <https://www.facebook.com/carlosenrique.saldivarrosas>

Ilustración:

ABRIL CORTÉS SUÁREZ

México

Instagram: [@lirbalam](https://www.instagram.com/lirbalam)

Blog: <https://abrilcortesblog.wordpress.com/>

Deviantart: <https://lirbalam.deviantart.com/>



**UNA NOCHE
CUALQUIERA**
GIANCARLO
ANDALUZ QUEIROLO

Esa tarde bebíamos. Hacía frío y caía una rala llovizna, y nosotros no hacíamos otra cosa que beber plácidamente, como si el tiempo estuviera detenido y no hubiera nada nuevo que esperar del porvenir.

Carlos llegó a las 5:30, como normalmente llega del trabajo, cansado y sudoroso, cargando su gabardina negra y su lonchera de metal vacía. Yo por mi parte, hacía tres horas que estaba en casa sin nada más que hacer que ver las repeticiones de viejas novelas de los años ochenta. Con la reducción de horas en la fábrica, y ante la falta de un empleo mejor, no me quedaban más opciones por el momento.

—Al menos no tuvimos hijos —dijo Carlos cuando le comenté lo agobiada que me sentía con los nuevos ajustes en el trabajo. Entonces terminó la conversación con una estúpida mueca de falsa comprensión en su rostro sin gracia.

—¿Quieres que te sirva un trago? —le pregunté después del silencio incómodo producto de su condescendiente sonrisa. Y él: *venga, y que sea doble, sin hielo.*

Pasábamos casi todas las tardes después del trabajo, bebiendo whisky y viendo repeticiones de viejas telenovelas, sin más que decirnos que lo que nuestras miradas sabían de memoria. Era obvio que ya nada de eso tenía el menor sentido para los dos.

—Nunca debimos intentarlo de nuevo —le dije, buscando quebrar con mis palabras el muro que nos separaba mientras bebíamos frente al televisor.

Pero esta vez, su reacción me dejó boquiabierto. Cuando se echaba en la cama sobre las sábanas, sabía que algo andaba mal. Trataba en lo posible de no tocarle el tema, pero siempre me fue difícil controlar mis impulsos. Él lo entendía perfectamente, pero aún así, cuando lo importunaba con algún comentario desatinado, él repetía el ritual de dejar su vaso sobre la mesa y subir a nuestra habitación a echarse sobre la cama tendida para disipar su frustración, mientras que yo, llena de angustia, me quedaba a esperar en el sillón a que el cansancio me ganara la partida. Esa tarde, cogió su vaso y de un sorbo bebió su contenido. Luego se puso de pie, cogió las llaves del auto y salió de la casa, y no regresó hasta entrada la madrugada, solo para dormir.

—¿Dónde has estado? —le pregunté cuando sentí el peso de su cuerpo sobre la cama. Un tufillo a alcohol se esparció en nuestra habitación, y a pesar de que estaba acostumbrada al aroma duro del whisky, no era para nada agradable percibirlo a las tres de la mañana.

—Nunca te lo he dicho, pero de verdad lo siento. Siento mucho todo lo que tuviste que pasar —musitó.

En sus palabras pude percibir una mezcla de sinceridad y arrepentimiento. Era la

primera vez que lo sentía arrepentido de algo.

De nuevo se hizo silencio. Pude oír sus gimoteos, pero no sabía qué decirle para aliviar su pena. Habían pasado tres años de aquella madrugada infausta, tres largos años en los que nuestra relación se fue en picada por una hondonada al parecer imposible de sortear. Y en medio de ese silencio recordé aquella terrible noche, la fiesta en casa de unos amigos a los que dejamos de frecuentar, los bailes, las charlas, las copas de champaña y la cerveza que nos empujaron por esa quebrada a cuya base llegamos tres años después, sin aliento ni fuerzas para salir de aquel fondo.

Nunca debimos salir de la fiesta, estaba muy borracho como para manejar el auto. Las avenidas de madrugada suelen ser bastante tranquilas, los semáforos pintan de ámbar el camino de retorno para los que regresan tarde a casa.

Eran las dos cuando se me cerraron los ojos producto del cansancio. Sin que nadie se diera cuenta, me puse de pie y busqué una habitación libre para sestar un rato. La casa de Carol y Martín tenía tres habitaciones; la principal, una para su hijo y la otra de servicio. En ese tiempo, Carol y Martín no tenían empleada, así que caminé hasta el fondo de la casa y luego de cruzar la mampara del jardín, llegué al cuarto vacío; un cuadrado de dos por dos con una ventana y una puerta de hoja delgada.

Una vez dentro de la habitación, me eché sobre la cama tendida, y en menos de cinco minutos me quedé profundamente dormida. No recuerdo nada más después de eso, pero me lo he imaginado cientos de veces. En mi mente he recreado ese momento hasta el cansancio; Carlos buscándome por toda la casa hasta encontrarme en la habitación de servicio, fastidiado por mi desaparición. Luego me lleva al auto, y abre la puerta para que pueda sentarme en el asiento del copiloto. En este punto las imágenes se entremezclan en mi cabeza, pero puedo imaginar el desenlace. El camino de regreso a casa, las avenidas vacías, los semáforos oscilando en ámbar, invitándolo a pisar el acelerador. El aire de la madrugada se cuela por la ventana del copiloto y me despeina, aunque también me ayuda a relajarme. Luego el silencio.

—No hay nada que podamos hacer para revertir esto —le digo, dándole la espalda.

Fueron quince días de sufrimiento que no podré olvidar en lo que me queda de vida. Quince días en los que perdí el fruto de nuestro amor, quizás el último resquicio de amor que quedaba entre los dos. Afuera, en la calle, el único sonido que logro percibir es el sonido del viento golpeando las hojas de los árboles que reverdecen en la acera contigua a la casa. Adentro, en nuestra habitación, los pausados latidos de su

corazón intercalándose con los míos.

—Quiero el divorcio —le digo, antes de ponerme de pie y dirigirme al cuarto que habíamos acondicionado para el bebé.

En la calle, un auto a toda marcha irrumpe la tranquilidad de la urbanización. Oigo el estruendo del tubo de escape, la música a todo volumen, el derrape de las llantas contra el pavimento. Pero no oigo su voz.

GIANCARLO ANDALUZ QUEIROLO

Perú

Blogs: elcuentarium.blogspot.pe
emisorreceptor.blogspot.pe



VIOLENCIA
OSVALDO
VILLALBA

Recomoda una vez más su ropa en la valija y opta por dejar la campera afuera y atársela a la cintura. Así logra cerrarla. Echa una mirada en derredor como despidiéndose del lugar que fue su hogar durante los últimos treinta años. La habitación ahora, sin sus fotos, la cama de dos plazas pelada, los muebles sin adornos, le parece extraña. En realidad hace mucho que se siente extraña en ese lugar, donde el único objetivo en los últimos tiempos fue satisfacer los requerimientos sexuales de su marido sin que a él le importe si ella disfruta el momento. Solo su almohada guarda sus lágrimas cuando a los cinco minutos él ya dormía.

Va al dormitorio que usó su hijo. Se le hace un nudo en la garganta cuando recuerda la primera vez que llevó la cuna a esa habitación sacándola de la pieza matrimonial. Allí pasó noches de fiebres y toses mientras el padre dormía. Tan pegado a ella cuando era chiquito. Reconoce que fue un poco sobreprotectora. Sin embargo él fue cambiando a medida que creció. Tal vez de tanto verla sometida, en los últimos tiempos, se dirigía a ella con un tono insolente. Los posters de Estudiantes de la Plata aún siguen en las paredes. Viene a su memoria el día que, en una cena, les dijo que quería irse a vivir solo. El padre, como casi todas las noches, comenzó a insultar a los gritos y le echó la culpa a ella:

—Seguro que fuiste vos la que le metió eso en la cabeza. ¿Qué necesidad tiene de irse? ¿Dónde vas a vivir Alexis? ¡A mí no me pidas plata después!

—No papá. Mamá no tiene nada que ver en esto. Lo decidimos con Sandra. Nos vamos a arreglar. No te voy a pedir nada.

—¿Por qué no terminas de recibirte primero? Te vas a pasar el día cogiendo y vas a abandonar la facultad.

—¡Papá, sos un desubicado! —se levantó y se fue a su cuarto.

—¿Y vos no vas a decir nada? La putita esa le calienta la cabeza y vos...¿Nada? ¡Sos una inútil! ¡Llevate esta basura que cocinaste! ¡Ya me sacaron las ganas de seguir comiendo!

Alexis se fue. Hace dos años. Desde entonces ella es la única que soporta todas sus agresiones. Gritos si la comida está fría, caliente, no tiene sal o gusto a nada. Insultos si llega cansado del trabajo y no hay un mate preparado. Fue muy inocente al pensar que, cuando se quedaran solos, su actitud cambiaría. Si bien las discusiones entre

Alexis y su papá eran durísimas, ella siempre trató de poner paños fríos y mediar, el resultado más de una vez fue contraproducente. Ambos le contestaban mal y terminaba quedando como la mala de la película. Después ellos miraban el partido juntos y parecía que no hubiera pasado nada. Pero la amargura en su corazón, aún le dura.

Se detiene frente al espejo del pasillo que lleva al living. Se pone los anteojos negros. El moretón de su ojo izquierdo se sigue viendo pero menos. Lo que no se puede disimular es su labio hinchado.

Al pasar por el comedor su mirada se va al cristalero donde está el juego de copas y la vajilla que sus compañeros de trabajo le regalaron cuando se casó. Ya no tiene contacto con ninguno de ellos porque al poco tiempo de casada su marido le pidió que renuncie. Él sería quien la mantendría y ella debía solo ocuparse de la casa. Claro que el día en que lo echaron del trabajo y hasta que consiguió uno nuevo ella salvó las papas trabajando por hora en casas de familia.

Sobre la mesita ratona aún sigue el Libro de Misa. Hace casi dos semanas que no va a la parroquia. Acostumbraba ir a la reunión de oración de los jueves porque sábados y domingos “hay que quedarse en casa”. Todo empezó con el comentario de su vecina. Una tarde, veinte días atrás, tomando unos mates en la cocina, antes de que él volviera del trabajo, ella le dijo:

—La verdad que vos tenés mucha paciencia. No sé cómo te aguantás.

—¿Por qué?

—Si mi marido me grita y me dice la mitad de lo que te dicen a vos, le revoleo algo por la cabeza y me mando a mudar.

—¡Eh! ¡Qué exagerada! Todas las parejas discuten.

—¡Ah bueno! ¿Para vos discutir es que te digan basura, puta de mierda y otras lindezas por el estilo? Yo pensaría en separarme.

—¡No! ¿Cómo decís algo así? Es que la situación del país nos tiene nerviosos a todos.

La vecina no insistió más pero la semilla de la duda comenzó a germinar. El jueves siguiente pidió hablar con el párroco. Cuando salió de la reunión se fue con más culpa que cuando entró. Un montón de preceptos le quedaron rondando por la cabeza: lo que unió Dios que no lo separe el hombre, el amor es sufrido, todo lo soporta, la obediencia y otras cosas. Lo único positivo que se llevó es que el párroco quiso tener una reunión con ambos. Positivo hasta que llegó a su casa porque cuando le contó a él sobre la reunión estalló.

—¿Qué tenés que andar contando las discusiones que tenemos en casa en otros lugares? ¿Quién te dio autorización para hablar de mí? ¡Ahora vas a aprender!

La paliza fue tremenda. La vecina escuchó los gritos y llamó al 911. Cuando vino la policía él parecía un corderito. Les dijo que no había pasado nada, que solo fue una discusión y que ella se había golpeado con una puerta.

La agente femenina que vino con el patrullero entendió enseguida lo que pasaba y aunque no le creyó, no quiso agravar la situación y labró el acta de intervención sin novedades.

A la mañana siguiente la visitó una asistente social y le explicó los pasos a seguir ante nuevos actos de violencia. Le explicó que si persisten y está en juego su seguridad, hay lugares donde alojan a las mujeres, mientras se sustancian los trámites legales. Que no dudara en hacer la denuncia.

En ese momento pensó que no haría falta. Que ella lo había hecho enojar. Se equivocó. Golpearla ya era rutina.

El timbre la saca de sus pensamientos. Abre la puerta

—Hola. ¿Estás lista? —le dice la asistente social.

—Sí, claro. Vamos a hacer la denuncia.

OSVALDO VILLALBA
Argentina

Blog: www.osvaldoevillalba.blogspot.com.ar



IRASEMA
LORETO
DI MASCIO

El atardecer en la espesa selva misionera estaba llegando al ocaso, el agua evaporada que subía de la naciente del caudaloso río, intentaba apagar los últimos estiletes fundidos de un sol cansado que se entregaba en múltiples arcoíris, como queriendo abrazar hasta el más inmenso guayuvirá.

Irasema, bajó de su panal desnuda, solo un largo collar de orquídeas entreverado en su brillante melena dorada cubrían su escultural figura. Su cuerpo, una escultura tallada con buril de timbó y suavizada con tiernos capullos de algodón, realzaba la belleza virginal en la selva multicolor.

A su paso, el crujir de las hojas sueltas despertaban los somnolientos habitantes dueños del monte, para custodiar su andar en busca tal vez del ya dormido pombero.

Ella caminó toda la noche guiada por el perfume de azahares dormidos, buscando entregar su virginal encanto para saciar su vientre materno, para dar eternidad a su raza.

En su andar fue custodiada sin saberlo por el manchado yagareté guazú, con quien compartía el color luminoso de sus ojos, su valentía y fortaleza.

Al amanecer se recostó debajo del poblado ceibal, donde sus flores se confundían con el color de la tierra Guaraní.

En su sueño, Tupa mandó a fertilizar su vientre para que la raza sometida a escarnios y tráfico de mitaí, renazca de nuevo en la selva cuando el hombre sane su corazón.

LORETO DI MASCIO
Argentina

Facebook : [loreto di mascio](https://www.facebook.com/loreto.di.mascio)



**LA VIRGEN DE
MARAISFLEURIS
CARLOS M.
FEDERICI**

*A mi Musa distante, la de ojos de esmeralda y cutis de alabastro,
radiante Huri del Paraíso, dulce Sirena del Bósforo, Hazal Kaya,
quien nos está regalando un año más de su grácil presencia en este mundo,
y ahora espera la inminente llegada del dulce fruto de su amor.*
Carlos María Federici

I

Sobre la altísima montaña, de laderas ásperas y cortadas a pico, donde ni siquiera los abetos del bosque osaban arraigarse, erguíase, imponente y sombrío como el cielo de una noche tormentosa, el castillo del Caballero Bertrand Les Brouillards, Señor de Maraisfleuris. Las flores del valle no alcanzaban a amortiguar con la suavidad de sus colores la dureza de los adustos muros.

Bertrand Les Brouillards estaba enfermo. Las hirsutas cejas no opacaban el brillo de los negrísimos y feroces ojos; la tempestad que rugía en su interior se traslucía en sus nerviosos ademanes.

Bertrand Les Brouillards se abrasaba en las llamas de una extraña locura.

De pronto, un cascabeleo malsonante y una risotada aguda interrumpieron el curso de sus agitados pensamientos, al tiempo que un ser de mezquino y retorcido cuerpo entró haciendo cabriolas en la habitación, al ritmo de una mandolina que sonaba como matraca.

—¡Silencio, Conseil! —tronó el Caballero—. Tus necios ruidos me impiden pensar. ¡Sal de aquí o, como que hay Dios, que el palo del verdugo, grueso y duro diente, morderá tus deformes espaldas!

—¡Vamos, vamos, mi Señor!... Ya el Diablo las ha mordido lo suficiente; tanto como para hacerlas semejantes a una colina. ¿Para qué molestaros en morderlas de nuevo? Y ¿por qué alejarme, cuando os veis adusto y cejijunto y por ende necesitado de esparcimiento? Si algún pesar os aflige...

—¡Un pesar!... Peor que eso. ¡Espada cruel, caliente cual hierro de Inquisidor, que atraviesa a un tiempo corazón y cerebro, causando más tormento que mil heridas!... Hoy he visto unos ojos que me han quemado el alma... Pero, ¿a qué decírtelo, pobre imbécil de vacío cráneo? ¿Qué entiendes tú de estas cosas?

El bufón saltó, haciendo sonar los cascabeles de su rojo birrete y la seca calabaza que le colgaba del cinto. Rió, y sus dientes brillaron, reflejando las llamas del hogar, donde gruesos troncos del bosque se consumían crujendo.

—¡Ah, mi Señor! —exclamó—. Poco me conocéis. ¿Ignoráis acaso que en cuestiones de amor (que por allí veo venir la historia) es prioritaria la locura? Pues ante

los crueles aguijonazos de la pasión, nuestras cabezas olvidan la lógica y tergiversan la razón... Un loco, en tal terreno, puede hacer lo que cien frailes no lograrían, aun invocando a todos los Santos.

—¡No blasfemes, desdichado! Mas... posible es que digas la verdad. Y dado que no logro hallar el medio de obligar a la perdida paz a retornar al conturbado espíritu, nada pierdo en confiarme a ti... Pero recuerda: si no me ayudas como prometiste, mañana, ¡ójelo bien!, colgará tu pellejo de la más alta almena.

—¡No habrá necesidad, no habrá necesidad! Referidme presto lo que os aflige, y veréis cómo hallo el medio de satisfaceros.

—Frente al santuario de la Virgen, he visto a otra colocar un cirio... Y ¡oh, Dios de las batallas!... Desde ese momento no conozco el reposo ni la calma: no duermo, no como, no vivo...

Sonrió Conseil, y una red de arrugas como telas de arañas se desparramó por su afilado semblante.

—¡Señor!... —y la malignidad del acento lo decía todo.

—¡No! —bramó el Amo de Maraisfleuris, apretando los nervudos puños en impotente ademán de desesperación—. ¡No es tan sencillo! —Y en tono bajo y melancólico—: La divina hechicera que aprisionó mi alma con las blandas cadenas de sus encantos y quemó mi voluntad, otrora de hierro, con el fuego esmeraldino de su mirar... se ha entregado a la Santa Virgen de por vida.

—¡Hmmm!... El problema preséntase, pues, intrincado, cual oración griega o ecuación de tercer grado —comentó el bufón, moviendo los rojos cuernos del birrete, con lo que tintinearón los cascabeles—. Pero... hay solución, mi señor. ¡Siempre la hay!

—¿Hay solución? ¡Pues dímelas! ¡Dímelas, maldito, o por los Cielos, que...!

Las llamas retorciánse como almas en pena alrededor de los ennegrecidos troncos del hogar, iluminando fantásticamente la aguda cara del bufón, al replicar este:

—¡Raptadla! Traedla a este castillo, colmadla de lujos a los cuales no está habituada, rodead su ebúrneo cuello con preciosos collares, y sus alabastrinas manos, cubridlas de joyas, y veréis cómo, entre sedas y homenajes y amorosas frases susurradas al rosado oído, olvida sueños y quimeras y os considera únicamente a Vos y a vuestra pasión...

Persignése el Caballero.

—¡No puedo hacer eso! Ella es, sí, tan solo una villana, una campesina, hija de rústicos, pero... ¿Y la cólera del Cielo? ¿Y la venganza divina?... ¡No hay perdón para el

ultraje hacia la Madre de Dios, insensato!

—Tal vez ocurriesen esos horrores..., si sois Vos quien se apodera de la joven, con vuestras propias manos. Pero... si otros la traen aquí, si no consuma el acto vuestro mismo ser, entonces... —Conseil, el bufón, retorció la boca en una sonrisa insinuante.

—Pero... —los últimos restos de cordura detenían aún a Bertrand Les Brouillards. El incendio no había hecho todavía completa presa del alma del Caballero. Mas el bufón...

—Veréis cómo, de ese modo, todo saldrá a pedir de boca... Mirad, traeremos también a la bruja Cunégonde, que he sabido se oculta en el pantano, y ella, con sus negras artes, predispondrá a la doncella en vuestro favor y reducirá a la impotencia a vuestros enemigos, bien sean estos de la Tierra.... o no...

Aún contuvo la duda al Caballero; pero, en aquel instante representáronsele, nítidos, los inefables ojos de la virgen de Maraisfleuris..., aquellos ojos que no tenían par ni entre las mismas Hadas, y mil heridas ardientes le escocieron el corazón... Inclino entonces la cabeza, en silencioso ademán afirmativo.

II

Cubierta la cara por las tersas manos, Lise, la virgen, dejaba fluir libremente sus lágrimas más amargas.

—¡Virgen Santísima, dulce Madre de Dios! —exclamaba—. ¡Líbrame del mal! ¡Socórreme!... Este cruel y violento Caballero me acosa con sus locos afanes, y yo te debo mi castidad, santa Madre mía... ¡Sálvame, te lo suplico.... o concédeme la muerte!

Un movimiento en la penumbra reinante, cual el provocado por un deforme animal escurriéndose en la noche, hizo volverse a la doncella con un grito ahogado.

—¿Quién es...? ¿Qué quie...?

Cascados acentos le respondieron:

—No te asustes, hija. Soy yo, la vieja Cunégonde, a quien tantas bondades prodigara tu caritativo corazón, cuando el común de la gente la despreciaba y tildaba de bruja... Mas, ¿qué hace una flor como tú entre estas grises murallas?

Refirió la joven su martirio, apretándose desesperada las inermes manos.

—¡Y no me es dable siquiera quitarme la vida, aunque esta me sea odiosa, de caer en los violentos brazos del duro Señor que me ha cautivado!...

Refugióse entre los escuálidos brazos de la anciana, mojándole de lágrimas el marchito pecho. Le apartó entonces la bruja la cabeza, para mirarla a los ojos.

—¿Estarías dispuesta a todo?... Tendrías que sufrir, hija.

—¡A lo que fuere, sí, con tal de no profanar mi sagrado Voto!

Cerró los párpados, cruzando los finos dedos, al tiempo que las lágrimas corrían como menudos ríos claros por su pálida faz...

III

Bertrand Les Brouillards, Señor de Maraisfleuris, recorría a grandes pasos el vasto salón, tapizado de terciopelo escarlata.

—¡No puedo más! Me quemo, me consumo... Ella ha de ser mía hoy, ¡así tenga que someterla! Sus ojos..., sus tan verdes, subyugantes ojos, más profundos que el mar, más atrapantes que sus mareas, ¡han de pertenecerme, quieranlo o no Satán o los Apóstoles!... ¡Ella ha de entregarse a mi pasión..., de grado, o por la fuerza!

Así discurría, por sendas de locura, la incendiada mente del Caballero, reducida ya a ascuas por el maldito fuego cuya chispa inicial provocaran dos verdes pupilas. Así, aquel orgulloso castellano conocía por primera vez los tormentos de la más dura servidumbre...; él, que jamás ante hombre alguno había inclinado la altiva cerviz.

—Perdonad, Señor...

Un paje había entrado, con paso silencioso, portando un dorado cofrecillo sobre sutil cojín de seda encarnada. Tan pequeño era el cofrecillo, y tan leve su peso, que no se advertía depresión alguna sobre la seda del cojín.

—La Señora os envía este cofre, mi Señor... Me lo ha entregado la bruja Cunégonde, que con ella está.

—¡Dámelo! ¡Dámelo! —hubo enfebrecida prisa en los movimientos del Caballero; advertíase un extraviado brillo en sus tenebrosas pupilas—. ¡Deben de ser sus pendientes, la prenda de su amor y de su entrega, cual es uso y costumbre en estas tierras!.. ¡Dámelo ya!

Bertrand Les Brouillards no era ya el feroz guerrero que provocara el temblor de sus enemigos, cual juncos en la tormenta; no era ya el severo Amo de Maraisfleuris; era tan solo un hambriento que veía por fin cercano el momento de saciarse. Perdido en sus delirios de pasión, murmuraba ardientemente, al tiempo que sus dedos temblorosos abrían el cofrecillo:

—Sus ojos... sus ojos sin igual...

Y entonces escapó de sus labios un espantoso alarido..., un indescriptible grito de horror y de vesania.

Pues en el fondo del cofre, fijos y acusadores, le miraban, desde sus sangrientas córneas, los esmeraldinos y codiciados ojos de Lise, la virgen de Maraisfleuris.

CARLOS M. FEDERICI

Uruguay

Wikipedia: [Carlos María Federici](#)



YO CREÍA QUE
ESO ERA TODO

MÓNICA MARCHESKY

“Yo creía que eso era todo, las dalias, algún fantasma que transcurría por el aire, lentamente, o se enganchaba de los árboles como un trapo”

El mar de Amelia, Marosa di Giorgio

Entonces sucedió. Aquella bola de fuego venida de no se sabe dónde, nos estalló en la cara, encendió nuestros cabellos. Los vestidos y nuestra carne se tornaron negros y chamuscados, con un olor nauseabundo. Eran cinco niños y yo, que estábamos en el parque ese día. A esa hora donde los fantasmas se enganchaban de los árboles como trapos.

La mujer grande se acercó más a la ventana, colocando sus manos nudosas y apretando su cara contra el vidrio, hizo un gesto de muerte seguido de un grito de terror; le gustaba gritar de esa manera, era lo único que le estaba quedando en un mundo que no le correspondía.

—Eso es lo que recuerdo —dijo paseándose por el recinto—: una familia, mamá, papá, una hermana menor, las dalias moradas de la abuela que parecían una vulva con clítoris.

Las máquinas registraban todo movimiento, controlaban el ritmo cardíaco, su voz cuando se quebraba en una imagen, su mal humor y sus malas palabras.

Silencio, siempre silencio, ellas no hablaban, solo agrupaban en códigos extraños.

Cuando despertó ese día, se vio rodeada de sonidos electrónicos que su mente no conocía. Parecía que se comunicaban entre todos los monitores y teclados. Se vio vieja, fea, un monstruo arrugado y chamuscado, se dijo que había pasado mucho tiempo, no sabía cuánto. Fue el día en que comenzó a contar las salidas del sol. De esto hacía dos años según sus cálculos. Pronto se acostumbró a ese mundo electrónico. Y comenzó a hacer preguntas:

—¿Dónde estoy? ¿Quién soy? ¿Quiénes son ustedes? Si es que hay alguien detrás de todo esto. —Claramente se comunicaban en un código que ella no entendía.

Silencio.

Ajustó la pregunta:

—¿Cómo me llamo?

—*Según nuestros registros tu nombre es Amelia.*

Pudo leer en uno de los monitores y eso la llenó de alegría, porque quería decir que se podían comunicar. Comenzó a entender que no les podía hacer preguntas filosóficas. Cuando un día aburrido les preguntó si existía Dios y si eran los únicos en el

universo, las máquinas guardaron silencio por muchas horas.

No necesitaba atender sus necesidades, ya que nunca sintió hambre. Eso era administrado por la cámara que tenía para dormir.

Un día estaba en la ventana y se le antojó ver el mar.

—¿Saben qué es el mar?

Los sonidos se detuvieron, ella había logrado descifrar que cuando esto sucedía, era que no la habían entendido.

—El mar es una gran extensión de agua salada, donde hay peces y uno se puede sumergir y nadar, es maravilloso sentir la sensación en la piel. —Inmediatamente se mostró en la pantalla un plano, entonces les dijo—: hay olas, es celeste y con bordes blancos cuando la ola rompe en la playa. —La imagen llegó a algo parecido a un mar, aunque no fue exactamente lo que Amelia quería, se conformó.

Se entretenía dibujando con su mano sobre el vidrio de la ventana. Un día, comenzó a pasar por las pantallas, lo que había sido de ese día que ella recordara, de su último día de memoria. Devastación, guerra, holocausto, muchas personas que se habían salvado fueron muriendo por falta de alimento y riñas de supervivencia. Se preguntaba íntimamente cómo había llegado a ese lugar. Aunque no quiso investigar, la respuesta le fue dada de inmediato: cayó hacia el fondo, había sido eso, cuando ocurrió la explosión, el suelo cedió y ella cayó hacia el recinto. Así supo que debajo del sencillo parque donde ella cuidaba de los niños, en realidad había un mundo subterráneo.

—Quisiera salir, ver a mi familia, el mar o morir. Sabía que no entendían el concepto de la muerte, entonces agregó: *Actualización*.

La sinfonía de códigos comenzó a desplegar letras y números, por muchas horas, parecía que ajustaban algo, paréntesis curvos, comillas puntos y comas. Al final le abrieron una puerta y la dejaron que caminara.

El pasto, los árboles y los bancos de la plaza eran claramente hologramas, su familia, era un calco exacto de sus rasgos. Vio su cara vieja y chamuscada repetida en todos los chicos del parque, en su supuesta familia, en los vendedores ambulantes, en el carnicero y la vendedora de empanadas.

—Tendré que ajustar eso —se dijo y volvió a entrar.

MÓNICA MARCHESKY
Uruguay

Blog: <http://persecucionesdel13.blogspot.com.uy/>

Página web: <http://monicamarchesky.wixsite.com/escritora>



**PALABRAS
MAYORES**
**JUAN IRIARTE
MÉNDEZ**



Al trascender que ganó el importante premio literario, su natal Tezagua vivió una euforia que no se sentía ni se veía hacía décadas, desde aquellos lejanos años cuando un escritor citadino se mencionó para recibir el Nobel de Literatura. La ciudad y sus círculos culturales esperaban que algún día les llegara el premio mayor de la lotería literaria, eso porque pocas comunidades como esta tenían buenos escritores dispersos dentro y fuera del país.

Hablar de Tezagua era hablar de novelistas, cuentistas, poetas, ensayistas, filósofos, y por lo mismo en el subconsciente colectivo siempre y de manera natural se esperaban buenas noticias porque se consideraban merecedores de reconocimientos.

No fue el Nobel, pero sí uno de los premios más relevantes en el mundo literario de habla hispana. Con este reconocimiento, doña Alicia Villalpando y Cuevas se convertía en la hija pródiga de la municipalidad más recóndita y pequeña del país, ubicada en medio de nudos de cordilleras. De no ser por los aportes en la guerra contra los invasores doscientos años atrás, y la tradición de ser una pequeña ciudad “cultura”, Tezagua estaría en el más completo olvido y no figuraría en el mapa del país.

La paz de la comunidad y su entorno espléndido en bellezas naturales constituían un marco ideal para la reflexión, la escritura, las artes en general y la amable convivencia. Pocas cantinas, muchas escuelas y algunos templos. Vivir allí era como estar en el limbo, sin pena, sin gloria, pero contentos. Diez mil almas pululaban en la comunidad, según dato más reciente de la autoridad del lugar.

En todos lados se hablaba de la escritora y varios decían ser amigos cercanos, o hasta parientes. Los aduladores de Alicia —sinceros o advenedizos— empezaron a idear todo tipo de homenajes para cuando *la doña* regresara. Desde ponerle su nombre a la calle donde había nacido, hasta darle las llaves de la ciudad en ceremonia solemnísimas, un concierto con música vernácula, desfile en su honor, promulgar festejos en la gaceta oficial y bando solemne, y bueno, todo cuanto se ocurría a los admiradores emergentes de Alicia. El pueblo tenía ganas de salir del marasmo y esta era una buena ocasión.

De la noche a la mañana, con la misma rapidez que trascendió el premio literario conquistado por Alicia, se formaron círculos de estudio y talleres de literatura que invocaron el nombre de la laureada. Los pocos títulos de Alicia desaparecieron de los estantes de las tres librerías de Tezagua. Una comisión de personas honorables y de prestigio cultural se entrevistó con las autoridades para impulsar los actos de recepción

y homenaje a la escritora nacida muchos años atrás en esa ciudad, en la que solo se podía vivir estando loco, enamorado, borracho o escribiendo poesías, cuentos o novelas.

En una de las céntricas cafeterías de los portales, donde asiduamente se reunían periodistas y escritores, se comentaba la noticia:

—Bueno, tiene más de cincuenta años que no viene aquí, pero hay que comprender que los genios son distintos, digamos originales, ellos tienen por su casa el mundo entero. Igual Alicia, que según tenemos noticias ha radicado en varios países.

—Esos que andan diciendo que son parientes de Alicia son puros oportunistas. Los últimos familiares de ella se fueron de aquí hace unos veinte años.

—La verdad es que Alicia Villalpando y Cuevas se fue desde niña. Su papá era agente de ventas y seguido lo cambiaban de residencia. Pero Alicia venía a visitar a sus tías, sí, a doña Meche y al neuras de Ramón. Al morir ellos no tuvo motivo para regresar.

—Pero muchos la recordamos. Bueno, me acuerdo... cuánto tiempo habrá pasado... ¿cuántos años?, ¡unos treinta!, pasó a saludarme a mi tienda y platicó durante horas con mi esposa. Y me acuerdo muy bien de ella, algunas veces hasta recorté sus fotos publicadas en los periódicos cuando empezó a hacerse famosa.

—Yo nada más sé que ella nació aquí y que de hecho nunca más se le vio. Algunas veces regresó su papá para vender sus productos en esta ruta, pero hasta ahí.

—O sea que es un puro mito Alicia. ¿Nada más porque nació aquí? Mm, estamos saludando con sombrero ajeno.

—Nada de eso. Alicia es de aquí, aquí tiró el ombligo. Se la llevaron jovencita y qué bueno que así fue, si no, no estaría en el lugar que ahora tiene. Además, es una honra para esta ciudad. Va a ser un aliciente para que siga la tradición de buenos escritores de este lugar. De aquí han surgido periodistas reconocidos, y también no pocos escritores con obras publicadas en tirajes modestos, pero al cabo publicadas. En los concursos literarios que hacemos cada vez hay más motivación entre los jóvenes. Es una tradición que aquí se cultiven y disfruten las letras. Otros lugares dan buenos pintores, otros buenos actores de teatro, varios poetas se han forjado por estos lugares. Desde la fundación de esta ciudad aquí y en toda la región ha florecido el arte y la cultura. No en balde se organizan tantos eventos culturales.

—Recuerdo que hace muchos años invitamos a doña Alicia para que fuera jurado en el concurso anual de cuento, y nunca respondió a nuestra invitación. Parece

que andaba, como siempre, de viaje.

Esos y otros diálogos parecidos se escuchaban en varios lugares de la ciudad.

Las autoridades nombraron una comisión organizadora de los festejos. Se estableció comunicación con la Sociedad de Escritores de Tezagua para contactar a Alicia y hacerle llegar, con el protocolo debido, la invitación a que presidiera las actividades en su honor. Ella aceptó con una contestación breve.

Hubo excelente ánimo y expectación. Un sencillo desfile con carros alegóricos y Alicia presidiendo desde el balcón principal de la casa de gobierno; le flanquearon autoridades civiles, militares y eclesiásticas. Luego vino la sesión solemne en el Ayuntamiento y la entrega de la máxima condecoración que otorga la ciudad “a los hijos que le han dado honra y prez”. La festejada habló en términos generales de la trascendencia del oficio del escritor. No aludió a su natalicio ni a sus ancestros. Agradeció todas las atenciones que fue objeto y para no perder la costumbre de los falsos modestos dijo que el homenaje era inmerecido, ella hacía con placer lo que le gusta y apasiona y es el sentido de su vida: escribir.

En el discurso, austero, se le notó cierto enfado o cansancio. Más tarde se efectuó una comida donde todos querían tomarse la foto con doña Alicia. Después un espacio con periodistas que la atosigaron con decenas de preguntas. Respondió escuetamente, eso sí, con su característico lenguaje preciso, elegante, ni una palabra de más o de menos. Alicia llegó derrochando y desparramando su indiscutible categoría y personalidad. Quedaba de manifiesto reminiscencias de una lozanía y belleza serena que ocasionaron fuera pretendida por diversas personalidades en sus lejanos tiempos de juventud.

Nada más se hizo acompañar de su asesor editorial y una asistente. Por la noche, la cena con autoridades y gente representativa de todos los sectores sociales: la banca, la industria, el comercio, los clubes sociales, la clase política, los círculos literarios, el infaltable Señor Arzobispo, etcétera. A la medianoche la festejada, con amabilidad y sencillez, pidió permiso para retirarse a descansar a su hotel. “Ha sido una jornada muy intensa” comentó en voz baja al alcalde. Se veía, al fin, animada, pero los setenta años de edad ya no le permitieron seguir la fiesta.

A la mañana siguiente y a temprana hora la llevaron al aeropuerto. Ya solo había una pequeña comitiva de entusiastas aprendices de escritores. Subió a la escalerilla del pequeño avión y, clásico, antes de desaparecer volteó y esbozó una sonrisa al tiempo que agitaba como pañuelo el ramo de flores que le habían dado.

—Ya no aceptes invitaciones para ninguna parte ni de ninguna índole, al menos durante un mes. Quiero descansar de este ajetreo y de tantas cosas que dicen de mi obra; muchos aduladores ni siquiera me han leído —ordenó a su asistente cerrando los ojos para no ver cómo el avión se iba despegando de la tierra. Luego agregó:

—Era vano decirles que solo viví en este lugar mis tres primeros años de vida y que sinceramente nací en una comunidad pequeñita que está como a sesenta kilómetros de distancia. Pero mis padres aquí me registraron antes de emigrar a la capital. No quería quitarles el gusto. A fin de cuentas, la fiesta es fiesta y cualquier pretexto para hacerla es bueno y más aún que se recoja en los medios informativos. Es bueno despertar ilusiones y ficciones, como en la literatura. Todos contentos.

En la despedida, afuera del pequeño aeropuerto, el Presidente de la Junta de Festejos pro Alicia se dijo ufano: Lo bueno es que todo salió bien. Y me voy a casa para leer un libro de la doña, la verdad yo no sabía ni quién era, pero ni modo de mostrarme como un ignorante, había que estar a la altura de las circunstancias.

Fue candidateada para recibir el Premio Nobel de Literatura. Murió sin lograrlo. La plaza principal de Tezagua lleva su nombre.

JUAN IRIARTE MÉNDEZ
México



EL PRETENDIENTE

CARMEN TOMÁS

Ese día bajó del descapotable negro todo vestido de blanco, las canas perfectamente peinadas, el traje almidonado, las gafas de concha, el único toque de color, el del pañuelo de seda rojo que manaba del bolsillo superior de la americana; en la mano derecha, esa mano con la que saludaba a sus amigos, el propietario de la fábrica y dos socios más del club de tenis, el sello familiar irradiaba diminutos destellos. No era la primera vez que nos visitaba, había estado en numerosas ocasiones observándonos mientras metíamos ruido con las máquinas de coser. Yo tampoco era la primera, no pocas compañeras fueron las elegidas antes, nunca más de dos noches, aún no me explico por qué conmigo fue distinto. Vino de blanco a declararme sus honestas intenciones, liberarme de la fábrica, ofrecirme sus apellidos. Podía haber sido mi abuelo y sin embargo acepté, entiéndanme, corrían los años cincuenta en una ciudad despiadada.

Se armó un gran revuelo en el pabellón, las chicas dejaron sus puestos y nos rodearon, situación que a mi futuro esposo pareció satisfacerle enormemente, tanto que ordenó al chófer sacar las cestas cargadas de copas y botellas de champán para que brindasen por nosotros. Nos lanzó un discurso larguísimo del que no entendimos ni la mitad, decía algo sobre la obediencia, la higiene, el orgullo del trabajo bien hecho. Cuando nos aconsejaba proteger el tesoro de nuestra virtud como oro en paño le sobrevino un ataque de tos con el que dio por zanjado el monólogo.

Emergió de la nave enladrillada exultante, me llevaba del brazo con el mismo aire triunfal con el que había entrado a rescatarme. El chófer abrió una de las puertas traseras del Rolls Royce y nos introdujimos rumbo a mi nuevo destino. El rugido poderoso del motor me confirmó que aquella huida era segura. La carretera se abría paso por un campo de trigo y amapolas que formaban ondas doradas al ritmo de una brisa muy confortable, lástima que mi novio no parase de hablarle a un auditorio imaginario, era imposible seguirle, su incontinencia verbal no conocía límites, pero algo de lo que dijo sí llamó mi atención: —querida, el señor ha escuchado mis plegarias, por fin va a darme un hijo varón. Mis anteriores matrimonios han sido un fracaso rotundo, esas mujeres solo fueron capaces de gestar féminas, diez hijas en total, diez errores que sirven para complacerme a ratos. Contigo va a ser distinto, esperas ese hijo que hace tanto tiempo tanto deseo. Pasado mañana, inmediatamente después de la ceremonia, empezarás a recibir la formación necesaria, mi legítimo heredero no debe ser criado por una analfabeta—, y siguió con sus cavilaciones, pero yo ya había oído bastante.

He de confesar que en ese momento tomé dos grandes decisiones de las que no me he arrepentido lo más mínimo, una de ellas consistió en cumplir con su sueño, nuestra descendencia tendría una madre cultivada, en adelante pondría mi mejor esfuerzo en instruirme. La otra determinación la tomé guiada por una especie de presagio, mientras él daba por sentado que estaba embarazada de un niño, las amapolas que salpicaban el paisaje me hablaron más alto y más claro, igual que el pañuelo tonalidad sangre-diana que brotaba sobre el pecho del pretendiente. Le hizo tantísima ilusión que quisiese parar a recoger un ramo de flores, lo interpretó como una ofrenda hacia su persona. Recuerdo que le dije: —te voy a preparar una infusión muy rica, te dará fuerzas la noche de bodas.

Hoy en día no reniego nunca de mis orígenes, al fin y al cabo, crecer medio asilvestrada me fue muy útil para saber cómo tratar la toxicidad de algunas plantas. Entiéndanme, había probabilidades de que naciese niña y al viejo cabrón le gustábamos demasiado jóvenes.

CARMEN TOMÁS
España



VIRTUAL DRAG

MARIO LÓPEZ

ARAIZA VALENCIA

En la penumbra de la sala, oculta entre cajas y muebles polvorientos, Cinthia encendía el tercer cigarro de la noche. La única luz en la habitación, breve y efímera, era la del encendedor al accionarse. Rápido iniciaba, rápido se iba. En cada aspiración, Cinthia parecía querer hundirse más en aquel sillón roto, repleto de manchas y quemaduras, recuerdos de su enfermizo hábito diario, en el que las cajetillas vacías se convertían en el mosaico del suelo.

Traía a su mente las imágenes de un año atrás. Entre aplausos, era recibida por una multitud eufórica. Ella subía al escenario, radiante como siempre: maquillaje excelso, vestido tornasol que dejaba sin aliento, peinado alto y tacones rojos. Caminaba hacia Karina, la anfitriona del acto, quien le tendía una mano desde el centro del escenario en el que esperaba un lugar en su honor. Un sillón mullido y suave de color pastel fungía como trono para Cinthia esa tarde. Cabeceaba agradecida, juntaba las manos y sin dejar de sonreír, ocupaba el sitio reservado para ella. Le dijeron que sería un gran homenaje, el reconocimiento a una trayectoria de logros y espectáculos impresionantes.

Nada que ver con el sillón en el que ahora fumaba, cada noche, abandonada a sus demonios. Acompañada solamente por el goteo del fregadero descompuesto. Al caer de cada gota, contaba los segundos interminables de su soledad y la eterna agonía en vela, de los largos insomnios en los que se aferraba a las memorias de un ayer en el que fue dichosa. El chispazo del siguiente cigarro la hizo volver a sus cavilaciones. Escuchaba la voz de Karina, fuerte y próxima:

—Querida Cinthia *Amor-Amor*—el nombre que tanto le enorgullecía, que tantos aplausos había recibido en todo el mundo—, estamos muy contentos de tenerte aquí, a una leyenda *drag* de talla internacional. Cuéntanos, ¿qué se siente ser la *drag queen* mejor conservada del medio artístico?

—Es el maquillaje, sin duda —contestaba Cinthia, tocándose las mejillas y haciendo gestos graciosos.

Los asistentes reaccionaban a su personalidad bromista. Les gustaba el juego de acompañar a la estrella en el evento organizado exclusivamente para homenajearla y reír con ella.

—Creo que es por tu personalidad carismática —comentaba Karina—, que nos contagia cada que te vemos —la actitud de Karina se percibió cambiar repentinamente, mientras daba unos pasos cautelosos hacia Cinthia—. Pero llega un momento en la vida

de toda persona —unas extrañas palmadas en su hombro hacían que se le erizara la piel, una sensación de aprensión le hormigueaba por el cuerpo— en que debemos considerar que nuestro legado debe volverse eterno.

Cinthia no entendía las últimas palabras. Intentaba mantenerse erguida, aparentar que comprendía. Agachó la cabeza, en señal de empatía. El público tampoco daba muestras de asimilar lo que había dicho la presentadora. El vitoreo se volvía expectación confusa.

—Nuestra inigualable Cinthia, el día de hoy eres la invitada especial del Festival Virtual de la ciudad por una razón importantísima —Karina se dirigía hacia la parte frontal del escenario.

Un ser mecánico con silueta humana hacía su aparición y se colocaba junto a la presentadora. La mujer sacaba lentamente de su bolsillo un aparato que recordaba a un control remoto. Al oprimir un botón, una serie de mecanismos tintineantes surgían desde el interior del personaje robótico. Ante una exclamación de sorpresa de la concurrencia, Cinthia se incorporaba, asombrada. Se hallaba frente a una versión idéntica suya, impecable, incorrupta. El vestido doblaba en elegancia al que portaba esa ocasión, el peinado era mucho más elaborado, el maquillaje mostraba tonalidades de ensueño.

—¡Con ustedes, Cinthia Amor 3000! —celebraba Karina.

Era tan joven. Su belleza dejaba pasmado a cualquiera. Pero no era ella, la Cinthia real. Era un montón de circuitos controlados por acción de un botón.

—No soy yo.

—Querida —pronunciaba una voz de imitación, una serie de sonidos profanos provenientes del interior de la impostora—. Seré quien te represente en el nuevo concurso televisivo. Para eso fui construida, estoy segura de ganar.

—De ninguna manera —mascullaba Cinthia, crispada de furia.

Pero el límite había sido rebasado desde el ascenso del personaje binario por las escaleras del escenario. Esa noche era de Cinthia *Amor-Amor* y se la estaba robando, nadie le había dicho, el acontecimiento la dejaba en ridículo ante los asistentes.

—¡De ninguna manera! —repitió, vociferando— ¡Puedo hacerlo! ¡Eres solo metal y aceite! ¡Cables y tuercas! ¡No tienes carisma! ¡No puedes bailar, ni cantar! ¡Tú no eres humana!

A punto de abalanzarse sobre su reflejo maltrecho y la anfitriona, Cinthia se veía

impedida por dos pares de brazos que la sujetaban con fuerza. Alcanzaba a desprender su brazo derecho y en un acto de desesperación, asestaba un golpe hacia la mejilla de la robot, antes de que los hombres de seguridad la llevaran a rastras hacia la parte trasera de la tarima.

—Tu tiempo terminó, querida —decía Karina, despectivamente. Oprimía nuevamente el botón en el control, que arreglaba en segundos la abolladura que el golpe de Cinthia logró hacerle a la autómatas. El maquillaje y la sonrisa volvían a estar impolutos— ¡Cinthia 3000 immortalizará tu esencia y nos llevará al triunfo!

Los guardias de seguridad sacaban a Cinthia del evento. La gente reaccionó tardíamente. Lo último que Cinthia escuchó eran aplausos. La burla estaba consumada. Nadie se acercó a defenderla, a reivindicar su talento frente a un ser sin alma.

La habían humillado. Prescindiendo de ella como un objeto gastado, sin utilidad después de haber consumido sus mejores años. Ya no se sentía persona, Cinthia 3000 se había quedado con su espíritu, con el ímpetu de vivir. La televisión estaba hecha pedazos, la había destrozado en el arranque posterior a la querrela con los guardias, quienes la dejaron en su casa sin ninguna delicadeza. Se negaba a ver a la farsante en el concurso, proyectando esa imagen vacía. Un holograma perfecto solo por fuera. Ella tenía los años, la experiencia. Y así le pagaban.

Encendía el último cigarro de la madrugada. Ese era el destino de una celebridad: ahogarse en una nube de recuerdos grises. El progreso de la tecnología le había jugado en contra, yacía olvidada por el público que tanto amó, incómoda e insignificante, reducida a las cenizas que dejaba caer al finalizar cada cigarrillo. Las glorias pasadas se iban igual que el humo y así volvían cada noche, con el fuego del encendedor para iniciar su ritual cotidiano.

MARIO LÓPEZ ARAIZA VALENCIA
México



LILITH
LUIS ALFONSO
SOTO

Después de una noche de poesía, vino tinto, cerveza, circunstancias e impropiedades, cualquiera se convierte en hereje sin vocación. Y no es que llevara una existencia bien librada, sino todo lo contrario. Asimilaba de la peor manera aquel lenguaje repleto de metáforas y alegorías; ese vocabulario por momentos excelso, de repente lo sentía barroco y ambiguo; atiborrando mi mente de confusión. Todas las palabras que escuché esa noche se agolparon en mis pocas ganas de seguir representando la comedia absurda, minaron los cimientos de mi poca lucidez. Tantas ideas que hablaban del hastío del mundo, de las convenciones y las hipocresías humanas. Sin embargo, veía demasiada incongruencia entre lo que pregonaban esas voces y su *modus vivendi*. En el radiante caos que recitaban, al final percibía un dejo de apoteosis. Lo que menos quería en esos momentos eran esperanzas, prefería escuchar que todo estaba perdido, a suponer entre líneas que aún existía la posibilidad de la salvación. Decliné la invitación de seguir el convivio en otro lugar, temía convertirme por completo en lo que tanto desagrado me producía: un navegante a la deriva de los placeres mundanos.

Decidí caminar, contemplar la ciudad y las calles semivacías; borrar las voces de mi cabeza que me instaban a regresar por otro trago. Dejé que la noche me devorara entre sus fauces, pero los faros de un coche vinieron a truncar mi intento. La luz de estos ayudó a sacudirme la borrachera. Deambulé por un rato ensimismado, hosco y un tanto distraído. Por instinto llegué al cine al que solía acudir a resguardarme de mis tristezas. Entré, era la función de medianoche. Había pocas personas, como de costumbre. Recordé a Lilith, los días en que asistíamos a ver las funciones de cine clásico. Permanencia voluntaria, terminaba una película y nos quedábamos a esperar con calma el inicio de otra cinta. La conocí aquí, hace algunos años, un domingo. La veía de lejos, en silencio, hermosa como la sombra de un pensamiento, citaría al poeta. Y ella se acercó a mí, como si supiera de mi timidez o mi soberbia, sabiendo que me daba igual la vida sin amor o cualquiera de sus componentes. Sabía que no mentiría diciéndole que había cambiado mi mundo con su llegada. Y como llegó se fue, se alejó sabiendo que yo no la retendría, convirtiéndose en poco menos que polvo. Y ese día, después de mucho tiempo y sin esperarla, la miré de nuevo, sentada en la misma butaca, viendo la pantalla como si mirara al mismo infinito. Terminó la película y se quedó, como de costumbre, en su vasta soledad, a ver los créditos. La observé con detenimiento, escrutando su rostro para ver si era el mismo; esperando que me viera, como si de ello dependiera mi vida. Ella no me veía, estaba dormida. Nada me parecía

más bello que verla dormir en esa sala oscura, embelesado forzaba a mis ojos a que me dieran la mejor imagen posible. Acaricié el recuerdo de su piel mientras imaginaba lo que estaba soñando, cuando estaba a punto de conocer sus secretos, Lilith me miró fijo y yo desperté. Desperté sobresaltado sin saber quién era.

Me senté en el borde de la cama, me miré las manos buscando que se revelara en ellas algún hallazgo de realidad; convulso me quité los zapatos a la vez que pensaba en mi perdición. “Belleza que solo la muerte puede realzar”, recordé un verso. Me había visto. Mi menguada existencia encontraba en esa aparición algún significado. Me reconfortó sentir miedo. Lo sentía aflorar dentro de mí, reverdeciendo lenta y sigilosamente. Cerré los ojos sin dormir, boca arriba veía el techo descender hacia mí. Boca abajo escuchaba cómo mis pestañas raspaban la almohada por abrir y cerrar en repetidas ocasiones los ojos. El cansancio me venció. Ahora ella era la que me observaba, me veía dormir plácidamente. Pudo verse dentro de mi sueño. No tenía escapatoria, me dirigí presuroso al cine, volteé hacia al sitio que siempre ocupaba y ahí estaba la apariencia indemne, la miré fijo y despertó. Despertó sobresaltada sin saber quién era.

El sagrado instinto de preservar las teorías de la infancia me hizo pensar que el no tener explicación para las cosas era un acto de bondad por parte de la vida, nada más errado. Era la respuesta para el interrogante más grande, pero no había solución para alguien como yo. De pronto me vi frente a su sueño. Regresé a su lado a terminar mi existencia en su imagen, que mi final tuviera principio en su pensamiento; que me soñara aunque pareciera imposible, viendo al infinito, como solía hacerlo.

LUIS ALFONSO SOTO B

México

Facebook: <https://www.facebook.com/luisalfonso.soto>

Twitter: <https://twitter.com/CineOrlak>



SUPERSTICIONES

ANA MARÍA

CAILLET BOIS

Chuchi era muy insegura. Había crecido rodeada de gente grande y supersticiosa, por lo que todos los días debía escuchar la misma cantinela: no abras el paraguas dentro de la casa, cuidado con el gato negro, no pases debajo de una escalera.

Llegó un momento en que no se animaba a salir de la casa, y cuando lo hacía, caminaba mirando las baldosas para no pisar las uniones, ya que traía mala suerte.

Así transcurrían sus días, hasta que una mañana escuchó ruidos en la puerta de calle. Un sordo clamor invadió el espacio y, venciendo sus miedos, tomó el picaporte con decisión y se asomó cautelosa. Se detuvo, asustada y alegre a la vez, porque ante sus ojos estaba la tía Genoveva, que vivía en Brasil y había regresado a visitar a la familia.

Chuchi no sabía si reír o llorar ante el espectáculo: ahí estaba su tía más querida, regordeta, alegre, simpática, ataviada con un vestido estampado de grandes flores amarillas y un sombrero con frutas. En una mano sostenía con fuerza un canasto del que asomaba una larga cola negra. Alarmada por las cosas que su mamá solía decir de Genoveva, Chuchi dio un paso atrás para cerrar la puerta, pero la tía ya había puesto en sus brazos a Isolina, la gata negra mientras decía: —Es mi mascota preferida —agregando con rapidez— ¿puedo entrar?

Chuchi temblando, con Isolina en los brazos la hizo pasar. Genoveva dejó en un rincón su gran paraguas azul y desplegó una escalera portátil para ajustar una lámpara. —Vine preparada para emergencias —acotó.

—¡Por favor, tía, cierre el paraguas! —Chuchi empezaba a entender por qué su mamá y su tía se llevaban tan mal y preferían mantenerse lejos la una de la otra.

—¿Por qué, m'ijita, si es de un hermoso color?

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar? —preguntó Chuchi.

—Todo el que sea necesario —respondió la tía.

Y allí van, tomadas del brazo. Chuchi ya no camina mirando el suelo, va con la frente bien alta, luciendo su espléndida belleza. Pasan debajo de las escaleras, se cortan las uñas los martes, miércoles y viernes, buscan y alimentan gatos negros, y abren sus paraguas, azules y violetas, adentro de la casa, cuando brilla el sol.

ANA MARÍA CAILLET BOIS
Argentina



DOBLE JORNADA
ALBERTO FISZBEJN

Esta semana los señores tienen una gran fiesta y me han pedido que trabaje en doble jornada, para dejar la mansión de punta en blanco. Es la oportunidad para hacer unos mangos que necesito más que nunca. Le debo dinero al almacenero, al verdulero, al carnicero y a la zapatillera. Me da tanta vergüenza, que pego una vuelta enorme, o me cruzo de vereda para que no me vean.

Darío solo consigue trabajos dos o tres días por semana y así no alcanzamos a parar la olla. ¡Y somos siete! Porque cinco hijos tuvimos con el Darío. Yo vengo de familia de tener muchos hijos. Nueve hermanos tengo, nos criamos unos a otros y no sé cómo, pero nos fuimos arreglando. Alguno tuvo más suerte que otro. Yo siempre fui de trabajar, tenía mi orgullo y mis ganas de progresar; porque a nosotros la pobreza nos viene azotando. Y yo la siento, como una gigante hambrienta que nos quiere tragar y una se pasa la vida corriendo para no ser alcanzada.

Pero eso, a quién se lo podés contar ¡A nadie! ¿Quién te lo va a entender? ¡Magoya, te lo va a entender! Cómo alguien va a sentir lo que una siente.

Y no hay tiempo para pensar en esas cosas, solo seguir apechugando, limpiando baños, suciedades, lavando pisos, platos, vajilla, ropa y a veces cocinar.

Cada vez que llego a la casa de los patrones tienen un drama distinto, pero para mí, es como comparar una gripe con el cáncer ¡Así siento yo, la diferencia entre lo que les pasa a ellos, con lo que me pasa a mí!

Cuando los oigo quejarse, bronca me da escucharlos.

Que a la nena hay que mandarla a un psicólogo, que los chicos no tienen atención. Que al padre lo único que le interesa es el trabajo, que a la Señora, nadie la escucha. Me dan ganas de mandarlos bien lejos.

Y mientras oigo todos esos dramas, tengo que volver a limpiar todo de vuelta. Porque los señoritos se llevan frutas, postres y galletitas a comer por toda la casa. Total Carolina va y limpia.

Cuando llego a casa, estoy reventada. Tengo que preparar la cena y escuchar cómo se pelean mis hijos por cualquier cosa. Porque uno le quitó un juguete al otro o porque las más grandes se usan la ropa, sin pedirla prestada y la devuelven arruinada.

Y ya no tengo fuerzas para ser la madre buena, como en las novelas, y de pronto les pego un cachetazo.

Y me da bronca, ver a mi marido con cara de “ocupate vos”, que yo estoy en otro mundo. Y yo sé que es así. Está hace rato en otra cosa. La cosa del derrotado y

entonces qué pasa. Él se da por vencido. Y cuando está así, ni ganas de coger tiene. Y yo tengo que seguir. Duracell, tengo que ser. ¿Hasta cuándo? Con los patrones, Duracell. En casa, Duracell.

—Me llamó la madre de Carolina, para decirme si sabemos algo de ella, porque está desaparecida. ¡Justo ahora, cuando más la necesitábamos! ¡Qué hija de puta! —Se queja la patrona.

ALBERTO FISZBEJN

Argentina

Facebook: [Alberto Simon](#)



CEIBOS

JOSÉ A. GARCÍA

Cuando comenzaron los problemas, hace tanto tiempo que hablar de años se torna insuficiente, podría habérmelo tomado de otra manera. Es cierto que, eso de no distinguir ciertos colores, el confundir la gama de los verdes y los rojos por un tiempo, para comenzar a confundir la gama del amarillo y el azul a los pocos meses, alterando a los incrédulos médicos, resultaba un poco gracioso.

Decían que era simple daltonismo, que no era nada, que tenía poca importancia. Culpaban a la edad, así como a otros factores como los climáticos, los sociales, cuando no a los económicos y, por supuesto, a los genéticos, de crear síntomas similares. Sabía, lo intuía, lo percibían mis enfermos ojos, que iba más allá de confundir una luz roja por una verde, o de tener que especificarle al vendedor de la casa de ropa lo que quería sin dar cuenta de que cada uno de los suéteres que me mostraba resultaban ser idénticos para mí porque los colores desaparecían.

Acromatopsia es el nombre científico, los síntomas son disímiles. Si se tiene la suerte de nacer con ese defecto, uno se acostumbra al mundo, al universo, a la vida y la muerte en blanco, negro y en infinitos tonos de grises. Si no se la tiene, los colores conocidos, y todo lo a ellos asociado, irremediablemente se diluye poco a poco. Y lo hacen de tal forma que ni siquiera en los sueños puedes recuperarlos. Incluso los recuerdos se acomodan en tonos sepia; algo que cualquier chiquillo sabe, el color solo existe en el presente.

Sin intenciones de escuchar las mismas expresiones de sorpresa y desconcierto en cada médico que visitaba para una nueva consulta sobre el estado de mis ojos; me retiré a la vieja casona que todavía conservaba en el delta del Paraná. Herencia de épocas pasadas, cuando algún familiar supo hacer alguna clase de negocio importante, compró terrenos, construyó casas en varios lugares para acabar muriéndose sin poder ver nunca de ellas terminadas, dejando que sus descendientes hicieran con ellas lo que mejor pudieran. Herencia que, a pesar del tamaño de la construcción, la ubicación privilegiada cerca de los ríos transitables y una serie de cuestiones que el martillero de la inmobiliaria se encargaba de catalogar en cada visita, ante cada nuevo intento, la venta siempre fracasaba.

Es cierto que el estado de la construcción poco ayudaba, ya que solamente unas pocas estancias continuaban en uso. La cocina, lo cual era una suerte, aunque funcionara a leña. Una gran sala de estar que también servía como comedor, recibidor, depósito de muebles viejos, salón de juegos y cualquier otra actividad que quisiera

hacerse. Una de las habitaciones del piso superior, con vista al río y a la isla que se encontraba inmediatamente del otro lado; de seguro la habitación principal, aunque no podía saberlo. Y el único baño de aquella construcción. El resto de la casa se encontraba en diferentes estadios de abandono cercanos a la ruina.

Escondido allí nadie me molestaría con preguntas del tipo: *¿De qué color ves el cielo hoy? ¿De qué color está pintada esa pared? ¿Esta camisa te parece más roja que la anterior?* Y la infinidad de invenciones similares a las que debía, necesariamente, responder con una sonrisa y festejar la inventiva. La siempre presente conexión a la red me permitía mantenerme en contacto con mi trabajo que, por otra parte, en la soledad de mi retiro se vería beneficiado al evitar cualquier interacción humana innecesaria.

La lancha almacén pasa dos veces por semana por el muelle de la casa y trae cuanto necesito; las visitas nunca llegan a tanto y apenas sí representan uno o dos correos electrónicos al mes que fácilmente puedo omitir; precisamente eso era lo que buscaba. Había ido hasta aquel sitio con la intención de desaparecer, de no estar, de irme, de, en definitiva, de escapar de todo y todos. Cosa que, en parte, había logrado.

Despertaba cada mañana cuando el sol, intempestivamente y sin importar la época del año, entraba por el gran ventanal de la habitación. Una luz blanca, un poco más pálida en el invierno, un tanto más clara en primavera, enceguedora en verano, acariciaba mi piel, señalando su presencia a través del calor. Ese y ningún otro, era mi despertador.

La mayoría de los días esa luz me obligaba a levantarme para cerrar la gruesa cortina de paño que intencionalmente dejara abierta la noche anterior. Aprovechaba entonces para mirar los ceibos que crecían libremente del otro lado del río, y contemplaba el paisaje que siempre resultaba ser el mismo aun sin serlo. Alguna lancha privada ocasional, la lancha colectiva sobrecargada de turistas en verano, o de escolares en otoño, y la sempiterna basura flotando abandonada la mayor parte del año.

Desayunaba, almorzaba, o ambas sin importarme la hora, sin atender a los momentos del día; cumplía con mis obligaciones laborales en tiempo record, tan solo para poder dedicar el resto de las horas del día a cualquier otra cosa; dormía largas siestas, algunas tan extensas que se unían sin dificultad con el anochecer. Vivía el tiempo a mi modo aunque sabía que no era así y que ya estaba demasiado viejo para ello. Sin embargo, persistí en mi intento.

Toda la anterior reminiscencia de aquel tiempo más tranquilo, más calmo y, tal vez, mejor, que pasara en la casona, responde al brusco cambio en la tonalidad de mi

vida de retiro.

Hoy, los ceibos han florecido, es cierto, como cada primavera. Pero, esta vez, lo han hecho con todo el esplendor del que son capaces de lograr, con todos y cada uno de los colores que la naturaleza les asignara. Colores que regresaron a mis ojos y que se sentían como un fuerte, intenso y punzante dolor en el centro de mi pecho, a lo largo de mi brazo izquierdo que se acalabraba poco a poco, en las lágrimas que empañaban mis ojos y las dificultades para respirar aún cuando nunca sufriera de asma.

Tanta alegría que sentí al ver los ceibos en flor me ha dejado sin fuerzas para nada más; tal vez me quede aquí sentado, junto a la ventana, aún aferrando la cortina de paño abierta, un rato más para contemplar esos colores tan únicos, tan irrepetibles y, también, tan últimos.

JOSÉ A. GARCÍA

Argentina

Página web personal: www.proyectoazucar.com.ar



**HISTORIA DE UN
PROFETA SIN
VOCACIÓN
DAMARIS GASSÓN
PACHECO**

Juan el Loco ha llegado al café más silencioso y esquivo que nunca. No se ha empeñado en darme conversación, no ha pedido que ponga un disco de Joaquín Sabina o de Javier Ruibal, no ha hecho bromas pesadas a costa de ningún cliente. Entró, saludó con la mano y se escondió en la mesa del fondo. Tuve que acercarme al cabo del rato para preguntarle si quería tomar algo. Estaba cohibido, le costó trabajo sonreírme, pronunció mi nombre con una timidez extraña y tardó en atreverse a pedir su whisky.

Pensé que no había ido bien el viaje a Madrid. Un fracaso ese esperado y cacareado fin de semana con la cantautora que había conocido aquí en febrero. Demasiada suerte para Juan, supuse al verlo tan encerrado en sí mismo. Daba pena su calamidad, sin una conversación en toda la noche, sin más equipaje que dos copas y tres escapadas solitarias a la calle para encender un cigarro.

Cuando se fueron los clientes más trasnochadores, cerré la puerta, me serví una copa y decidí enterarme de lo que pasaba:

—¿Qué ocurre?, pregunté mientras me sentaba.

—Qué sé lo que me va a suceder en los próximos veinte años.

Esa salida de humor inesperado y melancolía confusa era un regreso a la normalidad. Debió leerme el pensamiento en los ojos, porque enseguida empezó a explicar que esta vez no se trataba de una de sus locuras. Me contó que había sido feliz con la cantautora, que habían quedado en repetir el próximo fin de semana, que ella lo había acompañado al aeropuerto, que lo había despedido con un beso interminable. Pero después... Juan sacó la tarjeta de embarque, pasó los controles de seguridad, entró en el avión y encontró su asiento ocupado.

—Era yo —me confesó—, de verdad que era yo mismo el que estaba sentado en la plaza 12A. Con veinte años más, muy canoso, viejo, una ropa elegante y hablando con una calma misteriosa. Pero de verdad que era yo. Me di cuenta antes de que él dijera hola, soy tú. Iba a advertirle que se había equivocado de sitio, a preguntarle ¿qué asiento tiene usted?, pero dejó de leer el periódico, se volvió para mirarme y me vi allí, con veinte años más. No hizo falta ninguna explicación. —Es una casualidad que hayamos coincidido en este viaje, un imprevisto. —me dijo— Siéntate aquí, el asiento 12B está vacío. No puedo explicarte lo que ocurre, pero ya que estamos juntos, sí puedo contarte lo que será de tu vida durante los próximos años.

Comprendí que Juan no me estaba engañando. No era una de sus bromas, hablaba con la luz de la verdad y el convencimiento.

—¿No te gusta lo que has sabido? —me atreví a murmurar—. ¿Tal vez una desgracia?

—Bueno —sonrió— no está mal, no voy a ser un pintor de éxito, pero me defenderé bien como representante de artistas. Después de un silencio prolongado me miro a los ojos. —No me he resistido —murmuró—, a preguntarle también por ti.

—No me jodas, Juan, protesté, no estoy yo para profecías, vamos a dejarlo. —Pero había caído en una trampa. Serví dos copas y me dispuse a escuchar. Empezó por tranquilizarme, me dijo que no me preocupara:

—Lo que te va a pasar no es ni bueno ni malo, todo depende, todo será según te lo tomes, una oportunidad o una catástrofe, así que prefiero contártelo para que la sorpresa no acabe contigo. Verás...

De aquí a cinco años te ganarás la lotería (ahora de cierto no sé si por azar o porque te lo estoy contando) y cerrarás el café para dedicarte a la pintura, que es nuestra pasión compartida. De hecho, me ayudas a mí también para que juntos hagamos realidad nuestro sueño, pero como ya te comenté, reconozco y me va mejor como representante de artistas, tú incluido.

Te decides a comprar una cabaña en las afueras para vivir a lo «*Rousseau*», y ser el hombre natural que plasme a la naturaleza. Pero como tú lo sabes y yo también, un artista sin tristeza o presiones no produce, se distrae en lo mundano y no tiene por qué luchar. La fortuna para un artista es como un balde de agua tirado a las brasas, sencillamente la creatividad se apaga. Y por más que la imagen reflejada en el lienzo sea fiel a la realidad, ya carece de sentimiento, de profundidad y de sentido de originalidad. Peor que una foto tomada por un aficionado, banal y plana.

Esto te estaba volviendo loco y no dabas con la razón, puesto que si el dinero no hace a la felicidad se le parece bastante, pero la fama que esperabas acompañara a la fortuna no iba a llegar; y renunciar a la fortuna así como así, gastándola o donándola tampoco era una opción viable. Así que te pusiste ansioso a buscar algo que te inspirara, lo que fuera que te trastornara por las ganas de pintarlo, de immortalizarlo y mostrarlo al mundo como padre y creador. Y en esa búsqueda diste con la bruja de la región, que según los habitantes del lugar, guardaba un secreto bastante interesante para los que supieran pagar por él.

Así que la buscaste, una pobre anciana jorobada y consumida con un ojo ya inútil por las cataratas y sin más ni más le preguntaste y le ofreciste una generosa oferta si te permitía pintar al secreto que tenía. Ella te vio con suspicacia y te comentó que su

secreto no estaba a la venta, porque un hijo no se vende, pero que sin embargo, te iba a llevar a conocerlo para que tú mismo juzgaras si valía la pena o no pintarlo.

Acordaron encontrarse en la madrugada para subir allende a las montañas, a una cueva escondida en donde moraba su hijo. Día tras día esta pobre anciana subía estas montañas para subirle el poco alimento que conseguía, y al paso lento y cansino de ella, tardaron alrededor de dos horas en llegar. En la entrada de la cueva, la bruja te explicó que su hijo no toleraba la luz del sol y que por eso guardaba velas para poder entrar a llevarle los alimentos. Con la vela resguardada por las manos artríticas de la vieja al fin lo contemplaste. Un gigante peludo de casi dos metros y medio de altura, que te veía con tranquilidad porque estabas acompañado por su madre y pensaste que quizás, eras el único ser humano que tenía la posibilidad de poder pintar a Pie Grande.

Entre susurros le preguntaste a la señora si este ser obedecería tus órdenes y te comentó que sí, mientras ella se lo dijera y mientras que lo alimentaras bien. Así que empezaste a subir y a pintar como un maníaco, lienzo tras lienzo, especialmente de las facciones de la criatura y sus expresiones diversas. Y solo por casualidad se te ocurrió comentarle algo y te contestó. ¡Quedaste paralizado por la sorpresa!

Al poco tiempo la vieja murió y sin que quedara nada por escrito asumiste la responsabilidad de cuidar de la bestia. Como pudiste, lo mudaste a la cabaña que previamente refaccionaste para que diera cabida a un ser de tales dimensiones. Este ser, gracias a ti, aprendió a leer, a escribir y a cultivarse, pero cada vez se mostraba más molesto con tu obra, pues sabía que la base de tu éxito era su fealdad. Estaba enfrentando un dilema, pues sabía que de no ser por ti, seguiría siendo solo una bestia embrutecida, pero por otro lado, le molestaba que sacaras provecho de su miseria.

Tus pinturas sobre la bestia se vendían como locas mientras mantuvo la ferocidad y en cierta forma, la bestialidad ingenua en la mirada. Pero una vez que la mirada cambió, que se hizo más inteligente y melancólica, al público le entró un desasosiego inexplicable que lo llevó a rechazar las obras posteriores, pese a que el realismo de las pinturas era impresionante, o precisamente por ello. Ahí fue cuando caíste en cuenta que tú mismo habías matado a la gallina de los huevos de oro por quererla beneficiar; y lo peor, tendrías que cargar con ese fardo por el resto de tu vida, o la de él.

Cada vez con más frecuencia salías de viaje a fin de poder respirar, pero cuando llegabas el resentimiento y la tristeza de la bestia eran más patentes. Llegaste a temer por tu seguridad, así que a escondidas procuraste que le llegaran provisiones a la cabaña

y partiste hacia otro continente para que nunca más te pudiera encontrar. Le escribías con frecuencia a tu albacea para que te mantuviera informado acerca del bienestar de la bestia y así se mantuvo la situación por varios años, hasta que llegó el día que más temías; se había escapado.

En ese momento, y pese a que yo era tu representante, fue que te sinceraste conmigo y me contaste la historia completa. Estabas aterrado con la posibilidad de que en alguna forma la bestia te pudiera venir a buscar para vengarse por haberlo abandonado, o por haberlo usado para después desecharlo. Te tranquilicé diciéndote que era prácticamente imposible que te pudiera localizar en este continente, que un ser de semejante tamaño no pasaría desapercibido tan fácilmente, pero igual seguías aterrado pues aducías que con tan solo su olfato te podría localizar.

Justo en ese problema se encontraba mi yo futuro cuando lo encontré en el avión, regresaba de hablar contigo para planificar un viaje a la cueva, pues si la bestia está ahí, piensas ir a enfrentarla. Evidentemente ni él ni yo tenemos idea de lo que va a sucederte, todo dependerá de ti. Al final resulté un profeta sin vocación pues no te puedo decir el final de tu historia. No sé si brindar por tu éxito o lamentarme por tu funeral; resulté ser una pobre sibila, incapaz de proporcionarte un desenlace. Solo sé que no puedo pegar ojo por las noches, temo sentir la respiración animal de algo agazapado en mi habitación, y yo que tú, temería lo mismo.

DAMARIS GASSÓN PACHECO

Venezuela

Twitter: [@damarisgasson](https://twitter.com/damarisgasson)



EL QUITA PENAS

JORGE LEÓN

LOZANO

Cuando despertó, la botella de cerveza Paceña todavía estaba allí. Teodoro Quispe Mamani, un trompetista de cuarenta años, reside en Cochabamba, y pertenece a la banda autóctona “Real Imperial”, con la que participa en las entradas folclóricas, en misas, aniversarios de santos, partidos de fútbol y fiestas particulares. Teodoro Quispe Mamani toca la trompeta desde sus quince años, su sueño siempre fue ser trompetista, su papá que era albañil se la regaló en su cumpleaños número quince, desde entonces Teodoro sopla ese instrumento.

A Teodoro Quispe Mamani le encanta escuchar y tocar la Morenada, y con su instrumento sopla a los siete vientos. Toca con devoción. En cualquier acontecimiento que presencia siempre ch’alla a la Pachamama, y siempre está con su medio hermano de sangre, Carlos Choque, que es el fruto de un incesto familiar. Es decir, el padre albañil de Teodoro Quispe Mamani, tuvo relaciones carnales con su tía, y el fruto de esa relación es Carlos Choque, del que la tía le heredó el apellido. Teodoro y Carlos son compinches y cómplices, además que Carlos es el platillero de la misma banda a la que pertenece Teodoro.

Estos dos comparten una habitación en alquiler en la Avenida Aroma y la 16 de Julio, cerca del mercado del Triángulo. Son las doce del mediodía. Ambos se alistan para ir a tocar a la entrada folclórica en Tiquipaya, que es la fiesta de los arcángeles de San Rafael, San Miguel y San Gabriel. Pantalón negro, zapatos bien lustrados, camisa amarilla, y corbata azul marino, ese es el uniforme de la banda “Real Imperial”. Teodoro se mira al espejo, se arregla la corbata, se enjuaga con jaboncillo el rostro, se toca la barbilla con los dedos, se arregla el cabello con algunos rastros de vejez.

—Mierda, estoy hecho p’utas, pero mientras la fiesta siga sonando, yo estaré aún con mi trompeta tocando fuerte la Morenada, hasta que la Pachamama se levante a bailar... —sonríe.

—¡Teodoro! ¿Qué wevadas estás hablando?

—Nada Carlos, solo la emoción de ir a tocar mi trompeta a la fiestita de los Arcángeles...

—Mierda ¿sí no?, pero sería bien ir a previar antecitos pues...

—Yaps, vamos... el cumpita Filemón, me comentó que hay un buen lugar p’a darle, se llama el quita penas, está cerca de la plaza principal de Tiquipaya...

—Ahaha, de una ps, vamos, y el nombre del lugarcito te da p’a que te desahogas y te desquitas tomando por la Zulma...

—Jajaja, eso ya es historia, ch'oco...

—¿Será?

Ambos uniformados y con los instrumentos en la mano salen de su cuarto, y caminan hacia la calle Brasil, donde tiene su casera de almuerzos Doña Mery, una señora robusta que tiene el cabello teñido de color amarillo, y que desde hace tiempo le anda chequeando al Carlos, por el que más de dos veces no les cobró por el completo del almuerzo.

—¿Qué tienes p'a servirse, seño? —dice Teodoro.

—Buenas buenas, ¿cómo están papitus?, para servirse ya no tengo completos, sería solo segunditos, tengo Falso Conejo, Silpanchu, Brazuelo de cordero y Pollito al spiedo...

—Pucha... que wevada —dice Carlos.

—Ya, yo quiero un falso conejito, pero sin ensalada por favorcito —dice Teodoro.

—Ya está bien, ¿y tú Carlitos, qué quieres que te sirva?

—Pues, mmm, dame un Brazuelo.

—Enseguidita se los traigo.

“Ya pues Carlos, la Seño Mery te ha estado chequeando desde ya hace tiempo, tienes mi bendición”, le dice Teodoro. Carlos sonríe y se hace de la vista loca. Ambos miran el informativo de la televisión, del que menciona que la entrada folclórica en Tiquipaya ya empezó. Teodoro, con el codo, le golpea suavemente tres veces molestándole a Carlos. “Ya empezó, ya empezó”, le dice. Teodoro se alegra. Carlos sonríe. Ambos demuestran un sentimiento de complacencia y devoción.

—Aquí está el Brazuelito, y el falsito de conejo.

—Seño te dije sin ensalada, pucha... ojji.

—Ay joven, pero si la ensalada es saludable, come pues...

—No pues, pucha, te estoy diciendo pero... jajj!

—¡Ay!, de todo te haces problema, hazlo a un ladito nomas y ya está.

—¡Ajj! Mierda... ya ya.

Teodoro almorzó un poco molesto. Carlos en silencio se mataba de risa. Ambos terminan de almorzar.

—Teodoro, ¿quieres una Coca colita?, yo te invitaré.

—¡Pero que esté bien fría! —le responde medio enojado.

—Doña Mery, dame una Coca Colita, bien friasita pero pues, p'á que el humo de enojo de mi cumpa se le baje.

Con los ojos coqueteándole, y atendiéndole amablemente, Doña Mery le responde: —Claro que sí Carlitos... lo que tú digas papituy.

La botella de Coca Cola la pone sobre la mesa y les alcanza dos vasos, se sirven, y gozan satisfechos del refresco. Ambos le cancelan del almuerzo y de la gaseosa, agarran sus instrumentos, y se retiran de la pensión de Doña Mery. Van caminando hacia la Avenida Aroma, y en su camino van molestando a una y otra chica. Con picardía ambos silbaban a las jóvenes. Se detienen en plena esquina, esperan que venga una línea de trufi que les acerque hasta el lugar donde tenían que ir.

Un joven canillita grita:

—¡Tiquipasha, Tiquipasha!, ya sale, ya sale, ¡hay espacio!, ya sale a Tiquipasha...

Teodoro y Carlos se suben al trufi. Se sientan en la parte de atrás. En el trufi había jóvenes cambiados ya para bailar en la entrada folclórica, estaban vestidos de Caporales, Morenada y Diablada. El trufi ya lleno, arranca. En la radio del automóvil suena la canción de: Tú me vas a dejar, del famoso grupo Más y Más.

Teodoro dice:

—P'uta mierda, ése t'emitá se lo dedique a Zulma.

Carlos le responde: —Ya ya, no le recuerdes, ¿o mejor sí? Así para beber más.

Teodoro sonríe melancólicamente y le contesta: —¿Puede ser no?

—¡V'amos a bajar en la isquina, jife! —Vocifera Teodoro. Ambos bajan del trufi. Ya se encuentran en la tierra de las flores, Tiquipaya. Caminan media cuadra y se encuentran con dos de sus compañeros de la banda, uno que toca el bombo, y otro platillero. Se saludan dándose la mano, Carlos dice: “¿Qué hacen tan timprano por acá?, si aún falta p'á que nos toque entrar...”. El del bombo responde: “un ratito vinimos a echarle unas suavécitas pues...”. Teodoro complementa: “Sí, igual nosotros. Vinimos tempranito p'á previar, vamos pues, acá, al quita penas, es a siete cuadritas”. El del bombo y el platillero, afirman sonrientes y responden, “yaps vamos cumpits”.

Un local que se encuentra en un callejoncito, donde las casas aún tienen un toque de arquitectura colonial, exactamente a siete cuadras de la plaza principal de

Tiquipaya. Una casita construida de adobe, encima de la puerta hay un letrero despintado de color azul donde indica el nombre del local: “El quita penas”. La puerta es pequeña, ingresan, y por dentro, en la parte de adelante, hay un montón de plantas y flores, y la parte del fondo está techado con calamina. En el local ya hay personas, pero la mayoría es gente mayor, arriba de los sesenta años o incluso más. Teodoro en ese momento se da cuenta de que la gente de ahí, eran parecidos a Filemón, ya que él era quien le había recomendado el lugar. Algunas mesas están ocupadas solo por una persona, exactamente en tres mesas diferentes hay señores mayores que beben solos, tomando su cerveza, y en otras dos mesas diferentes hay dos señoras pastilleras. Una bebe su cerveza y la otra está con su baldecito de Chicha.

Los cuatro deciden sentarse en la parte del fondo del local, debajo del techo de calamina. Se acerca un señor ya adulto, de unos ochenta años, camina con bastón, y lleva un sombrero.

—Buenas tardes, caballeros. ¿Qué van a tomar?

Carlos se adelanta, y responde:

—Buenas tardes Doncito, dame un combito de paceñita...

—El combo de paceña macanuda está a 40 Bolivianos...

—Está bien, pero que estén bien frías, por favorcito...

—Claro pues, frías como las mujeres...

Todos se ríen a carcajadas. El señor del bastón se demora un instante. Luego regresa con las tres botellas de cerveza paceña. Lo deja en la mesa.

Teodoro empieza a servir la cerveza, y sirve con delicadeza hasta el punto que la espuma está muy bien equilibrada con el líquido, todos agarran su vaso correspondiente y dicen: ¡Salud! Ajjj, uff, ay... todos al tomar su primer sorbo demuestran una sensación de disfrute y delicia. Entonces empiezan a hablar de política, del amor, de la infidelidad, de la vez que sirvieron en el cuartel, de sus gustos y disgustos, de los mejores boliches donde sirven buena chicha. Y vuelven al tema del amor y de la infidelidad, y terminan con el tema de cómo putas irán a tocar sus instrumentos, si ya van con el quinto combo de cervezas.

—No sé por qué, pero aun la recuerdo a ella...

—¿A la Zulma?, pero, pucha, ya olvídale, por dios.

—No se puede pues.

—Ajjj, tu eres sonso, si te dejó por tu mejor amigo...

—No era mi amigo, era un conocido.

—Pero igual te cambió por ese llok'alla.

—Mierda, pero bueno, ahora que tenemos, bien le cascaremos... ¡Saluuuud!

Todos le acompañan con la palabra que une a los amigos: Salud. Carlos pide otro combo de cerveza. Esta vez a Teodoro se le va la botella, y al momento de servir su cerveza al platillero, se le va más espuma hasta que rebalsa. En ese instante, el platillero, agarra la espuma que sobresale del vaso, y la guarda en el bolsillo de su pantalón. Es un gesto de suerte y para que le vaya bien en su trabajo y genere más dinero.

Los cuatro integrantes bebían y bebían, ya eran las seis de la tarde, y su entrada con su banda folclórica con la fraternidad de Morenada, era a las cuatro de la tarde. Sin embargo se emocionaron y se quedaron bebiendo en el local del quita penas. De a poco iban llegando más y más gente joven, todos después de bailar necesitaban refrescarse por el cansancio, y todos aún con su vestimenta puesta se sentaban y empezaban a beber. El reloj ya marcaba las nueve de la noche. Al del bombo, su esposa le vino a recoger, jalándole de la oreja y regañándole; el platillero se fue por su cuenta, pero quien sabe cómo se fue, ya que ni caminar podía. Y eso que Teodoro y Carlos le ofrecieron que se quedara a dormir en su cuarto. Pero se fue. En uno de esos instantes, cuando ya iban por el séptimo o decimo combo, se acerca el señor del bastón, y traía consigo tres botellas más, y se sienta en la mesa. Teodoro y Carlos, beodos, con los ojos entreabiertos, le miran; El señor del bastón, les dice: —les acompañaré pues... ustedes ya se han vuelto mis caseritos. Carlos le responde: “Esta bien mi jefecito, nos serviremos pues...”. Con el señor del bastón tomaron dos combos más, y hablaron otros temas, como la juventud, el maltrato, la muerte, y qué habrá más allá de la muerte.

Las agujillas del reloj ya marcaban las doce de la medianoche, el local ya estaba medio vacío, solo había gente mayor. En la rockola ya no sonaba el ruidoso reggaetón o el Rock, que los jóvenes ponían con solo insertar un boliviano en aquel aparato. Ahora le tocaba poner la música que quería Teodoro, y gentilmente el señor del bastón le daba un sinfín de monedas para que pusiera la música que quería. Medio tambaleándose, y al dar dos o tres pasos, sosteniéndose de pie con ayuda de las paredes o de otras mesas, llegó a la rockola de música. Se puso a buscar grupos como: Los Brothers, Mas y Mas, American Pop, Águilas de América, y por último y lo mejorcito, pura morenada, un mix de morenadas; medio bailando o queriéndose caer, fue camino a su mesa, donde Carlos

con las manos aplaudió el baile ridículo de Teodoro. De la misma manera, el señor del bastón agitó las manos hacia arriba, animándole a bailar más. Las luces del local ya estaban apagadas, ya eran las cuatro de la mañana. En la mesa solo estaban Carlos y el señor del bastón, ambos medio dormidos. Teodoro, con los brazos cruzados, se durmió sobre la mesa. Entre sueños, recuerda que el señor del bastón le contaba a Carlos que su esposa murió de cirrosis hace veinte años, por lo que el señor se la pasaba tomando, y por eso le puso el nombre al local: el quita penas. Ya que tomando se le quitaban las penas que tenía por la pérdida de su amada, y además que nunca llegaron a tener hijos. Ya eran las ocho de la mañana del día siguiente, la música seguía sonando, Carlos estaba durmiendo en la silla, doblado en tres, y el señor del bastón, apoyado sobre la mesa; con los ojos entreabiertos, y una visión medio borrosa, notaba que la botella de cerveza paceña, aún permanecía llena ahí, dispuesta a seguir con la fiesta en el quita penas.

JORGE LEÓN LOZANO

Bolivia

Facebook: <https://www.facebook.com/jorge.leonlozano>



EN TRÁNSITO

GABRIEL COCIMANO

A Clemente Couselo nada lo hacía más feliz que asistir a un evento social por el solo hecho de saludar a los presentes y retirarse. El hombre organizaba tertulias con la única intención de ausentarse una vez comenzadas. Incluso, solía proyectar dos o más reuniones casi al mismo tiempo en diversos sitios, solamente para consumir su extraña rutina: llegar a un lugar nada más que para irse.

Las reuniones familiares y sociales lo aburrían. Pero estaba dispuesto a soportar estoicamente cualquier desafío con tal de regocijarse con el momento de la retirada. Decía tener una vida social intensa, pero sus allegados apenas conocían de su boca unas pocas palabras, entre ellas, 'hola' y 'adiós'. Concurría gustoso a las ceremonias religiosas de los casamientos, aunque la mayoría de las veces se ausentaba, incluso antes de que llegasen los novios. En los hospitales se despedía hasta de los pacientes que jamás había visto.

Puntilloso y gentil, con su clásico morral y el teléfono celular en la mano, era capaz de recorrer largas distancias para asistir a una velada en la que no se demoraría más de diez minutos. En algunos eventos puntuales que lo tenían como invitado apenas si saludaba en la puerta a los presentes. Las despedidas de fin de año eran sus preferidas: partía a las nueve de la noche para concluir recién a las seis de la mañana, tiempo en el que dedicaba la visita a todos los amigos a quienes solo conocía de haberlos saludado alguna vez.

Harta de sentir que su marido visitaba su propia casa, la mujer de Clemente lo abandonó días después de haberse casado.

GABRIEL COCIMANO

Argentina

Página web: <https://gabrielcocimano.wordpress.com/>



SERPRIA
JOSÉ LUIS
DÍAZ MARCOS

Dios ha muerto, Nietzsche ha muerto
y yo no gozo de buena salud.
Woody Allen

1

Las pastillas suministradas por El Chino, proveedor callejero de felicidad, empiezan a surtir efecto.

«¡Sí...!».

El aire se va iluminando y las nubes, convertidas así en fosforescentes torundas, se fusionan y dividen a un ritmo cada vez mayor sobre el palpitante azul.

«¡Ooooh ...!».

Pepe, Popeye para los amigos, guía la Harley sustraída a toda velocidad. Junto a él, Billy, el Dennis Hopper de *Easy Rider*¹, monta su preciosa Chopper. El viento flagela su rostro. Le hace llorar. Es libre. Es feliz.

«¡¡Di Caprio, yo sí soy el rey del mundooo...!!».

Esquiva, esquivan, vehículos y peatones. Un semáforo en ámbar. En rojo. «¡Qué te cojol!». De repente, oye a Marisol cantándole a él, solo a él, que la vida es una tómbola de luz y de color. «¡¡Sí!!» Ríe a carcajadas. Como un imbécil, lo sabe. Pero no le importa. Es libre. Es feliz. Y no puede, o no quiere, o ambas cosas, ni él lo sabe, dejar de llorar.

Oye la estridencia de un frenazo, a su derecha. Cerca, muy cerca. Gira la cabeza sin aminorar la marcha. Un turismo y su horripilada conductora, ¡la mismísima Marisol!, vienen directos: «¡¡Crash!!», ríe Billy de oreja a oreja, entusiasmado. «¡¡Catacrash!!», redunda él, sin importarle.

La vida es, siempre ha sido, una tómbola, tóm, tóm, tómbola, de luz y de...

«¡Ay, qué risa!».

...Dolor.

2

Popeye despertó estrangulado por el miedo, ensordecido por el tabaleo sordo de la taquicardia, sobre un lecho húmedo. Sentía, como se quejaba su difunta madre, alma también débil, hasta los poros de su cuerpo.

Zarandeado por el mareo, el lugar, interior blanco con hedor, «¡Buf...!», a desinfectante, le era totalmente ajeno. Popeye volvió a cerrar los ojos. «Tranqui, colega,

¹ Película. Dennis Hopper, 1969.

tranqui...», se dijo. «Uno, dos, tres...», respiró.

Al cabo, las paredes y el techo volvieron a ser las estáticas superficies que, en realidad, como cabía suponer al margen de su percepción, siempre habían sido.

Intentó moverse y descubrió que algunas partes de su cuerpo pesaban más de lo habitual: su pierna izquierda, hasta la rodilla, y su mano y antebrazo derechos, habían sido escayolados. Sendos vendajes rodeaban su abdomen, visible a través de la chaqueta abierta de un pijama, y la parte superior de su cabeza. «¿Q, qué me han puesto...?! ¡Joder, qué cuadro! No me extraña que me duela todo...».

—¡He visto fiambres con mejor aspecto que tú!

A su derecha, tendido de medio lado en la segunda cama de la habitación, Billy fumaba plácidamente. Ileso.

—¿Qué haces aquí?! ¿Y cómo es que tú no...?!

Aquel se encogió de hombros: —En esta movida, el yonqui, *el de verdad*, eres tú.

—No me lo recuerdes... Y este sitio, supongo, es...

—¡Qué agudo! ¿Lo has supuesto tú solito?

—¡Vete a...! ¡Ah...! —El gesto rabioso había hundido una finísima aguja en su pecho.

Billy rió, cruel.

—¡Buenas noches! ¿Cómo se encuentra? —preguntó un androide, atleta cibernético de rasgos masculinos, entrando en la habitación. Su voz reproducía el habla humana con impecable fidelidad.

Popeye abrió los ojos como platos: —¡¡Un... Terminator!! —exclamó, patidifuso—. ¡¿Colega, ves lo mismo que yo?!

—Lo veo, lo veo... —confirmó Billy—. ¿Sabes...? Me pregunto cuántos metros de cobre lo harán funcionar. Conozco un chatarrero que nos daría una buena panoja por sus tripas.

—¿Puedo saber con quién habla, señor?

—Eh... Pensaba en voz alta.

—Entiendo...

—¿Eres... real...? —preguntó Popeye golpeando suavemente al androide, detenido junto a su cama.

—Afirmativo. Soy UM-3146, unidad médica número tres mil ciento cuarenta y seis del SERPRISA, Servicio Privatizado de Salud. Ha sufrido un accidente

—Lo sé: yo estaba allí —interrumpió, irónico.

—...y siento comunicarle que se encuentra en *situación terminal irreversible*.

—¿Qué?! ¿Has oído eso!? ¡No fastidies, Mazinger Z! Estoy chungo, sí, pero esto se cura con reposo y una enfermera cariñosa. ¡Te columpias!

UM-3146 acercó su rostro, intimidante, a Popeye: las pupilas robóticas escanearon las humanas. —No me equivoco,... señor. Identidad y diagnóstico verificados. Tratamiento: *eutanasia o muerte dulce*.

—¿Pero qué dices?! ¿Se te han *fundido* los plomos o qué?!

El androide levantó el brazo derecho y cerró la mano: una jeringa con un líquido verde emergió en el dorso del puño.

—No se preocupe, no sentirá nada. ¿Es religioso? ¿Desea formular alguna oración?

—¡¡Qué te columpias, tron!! Y, además, ¿qué pasa con la charla robótica esa de proteger la vida humana?! ¡No puedes liquidar a nadie, tío! ¡No puedes! Y otra cosa: se supone que eres médico, ¿no?!

—Lo soy, señor: mi base de datos contiene todos los conocimientos médicos anteriores a las últimas veinticuatro horas.

—¿Y al genio de tu programador se le olvidó meterte el juramento ese que hacéis los médicos?! ¿Cómo se llama? El juramento hipo... hipo...

—*Hipocrático*, señor.

—¡Ese! ¡«Prometo curar, solo curar y nada más que curar»! Como me preguntan a mí en los juicios, pero en sanitario.

—Lo conozco, señor.

—¡¡Pues entonces!! ¡Que venga el defensor del paciente! ¡Quiero presentar una queja!

—El SERPRISA suprimió esa figura hace mucho tiempo, señor: sus quejas, como las quejas de cualquier otro *cliente*, son innecesarias. Conocemos y cuidamos su salud. Confíe en nosotros.

—¡Y una...!!

Intentó incorporarse. UM-3146 lo impidió adelantando su mano abierta. Con la otra, aún cerrada en un puño, clavó la jeringa en la bolsa de suero pendiente sobre la cama: el émbolo se adelantó inyectando el líquido en la solución salina.

—Protocolo de eutanasia activado.

Densos goterones, clorofila letal, se hundieron empezando a discurrir por el tubo flexible insertado en el fondo de la bolsa.

Alarmado, Popeye siguió el curso de aquel hasta la vía insertada, pinchazo entre las huellas de muchos otros,... ¡en su brazo izquierdo!

—¿Serás...?! ¡¡Suéltame!! ¡¡Suéltame!!

—Relájese: no sentirá nada.

—¡¡He dicho que pares, cafetera de los...!!

Frenético, Popeye golpeaba la escayola de su antebrazo derecho contra la sólida resistencia del androide. De reojo, seguía el inexorable descenso. No tardó en convencerse: neutralizada la opción de agarrar el tubo, se le ocurrió otra, la única posible.

Fue a la segunda dentellada, «¡¡Sí!!», cuando atrapó el plástico. Tiró con todas sus fuerzas y sintió salir la aguja de su vena. Jadeó, exhausto. A pesar de los dolores, se sentía infinitamente aliviado.

Vivo.

—Protocolo de eutanasia interrumpido.

—Querrás decir... protocolo de... *pasaporte*...

—Error: la palabra «pasaporte» resulta improcedente. Además, última dosis consumida: reserva de inyectables, agotada. Disculpe las molestias. Enseguida vuelvo —. Se encaminó hacia la puerta.

—¡S, sin prisas...!

—No se mueva, señor.

—¡No, no me muevo! ¡¡Qué va!! ¡De paso, busca los tornillos que te faltan!

El androide salió clausurando la puerta tras de sí.

—¡Gracias por tu ayuda! ¡Me ha servido de mucho!

—¿Mi ayuda?! —se sorprendió Billy—. Hermano, creo que tú tampoco andas demasiado bien de tuercas.

Aunque pasajero, el mareo volvió cuando Popeye, trastabillante malherido, logró abandonar la cama. Dio un primer paso y el dolor le arrancó un «¡Ay!!».

—Te diría que te apoyaras en mí... —sonrió Billy, perverso.

—¡Escoria de alucinación!

—Ahorra energías: las vas a necesitar. El doctor Pasaporte no tardará en volver con una buena sobredosis del peor matarratas que hayas probado nunca.

—Apenas... puedo moverme... Y sin la clave de la cerradura... ¿Qué hago?!

—¿Aceptas sugerencias? Haz su curro por él.

3

Se abrió la puerta de la habitación y UM-3146, unidad médica número tres mil ciento cuarenta y seis del SERPRISA, Servicio Privatizado de Salud, encontró a Popeye tirado en el suelo a los pies de su cama.

—¿Qué ocurre? Cliente *****, ¿se encuentra bien? ¿Puede oírme?

—preguntó aquella, acercándose—. ¡Cliente *****, le he hecho una pregunta!

Como si de un objeto se tratara, pateó a Popeye.

—¡AY!! ¡Así recuperas a tus *clientes*, tostadora matasanos?!

—¿Qué hace ahí? Levántese. Tengo un tratamiento que aplicarle.

—¡Y yo a ti, otro!! —exclamó acercando a la bota metálica el cable removido y oculto hasta el momento en su mano, bajo el lecho.

La máquina empezó a convulsionar, aún en pie, tartamudeando presumibles diagnósticos clínicos. Las juntas de sus articulaciones pronto se convirtieron en humeantes chimeneas.

—¿Quién es ahora el *terminal irreversible*, eh?! —graznó Popeye sin aflojar el contacto eléctrico.

UM-3146, convertida ya en una abrasada y siseante armadura, se desplomó bajo la lluvia antiincendios.

—Yo, en tu lugar, movería el culo y fingiría ser cualquier cosa menos un paciente —sugirió Billy.

4

Un pitido electrónico desbloqueó la puerta.

—Unidad médica, humano... —contó un sofisticadísimo ciberbombero—
¿Averías? ¿Daños?

—¿Y yo, qué?! ¿No estoy?! —soltó Billy, ofendido.

—¡Ya era hora! —protestó Popeye ataviado con una bata blanca descubierta, «¡Gracias!», en la taquilla—. Explicaba al alumno Tuercas una nueva técnica de... de...

—¡*Bypass* invertido!

—...de *bypass* invertido con...

—¡Injertos de pelo!

—...con injertos de pelo cuando se le fundió el disco duro y empezó a arder...

¡Valiente simulacro de médico!

—¡Disculpe, doctor...! —quiso saber el nuevo androide.

—Aspirino.

—¡Fleming! Pedazo de...

—¿Doctor Fleming Pedazo De? No me suena. ¿Es nuevo? ¿Y esas vendas y escayolas? A pesar de la bata, cualquiera diría que es un... cliente.

—¡Las llevo porque son...!

—Un experimento.

—¡...un experimento! ¡Y ya vale! ¡¿Aquí quién es el médico: tú o yo?!

—Ninguno de los tres.

—¡Voy a pedir a tu jefe que te apague, bombero latoso!

—¡Mil disculpas! ¿Puedo servirle en algo?

—¡Claro! Tanto disgusto me ha dejado mal cuerpo... Trae una silla de ruedas y llévame fuera: necesito respirar aire fresco.

—¡¿Tú aún flipas?! —exclamó Billy, atónito—. ¡¿No lo ves?! ¡Estás en un hospital, doctor Fleming Pedazo De: aquí puedes conseguir, *gratis*, toda la química que tu sistema nervioso pueda soportar!

5

—¡Clarito como el agua: has perdido la chaveta! —sentenció Billy rodando con la quimera de su moto por los pasillos.

Tras la obediente marcha del ciberbombero, «Mejor vete: ya me apaño yo!», Popeye había conseguido renquear hasta una silla de ruedas, cerca de su habitación.

De su celda.

—¡Lo que antes era la sanidad pública, ahora es el SERPRISA! ¡Ahora, o te compras la salud... o te liquidan para dejar sitio a quien sí pueda comprársela...!

—gimió rodando también en su nuevo transporte.

—¡A tu rollo: si te mola ser esclavo del Chino, que así sea!

—¡Me mola... vivir!

Lograron entrar, silla y moto incluidas, entre los ocupantes de un ascensor.

Planta: 0.

Ya en el vestíbulo, ambos rodaron hacia las puertas acristaladas: más allá, pronto convertidas otra vez en brillantes torundas sobre el palpitante azul, «¡Sí...!», el sueño de las nubes.

De la libertad.

De la vida.

—¡Espere! —ordenó un ciberguardia surgido frente a ellos—. ¿Cuál es su nombre,... señor?

Popeye y Billy se miraron. Aquel se sujetó la garganta fingiendo afonía.

—No *problemo*.

Como ya hiciera UM-3146, el ciberagente acercó su rostro a Popeye y, otra vez, las pupilas robóticas escanearon las humanas:

—Cliente: *****. Estado: terminal irreversible. Tratamiento: eutanasia o muerte dulce.

—¡Te has *colao*, bacalao!

—¡Tú también te columpias, Robocop! ¡¡Os columpiáis todos!! ¡Lo único terminal aquí son vuestros diagnósticos, que diagnosticáis con la cartera!

—A mí me dio un chungo y los hijos de Alí Babá me pidieron un tesoro por las medicinas. Suerte que el último palo había sido bueno, que si no...

—Conocemos y cuidamos su salud. Confíe en nosotros.

—¡Sí, ya me sé el cuento! ¡Pero mejor se lo colocas a otro: yo firmo el alta voluntaria, o no, y me largo!

—Imposible. Si no recibe su *tratamiento*, el sistema sanitario deberá seguir *desperdiciando* nuevos y costosos cuidados con usted.

—¡Claro: sale mucho más económico liquidar al *cliente* con saldo cero! ¡Aparta!

—Negativo.

La máquina lo sujetó.

—¡Suelta! ¡Suelta!

—Relájese o me verá obligado a aplicarle el *tratamiento* aquí mismo. No se preocupe: no sentirá nada.

—Eso dicen... —confirmó Billy—. Bueno, colega, ve rezando lo que sepas, que

yo me piro: tengo que ponerme guapo para un entierro.

—¡¡Espera!! ¡¡Ayúdame!! —suplicó Popeye mientras era introducido en boxes.

—¡Nos vemos en el próximo infierno! —gritó Billy quemando la rueda trasera de la moto, frenética, sobre el mármol.

Jinete y montura salieron despedidos hacia la nada.

JOSÉ LUIS DÍAZ MARCOS

España

Blog: www.la-estanteria-2.webnode.es

CONVOCATORIA DICIEMBRE 2019

Invitamos a escritores (Género Cuento) a formar parte de nuestro próximo número. Los cuentos podrán ser o no inéditos y deberán estar escritos en castellano .

Extensión:

Mínima 300 palabras, máxima 2.000 palabras.

El tema es libre.

Las obras deberán enviarse por correo electrónico en archivo adjunto, formato word con asunto:

REVISTA DIGITAL EL NARRATORIO Nro. 46

a: elnarratorioblog@gmail.com

Deberá incluirse en el cuerpo del mail, nombre y nacionalidad de los autores y enlaces a sus páginas web y/o redes sociales.

La publicación estará protegida con Creative Commons 3.0, donde se puede copiar, distribuir y comunicar libremente la obra sin fines comerciales ni obra derivada, reconociendo el crédito de los autores y la revista.

FECHA LÍMITE:
25 de Noviembre de 2019



EL NARRATORIO

ISSN 2591-3123

EL NARRATORIO

ANTOLOGÍA LITERARIA DIGITAL
AÑO 4 NRO 45 NOVIEMBRE 2019



ANDALUZ QUEIROLO CAILLET BOIS CARRIL CASTRO ALFARO
CHÁVEZ PONCE COCIMANO DI MASGIO DÍAZ MARCOS
FEDERICI FISZBEJN FRINI GAMARNIK GARCÍA
GASSÓN GÓMEZ ALAIS HUAMAN PÉREZ IRIARTE MÉNDEZ
LÓPEZ ARAIZA VALENCIA LOZANO MARCHESKY MENAROÍ
MORIEGA FLORES OSORNIO MORALES RIVAS SALDÍVAR
SÁÑEZ SOTO TOMÁS VALENCIA VIGNERA VILLALBA

ISSUU: www.issuu.com/elnarratorio
PÁGINA WEB : www.elnarratorio.com.ar
FACEBOOK: <https://www.facebook.com/el.narratorio/>
TWITTER: @narratorioblog
INSTAGRAM: <https://www.instagram.com/elnarratorio>
E-MAIL: elnarratorioblog@gmail.com
elnarratoriodigital@gmail.com



9 772591 312008



11